This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Span 6034.79.100

HARVARD COLLEGE
LIBRARY

IN MEMORY OF

FRANKLIN TEMPLE INGRAHAM

CLASS OF 1914

SECOND LIEUTENANT
COAST ARTILLERY CORPS
UNITED STATES ARMY

WELLESLEY, MASSACHUSETTS
MAY 23, 1891 APRIL 11, 1918

MANUEL CORVERA

ESTUDIOS SOCIALES

MISERIAS HUMANAS

CON UNA CARTA-PRÓLOGO DE

DON ANTONIO MAURA

Dos pesetas

MADRID: 1908
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
15. Puerta del Sol, 15.

MISERIAS HUMANAS

ESTUDIOS SOCIALES

MANUEL CORVERA

MISERIAS HUMANAS

ESTUDIOS SOCIALES

CON UNA CARTA-PRÓLOGO DEL

EXCMO. SR. D. ANTONIO MAURA

MADRID
IMPRENTA DE J. GÓNGORA ÁLVAREZ
CALLE DE SAN BERNARDO, 85
1907

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que marca la Ley.

HARVARD
UNIVERSITY
LIBRARY
DEC 28 1971

AL EXCMO. SR. D. CLAUDIO LÓPEZ Y BRÚ,

Marqués de Comillas

Mucho he titubeado antes de decidirme á dedicar á V. E. este libro; pesaba en mi espíritu la convicción de que no es digno de serle ofrecido, pero me he persuadido luego, de que ninguna consideración es lícita para detener á quien trata de cumplir uno de esos deberes ineludibles de la gratitud; y para cumplirlo, me acerco á V. E. dedicándole lo que, si como obra mía vale poco, como ofrecimiento lleva el sello de la sinceridad.

Acepte V. E. esta dedicatoria como homenaje de quien, agradecido y leal, le quiere, le admira y le respeta; la democracia cristiana en que vivimos, permite que yo, pobre y pequeño, llegue á V. E. y le alargue la mano, en la seguridad de que la acogerá bondadoso, quien sabe cumplir de un modo insigne la máxima sublime, de que la misión de los grandes en el mundo, es dar su mano poderosa á los humildes que la necesitan; en ella está fundada la caridad.

Manuel Corvera.

EL DIPUTADO A CORTES

POR

PALMA DE MALLORCA

—※—

Sr. D. Manuel Garvera y Cepillo.

Mi querido amigo: Me agradaría mucho tener tiempo para escribir el prólogo que V. tiene la bondad de desear, y entonces le pediría el libro MISERIAS HUMANAS. *Por experiencia sé que no debo comprometerme á trabajos de esta índole, para los cuales no me dejan lugar mis obligaciones ineludibles.*

Mas, sin conocer el libro, con ver que trata V. cuestiones de las apellidadas sociales, *de tantos modos envenenadas y sacadas de quicio por otras propagandas, y asegurarme V. que las mira con criterio análogo ó idéntico al aplicado por mí, cuando he necesitado tocarlas en el Congreso, ya me sobran motivos para sentir simpatías hacia la obra, sintiéndolas ya hacia el autor, y desearle prosperidad en su publicación.*

Gran parte del daño, en estos asuntos como en otros, dimana más de la perezosa ó egoísta abstención de los buenos, que de la insana instigación de los apasionados, los interesados y los embaucadores. Es triste yerro pensar que se cumplen los deberes de ciudadanía con solo votar de vez en cuando, y aun esto se escatima ó se enajena á vil precio. Contrapesar propagandas erróneas es labor meritoria, y, pues V. se lo propone, reciba mis plácemes.

Suyo afmo. amigo s. s.

q. b. s. m.,

A. Maura.

Madrid 9 Mayo 1902.

INTRODUCCIÓN

Sin el propósito de hacer una creación literaria, para lo cual carezco de fuerzas y me faltan las condiciones indispensables, comienzo con entusiasmo el libro que he bautizado con el título de Miserias humanas. Mi ánimo es tratar aquellas cuestiones que á esta sociedad contemporánea, más intensamente la caracterizan y coloran; y quiero tratarlas, sin prejuicio alguno de escuela, sin apasionamientos y solamente con el criterio particular de mis ideas, pasadas todas por el crisol honrado de mi conciencia y el cedazo finísimo de la verdad. He aquí, pues, mi propósito.

No desconoce nadie que medite y estudie todo cuanto pasa á su alrededor, que verdaderamente atravesamos un período de la Historia, de esos que se caracterizan y se señalan en el tiempo con el nombre de revolucionarios; para ello no es preciso que se avecine ni presagie una hecatombe política como la del 93 del siglo xviii en la Francia de Mirabeau; no es necesario que tiemble el orbe, bajo el peso de los ejércitos napoleónicos, que al son de sus cornetas y al verdor de sus

laureles, parecían venir á cambiar toda la división geográfico-política del universo y trastornar á Europa, amarrándola al carro de su caudillo, que luego la distribuyera entre sus deudos; nada de esto es necesario; yo disiento en muchas cuestiones de un tribuno eminente que llevara tras de su persona y sus ideas, grandes muchedumbres arrastradas por la magia y riqueza de su palabra, á quien puedo llamar extraviado, pero en justicia lo considero grande, y disiento en una afirmación suya, de que este siglo, refiriéndose al XIX, había entrado en el período de su evolución pacífica; tal vez si Dios le concediera más años de vida, en estos días, habría rectificado su juicio; no puede haber evolución, aquí donde se abre un abismo insondable entre la moral y el hombre, entre los pueblos y sus reyes, entre los amos y los criados, entre el capital y el trabajo, y todo parece hundirse y desaparecer bajo el abrumante peso de grandes desarreglos en la economía, de inmensas relajaciones en los deberes y derechos y grandes pestilencias de lo inmoral; el abismo está abierto y su sima profundísima amenaza enterrar todo este sistema social, que unos llaman viejo y otros llaman joven, aquéllos por progresistas y éstos por tradicionales, pero sistema al fin, que sostiene un orden y una armonía llamados á perderse y á hundirse al golpe de gentes que tienen en sus labios la palabra anarquía, de hombres que tienen en su corazón el veneno de sectas, de sociedades que mueren en la frialdad del descreimiento; hombres, sociedades y gentes

en fin, á quienes falta el juicio en esta Babel de las inteligencias.

Innegablemente atravesamos un período de la Historia, verdaderamente pavoroso; para conocerlo y afirmarlo, no es preciso hacer profundos estudios, ni tener ese espíritu, para mí apreciadísimo, de observador; basta vivir en estos tiempos y sentir sobre las espaldas las inmensas pesadumbres de días aciagos, el peso abrumador de cien ideas que luchan y combaten sin tregua, con banderas de relajación y de crímenes, con hombres sin criterio y con perfidia sobrada, á cuyo paso devastador se abren obscuros horizontes en toda la redondez del planeta: en este vendaval que parece ha segado el juicio y que trae aparejado el cierzo momificador de las inteligencias, todo parece en vías de una transformación radical y sensible, cuyas consecuencias no pueden preverse, dada la limitación natural de nuestra flaqueza humana, lo obscuro del porvenir, las negruras del presente, y ese rumor ensordecedor de un temporal horroroso, en cuyos vaivenes parece naufragar el orden de esta humanidad peregrina, y el concierto indispensable á la pobre sociedad: yo lo declaro sinceramente, y no por cierto por miedo pueril ni por espíritu de pesimista impenitente: el mundo se halla en una crisis; esta crisis, producto de cien generaciones, obra de mil fanáticos, parto del sofisma, aborto si queréis de la impiedad, que todo ello entra en su complicada y añeja composición, es más grande, más intensa, más profunda que todas las mu-

chas que han pasado en la Historia, que se han desarrollado en el tiempo, que ha contemplado el sol, ese testigo de nuestros pasos, que ha presenciado en todos los hemisferios cuanto en este bajo suelo se ha desarrollado y desarrolla, y que presenciará cuanto ocurra hasta el momento apocalíptico en que su luz se apague al soplo de quien le diera su vívida incandescencia.

Son muchos y muy distintos los factores que entran en la gestación de este monstruo que se prepara á invadirnos; aquella revolución que llevó al patíbulo al más infeliz de los reyes, á quien sus mismas cándidas acciones, pusieron al pie de la guillotina; aquella revolución que puso en el cadalso á una mujer heroica llamada Mme. Rotlland; aquella revolución que ahogó entre sus manos, á aquellos mismos que la hicieron con su palabra y su acción; aquella revolución no era más que el trabajo de una época, el producto de una queja, la consecuencia de un grito, la venganza de un ultraje; nuestras revoluciones españolas, que, por muy próximas á nosotros, nos abstenemos de juzgar, fueron obras de míseras pasiones, trabajos de énanos, obra de pigmeos, que no transcendieron de nuestras fronteras, si no fué para desmembrar nuestro territorio americano; la revolución italiana, siquier terrible, y promovedora de un verdadero laberinto en el mundo de los espíritus, de las conciencias católicas, por sus desmanes antirreligiosos, para quien reserva Dios el pesó de su justicia y cien ángeles apercibidos á eterno castigo, no pasa de ser un asunto puramente particular en lo

político, si bien fué transcendentalísimo en aquello que toca á nuestra alma, en aquello que se refiere á algo que no es este mísero barro de nuestro cuerpo, algo que se evapora y que va á Dios, de cuyo sublime aliento saliera. Pues bien; todas estas revoluciones, tengan por verbo á Mirabeau, á Danton, á Robespierre, á Prim, á Castelar, á Garibaldi, á quien sea, pasan por la Historia sin dejar el sello indeleble de una planta férrea, ni siquiera aquella señal devastadora que Atila atribuía á los cascos de su caballo; son estrellas fugaces que brillan y se eclipsan; son luces que se apagan; son relámpagos que alumbran el espacio por momentos; mas ninguna ha causado á la humanidad otra cosa que desviaciones en el camino que tiene señalado, no han producido más trastornos en el mundo que destruir y aniquilar, para que generaciones subsiguientes creen y edifiquen sobre sus escombros y sus huesos, nuevas instituciones á quienes posteriores edades y otros disturbios se encargan de derrocar. Sigamos.

Yo reconozco mucho parecido entre sí, en lo geológico y en lo político. Todo obra en virtud y al impulso de metamorfosis, y estas transformaciones obedecen á secretos providenciales planes, impenetrables como eternos. En la Geología todo reconoce un principio, una base, que sobre aquella base de la palabra de Dios, lo establezca verosímil; sobre ella podemos fundar científicamente toda esta moderna ciencia, que á veces y en momentos de inaudita locura, quiere negar á Dios con impúdico cinismo; sobre esa base, fundada

en una palabra creadora, en un *sublime fiat*, fundemos enhorabuena todo un mundo que obedece á un plan cósmico, que atiende un impulso vivificador y en movimientos rotativos y de traslación establece una armonía planetaria, una armonía física, una perfecta armonía entre todos los distintos componentes de este paraíso terreno, de este planeta, en que plugo á Dios colocar á la humanidad para altos fines y celestiales designios; establezcamos en lo geológico esta base, y de ella partiendo, observemos el desarrollo gigantesco de todo lo existente, sin perder ese equilibrio maravilloso que admiramos en la inmensidad del espacio, en la superficie de nuestra tierra, en sus propias entrañas, siguiendo me ódicamente el engranaje de su misma mecánica. Ningún hecho aparece aislado en el espacio; ningún suceso aparece aislado en el tiempo; he aquí la comparación: cuanto en el espacio ocurre, tiene en las leyes de gravitación por que se rige, necesario precedente; suceso que se desarrolla en el tiempo, tiene en sucesos anteriormente desarrollados, necesario progenitor y causa; ha habido un siglo de reforma, que obscureció la límpida historia de siglos precedentes, á quien un Lutero dió fuerza y color, en virtud de sus extravíos y sus excesos; le sobraban los vicios y le faltaba el talento; soñó una concepción monstruosa y la empolló al siniestro rescoldo de cuestiones políticas, que de otro modo, no hubiera ninguno aceptado sus ideas, predicadas con espíritu de personal protesta; ha habido un siglo de descubrimientos, cual el siglo de

Colón, á quien la estrechez de una celda, abriera la inmensidad de un continente nuevo, pasando indistintamente el pórtico de un humilde convento franciscano y las vírgenes aguas de océanos desconocidos; ha habido tiempos de lucha, cual las sangrientas encendidas por rivalidades entre dos monarcas poderosos, el prisionero de Pavía y el solitario austero del Escorial; ha habido siglos dominados por el espíritu de conquista, desde las de César hasta las de Pizarro, Cortés y Cisneros; ha habido siglos de revoluciones, como el siglo XVIII; siglos de transformación, como el siglo XIX; y ahora en el siglo XX, el siglo de los misterios, sentimos sobre nuestras cabezas el rumor de una tempestad, y se abren á nuestros pies las grietas predecesoras del caos. Es, pues, una consecuencia de lo anterior, el producto de lo presente, el parto laborioso de un monstruoso embarazo.

Demos ya, pues, por debatido y conforme, reconocer en la situación presente de la sociedad, un verdadero producto de cosas, nacidas y desarrolladas en otros siglos, así como tenemos que admitir que los adelantos modernos de la electricidad, han venido por sucesivas gradaciones, desde un análisis sobre las ancas de una rana, hasta el potente arco que presta su luz en las calles y aristocráticos salones: todo es consecuencia de sucesos anteriores; mas no vamos á dar de barato á lo que actualmente ocurre y acontece á nuestra vista, que ello no tiene en la cuestión grandísima parte, porque esto sería indefectiblemente tan necio,

como echar la culpa de una explosión á la pólvora almacenada, y dar patente de inocencia á la mecha que produjese el siniestro; sin duda alguna, los tiempos presentes, las modernas teorías, el socialismo adulterado que hoy se predica, todas esas locuras que los malvados han hecho volar por los campos y los talleres para envenenar y enloquecer el sano corazón de nuestros labriegos y artesanos, cuanto hoy se predica, con esa libertad, mal entendida, que tolera que un quídam, un mentecato, un farsante, á quien inspira no sé qué siniestro espíritu, venga ansioso de discursear sandeces, y á hacer que lo más sano de nuestras poblaciones, salga de esos teatros y esas reuniones, que el mal gusto llama mitins, cegados y neuróticos, pidiendo con gritos amenazadores una nueva organización social, un nuevo orden de cosas, y se lancen, en contra de sus intereses, á una titánica lucha entre el trabajo y el capital para caer vencidos á los pies de los amos que los ocupan; yo comprendo que el obrero quiera vivir, porque á ello tiene derecho; comprendo que la situación actual de nuestro país, hace que el problema de la vida sea dificilísimo; comprendo y aplaudo el justo, racional y lógico deseo de la mejora, pero considero también que la forma de conseguirlo no son estas huelgas y estas resistencias, nacidas de un espíritu suicida que no sé adónde puede conducirles. Veo también el asunto religioso, una cuestión tan seria, tan transcendental, que encarna y significa, no menos que la vida espiritual de los seres, tratada así

como una cosa baladí, pretendiendo reducir la inmensidad del alma á la pequeñez de un precepto legislativo, queriendo cortar las aspiraciones de una religión benditísima á ocupar toda la anchura del orbe, toda la inmensidad de la tierra, y esto se pretende ¡ay! con cuatro gritos y cuatro blasfemias. Considero la cuestión económica, aterrador problema, importantísimo asunto, al que en todas partes debiera prestársele preferente atención, pendiente de estudio y resuelto por el momento por la comodísima fórmula de «*tengo dinero*, y como ahora lo tengo, ya veremos después».

Todo esto que ocurre á la sociedad; todos estos gravísimos problemas; todo este vapor que se condensa y amenaza con una explosión pavorosa, todo, absolutamente todo, tiene un principio, una matriz, en el pecado del hombre, en las miserias humanas. Dista muchísimo la humanidad de ser perfecta; dista mucho el hombre de una perfección, que le hiciera feliz. Los motivos de estas imperfecciones, todos los sabemos: nuestro primer pecado; mas el hombre que se fija en esta marcha de la humanidad, quien atentamente observa cuanto en el mundo acontece, quien ve en el hecho no más que una consecuencia de la idea, verdadera generatriz, más íntimamente conoce los secretos de la humanidad, que quien nada observa y vive indiferente á lo que va desarrollándose á su vista, si bien el observador y el indiferente, cada uno por nuestro estilo, contribuímos al conjunto tristísimo que se presenta á los ojos de Dios, perfección absoluta. Los

vicios del hombre, sus desvaríos, sus inmensas locuras, le presentan como un órgano, digno de estudio. Para estudiarlo, no hay ciertamente que aspirar á un estado de perfección; el más pecador de los hombres, reconcentrándose en el santuario de su propia conciencia, provisto de buena intención, elevándose al nivel moral á que su alma le lleva, fija la vista en el cielo para recibir las inspiraciones que bajan de las alturas en raudales de luz y de sabiduría, puede, á buen seguro, si lo desea, ver claramente cuántas son sus miserias, cuáles son sus vicios; mas para ello falta siempre la voluntad. Pues bien; este es el objeto de mi libro; provisto de muy buena intención, elevando mi alma á Dios, reconcentrando mi conciencia, examinando mis actos, reconociendo mis pecados, me preparo á analizar algunas de las miserias que afligen á la humanidad. No busco con ello, un triunfo en las letras patrias; no anhelo la inmortalidad; sólo quiero que quien me lea reconozca mis propósitos, y al hojear las páginas de mi libro, vaya meditando seriamente sobre su persona; al hacerlo buscará la perfección, y perfeccionando al individuo, habremos llegado á perfeccionar la humanidad.

Manuel Corvera.

Julio, 1901.

CAPÍTULO PRIMERO

LA CUESTIÓN SOCIAL

Parécome cosa prudente y acertada, comenzar esta galería de miserias, estudio social muy humilde, por contemplar con firmeza y con calma, que garantiza la imparcialidad del juicio, la pavorosa cuestión, que en lenguaje familiar y en frase moderna, se llama social. Bien poco tendremos que esforzarnos para interesar al lector en asunto tan vital y de tanta transcendencia; la situación actual del mundo; esta lucha titánica empeñada, todo cuanto nos rodea, nos constriñe con fuerza singular á fijarnos de lleno y con detenimiento, á meditar lo que ocurre, y á hacer profecías de lo que ocurrirá. El asunto viene de lejos; no ha nacido con nosotros en nuestros tiempos; no es una utopia moderna la que ha planteado el problema, es una incubación antigua que viene á desarrollarse en nuestros días; es un feto que viene adherido á las propias entrañas de la sociedad, que ahora siente los dolores del parto. Mas el asunto tiene todos los caracteres de un asunto magno. En todas partes se le estudia, porque en todas partes se ha presentado. Quizá sea España el país donde menos se le analiza, y quizá sea Alemania donde más lo han comprendido. Entendemos perfectamente el interés de Alemania, y criticamos con dureza la pasividad de los españoles, porque evidentemente, su

estudio y su análisis debe, por necesidad, producir aquellas medidas y aquellos cauterios que el asunto demanda; porque de otra suerte, de otra manera, esta avalancha que nos intimida, este caos que se abre, esta lucha que se empeña, este mal que nos amenaza, vendrá, si se le deja, á ahogar en ríos de sangre, en mares de miserias, todo este organismo que hoy existe, esta relación que nos une, destruyendo y aniquilando lo que existiendo nos permite la existencia, y nos haría volver á tiempos bárbaros, para morir en la ignorancia y lanzar nuestros últimos alientos en una grande y espantosa catástrofe.

Para examinar esta cuestión, hemos de partir de varios puntos, sin cuyo estudio indispensable, haríamos inútiles divagaciones, y resultaría insulso nuestro trabajo: hemos de ver qué es el obrero; habremos de estudiar qué es la vida en la sociedad; tenemos que meditar cuál es el fin del obrero en el concierto de todos los seres, y cuál es su vida doméstica, su vida íntima. De otro modo, sin estos preliminares conocimientos, nada obtendríamos, porque el oficio de crítico nos exige empezar nuestro trabajo muy hondo y muy profundo, para luego venir á la superficie, y traer á nuestra obra el convencimiento pleno de que presentamos el tipo de nuestro estudio, con exacto parecido, con idéntica fisonomía; y luego que le hayamos retratado, después de describirle exactamente, podremos entonces, á vista de sus formas, de su constitución, con el escalpelo de nuestro criterio, ir examinando su organismo para conocer su enfermedad, y conocida, señalar los remedios, recetar los medicamentos que le pueden volver á la salud. Tal vez piensen algunos, que esto ya está hecho, que no es necesario, que la cuestión tiene ya recetados los calmantes que su nervioso estado le reclaman. No me decido á

negarlo; no me creo en el caso de desmentirlo; pero tengo para mí, que todos los paliativos son improcedentes, y que á la cuestión que nos ocupa no se han presentado otras cosas que calmantes, sin que estas medicinas momentáneas, den otro resultado que agravar la enfermedad, así como perjudica á un hidrópico las gotas de agua con que se pretende calmar su impaciencia y su sed.

El obrero es una palanca social; el obrero, no hay que negarlo, es un factor indispensable. Sin su concurso pára la máquina, y sin su sudor no produce la tierra. Parad la máquina y no cultivad la tierra. Suspended el movimiento de los talleres y apagad las calderas de vapor. Las líneas férreas sin funcionar; los vapores anclados en los puertos, el comercio inactivo, la industria muerta, el hambre por doquier, los seres famélicos, la miseria enseñoreándose de las más ricas ciudades, y las casas todas, del rico y del pobre, del grande y del chico, respirando ruina: he aquí, pues, la suspensión del obrero. Por eso cuando yo oigo hablar de huelga, me suena á suicidio; cuando escucho proyectos de resistencias me parece una inmensa locura. El obrero no comprende bien su misión sobre la tierra, y la sociedad, tristemente ha olvidado su deber hacia el obrero, elemento de su composición, indispensable, sin cuyo concurso no puede existir. Hoy está palpitante y como cuestión de momento, amenazando con una horrible explosión, la cuestión social, por gran número de causas é infinitos motivos; ciertamente los más poderosos son, sin duda alguna, las ideas de que se han llenado por voceadores de plazas y eruditos de cafés, las antes inocentes cabezas de los obreros, á quienes, ¡mentira parece!, se pretende perder y aniquilar; se les dice que griten, que se resistan, que ejerzan la presión que la falta de su bra-

zo produce en el capital y en la industria, que amaguen con no fabricar pan y que en último caso, fin del sainete, hagan la revolución armada, provoquen un gran conflicto, derroquen las autoridades y al desaparecer el orden, habrá triunfado la anarquía, y ya está hecha la felicidad. ¡Donosa ocurrencia! Yo no puedo menos de extenderme en amplias y tristes consideraciones sobre el asunto, porque tristemente por cierto, el humilde y bondadoso artesano de ayer, fiel sumiso del deber, padre amante y cariñoso marido, sostén del orden y salvación de la patria, ha roto todos los vínculos de su grandeza, y locamente se ha entregado á esos mercenarios de levita que le llevan á la ruina, al patíbulo, á una triste y vergonzosa abyección. Es muy cierto; en nuestras aldeas, en todos los talleres españoles, allí donde el trabajo creador esparce el aroma de su belleza y de su perfección, aderezado por el sudor de un hombre dignísimo, á quien puso Dios en su frente la más hermosa corona de los tiempos, años atrás, podía considerarse y meditar cuán grande y cuán elevada es la misión del obrero; mas hoy, pena da confesarlo, sólo encontramos en algunos hermanos de los campos, en varios obreros de las industrias y en muchos artesanos de las ciudades, nada más que pérfidos anarquistas, á quien la utopia más criminal ha puesto en una mano una bomba de dinamita, en la otra una tea incendiaria, y en el corazón, que santificaba antes la conciencia tranquila del deber cumplido, un odio mortal á cuanto á su alrededor crece, se desarrolla, muere ó se levanta. Esto es tristísimo; hagamos una comparación detenida de lo que antes era el obrero y lo que es ahora; consideremos aquel bondadoso y asiduo jornalero á quien el jornal ganado representaba un capital honradísimo, porque era la condensación de sus sudores, el fruto

codiciado de sus trabajos y fatigas; vedle repartir cuidadosamente sus cuartos, entre sus gastos familiares, y dedicar una parte á un honrado divertimiento y recreo, tal como el cigarrillo, de que tan amantes son los hombres de España; su rostro satisfecho y su salud perfecta, le revelan un hombre feliz que recorre este arenoso desierto de nuestra peregrinación humana, con esa paciencia candorosa que plugo á Dios colocar en las almas grandes, en los corazones humildes; el trabajo representa para él un patrimonio, y el jornal representa su sustento; él es feliz porque sus aspiraciones no pasan los límites de sus fuerzas; él es honrado, porque su vida de hombre sin tacha, le ha puesto un límite; él es religioso, porque Dios llena el ancho espacio de sus esperanzas, y sus trabajos y su sudor es un holocausto, que depone diariamente ante el trono del Creador; él es buen patricio, porque la tierra que labra, el taller donde forja el hierro, donde modela la madera, son pedazos de la patria, y el cielo que le cobija y el sol que le fortifica y alumbra, es de su patria, es su propio cielo, su esperanza, sus únicos consuelos; él es buen padre, porque quiere que sus hijos, educados en la sublime escuela del deber, sean como él, modelos de perfección; y un hombre de estas condiciones, de los que por ventura algunos existen, decidme si no es una columna que sostiene el orden, un baluarte del bien, un grandioso monumento que tiene su base en la tierra, de donde saliera, y su cúspide toca al cielo, adonde va. Este es el obrero de antes, este es el ser á quien todo hombre debe rendir el homenaje que la admiración aconseja; este es el titán á cuyos trabajos pare la tierra sus frutos y á cuya presencia los cielos se abren para recibirle. Comparémosle con algún obrero de hoy, ese que acude al trabajo de mala gana, porque en un mitin de la noche

antes, le han dicho con frases de retórica cursi, que le han deslumbrado, que el trabajo envilece y que es cosa de bestias; que mira con odio de muerte al patrono que á cambio de su trabajo le da dinero; que maquina en su imaginación calenturienta, á lo Garibaldi, un plan que reconociendo por principio científico la dinamita, busca como fin práctico la voladura de lo existente en una espantosa liquidación, y que encierra las míseras pasiones de un corazón envilecido y ruin, en una demagogia estúpida y en un juego de gitano encantador. Su mirada es un gesto de odio, como sus pasos son los del asesino, que espera á su víctima para rematarla; contempla á la sociedad en donde vive como un monstruo, y acecha como el tigre una ocasión de herirla; desconoce á su patria, porque para él no hay más que su individualidad egoísta, que hipertrofiada, quisiera negar á sus semejantes el aire aspirable, ante el miedo de que le falte y muera; no mira nunca al cielo, pues su inmensidad le impone, y tiembla cuando se hace cargo de su pequeñez; el sol es para él un mosquito, y en el paroxismo de una locura sistemática, sueña con destruirlo, como quien apaga una pobre pavesa; Dios no existe para quien en virtud de sus delirios desafía á todo lo existente á una descomunal batalla, cual el hidalgo de Cervantes, y necio y sacrílego, se burla del nombre santo con locas blasfemias. No quiere á su familia, y, peor que las hienas, no atiende á sus hijos. Es un tipo peligroso y en todas partes se presenta con sus alardes y desplantes, como una siniestra aparición: este es el cambio del ayer al presente; pero tiene otro aspecto que mucho influye en la cuestión: el aspecto doméstico. Veamos.

Tengo por ciertísimo, que no hay mejor sistema para juzgar del todo á un hombre (es cosa indispensable, antecedente necesario), que conocer íntimamente

su vida familiar. Este aspecto basta á mi juicio para conocerlo profundamente. Yo tengo para mí, que quien es un dechado de virtudes en su trato familiar y en su gobierno interior, no puede dejar en el portal de su casa sus méritos, y obrar de distinta manera en el resto de sus acciones sociales. Por esto, indudable tópico, considero que es cuestión capitalísima, en el asunto que nos ocupa, ver y analizar la vida del obrero en su casa. Dejemos al obrero sencillo, montado á la antigua, que éste, cual le pintamos en el párrafo último, es un ángel rodeado de sus hijos, y atendido por una mujer bondadosa y perfecta, santificando todos á una el bendito hogar donde el sublime espectáculo de la felicidad se abraza estrecha y amorosamente con una moral perfectísima, cuyos ejemplos quisiéramos de buena gana divulgar, los que algo nos ufanamos por llegar á mejorar esta pobre especie humana, hoy tan abatida y abyecta en su número más crecido. Reduzcamos nuestro estudio á ese obrero, asíduo concurrente á la taberna, que templa su voz con peleón de la peor clase, para dar en las plazas gritos de sedición y de exterminio, y hacer trepidar las murallas del derecho y los torreones del deber, al predicar y sostener un procedimiento anárquico; fijémonos en el hombre á quien el vino enfurece y á quien la retórica incendiaria de un apóstol, ¡cruelísimo sarcasmo! ha hecho enloquecer, porque le ha imbuído unas teorías que de seguro el propio Marat, por exceso de radicalismo, rechazaría. Constriñamos el análisis á ese hombre mercenario que deja á sus hijos hambrientos y desnudos, para sostener con sus míseros recursos á esos apóstoles y á esos periódicos que bien podemos llamar plagas modernas, y que están á grandes voces demandando un moderno Moisés que pueda aniquilarlas. Tipo á quien el moderno y excecrable derecho que predica,

ha separado de ese calor vivificador del hogar doméstico, para lanzarlo á las heladas regiones de una filosofía sensualista y criminal que hará, si su progreso no se ataja, un pudridero de nuestras ciudades, un cementerio del planeta, una pira putrefacta de toda la humanidad. Huye de su casa, porque le huele mal ese concierto de la familia, necesario y perpetuo, pues de él se dimanan los conciertos de los pueblos, el harmónico concierto del mundo, contra cuya existencia van directos sus dardos, y está en lucha su voluntad. Abandona á sus hijos y no atiende á su mujer, porque las lágrimas de unos, y los sabios consejos, siquier dados con rústica y contundente lógica de la otra, dejan entrever á cortos intervalos, los rayos de luz que pudieran volverle al raciocinio y salvarle de próxima y lamentable ruina; ello le enfurece, porque al loco y al perturbado, nada le es más molesto que la razón, por aquello que es la antítesis de sus desatinadas ocurrencias. Las faltas y necesidades de su casa, sus pobres hijos y su paciente mujer, le dicen con su presencia solamente, cuál es su dolor y cuán inmensa su aberración, y así como el ateo ha optado por imponerse la idea de la no existencia del Dios que representa la justicia perfecta é inmutable, cuyo recuerdo pretende olvidar con locas fantasías porque es el eterno fiscal acusador de su vida, por este mismo gracioso procedimiento, valga la frase, el necio que pretende destruir la existente sociedad para forjar otra cual la ideada en su cabeza desequilibrada, huye de su casa y de su propia familia porque les llaman á una, al puesto del deber con voces firmísimas y claras, que no bastan á apagar los vapores del vino, el humo de la lucha, el hedor de sus miserables pasiones. He aquí, pues, el obrero de hoy, huído á la continua de su casa, divorciado, si no legal, prácticamente de su mujer, abando-

nador de sus hijos, y siendo este retrato exacto, con algunas y honrosísimas excepciones, decidme si es posible, si es viable, el arreglo de lo que, en frase muy gráfica, debemos llamar y yo llamo, desarreglo social.

Ocurre en la sociedad humana, cosa muy parecida á una que ocurre en las entrañas de los mares; el pez grande aniquila y destruye al pequeño para su regalo y alimento, y el capital absorbe los sudores y los trabajos del pobre para su engrandecimiento y prosperidad; no es esto discutible por cuanto que ocurre á nuestra vista y acontece en nuestros tiempos, y aquí tenemos, pues, uno de los principales extremos de la cuestión social; no descendamos á analizar las causas y concausas que han venido contribuyendo á la creación y progreso de los grandes capitales, que este estudio no es de nuestro objeto ni encaja en los fines de este libro; pero sí hemos de hacer notar que su existencia ha establecido en el mundo el grave, el siempre pavoroso problema económico, de actualidad siempre y de actualidad gravísima ahora: es necesario en la organización social actual, que el pobre viva con el rico y éste con el pobre, y por demás hemos de criticar durísimamente, ese espíritu de absorción de que se ha llenado parte de los capitalistas modernos, que en su ambición han llegado y llegan á imaginarse que los pobres, hombres como ellos, dignos de toda consideración, de quienes en buena ley ellos son administradores, pese á todo sistema de filosofía que predique lo contrario, son y deben ser unos objetos, unas cosas, bestias explotables; esto no es más que una inmensa, una gigantesca locura; tiene que existir en el pobre esa humildad que, poniéndole de rodillas, le levanta sobre los tronos de los reyes, porque le lleva hasta el cielo; debe existir en el rico ese sublime espíritu de caridad que le acerca al pobre, elevándole más cuanto

más agacha su cerviz, y si hemos de ser exactos diremos, que debe tener el rico el propio necesario talento para comprender, que todo lo que no sea establecer con el pobre una estrecha unión y simpatía, es un verdadero y lento suicidio, que no más que á su total ruina le lleva, llevando de paso al mundo todo al mayor y más profundo abismo: lo declaramos con tanta sinceridad como lo sentimos: falta al rico la caridad y el buen juicio, porque el espíritu egoísta así lo decreta, y al pobre, ¡al pobre!, también le falta la paciencia y la humildad que deben caracterizarle, y le hacen no solo necesario, sino absolutamente indispensable á la sociedad. Y decimos que ocurre en la sociedad cosa parecida á lo que ocurre en los mares, que los grandes destruyen á los pequeños, fundándonos para ello en la propia innegable experiencia de nuestra vida, y en el diario espectáculo que todo el mundo nos ofrece; absorción y nada más que absorción; consideremos cualquier industria montada á la moderna, con la misma industria montada á la antigua; el ferrocarril, pongamos por caso: antes, cientos de miles de arrieros vivían del transporte de géneros y de diversas mercancías; los que á tal cosa se dedicaban, ó han pasado á otra, ó viven en el pauperismo, mientras que el negocio que antes representaba la subsistencia de muchas familias, lo explota, verdaderamente lo explota, una compañía poderosa, mediante unos cuantos empleados á quienes en general retribuye mal. Y no sigamos haciendo citas, que todas cuantas podamos hacer están de seguro muy presentes en los días actuales, y por ende muy á la vista de mis carísimos lectores. Pero sí quiero dejar sentado y por admitido, que ese mortal y venenoso apetito de absorción, ha venido á poner esa hostil barrera que, separando al capital del trabajo, ha agigantado de modo espantoso, el problema social.

Hace falta indispensablemente en el pobre, el espíritu de abnegación y de sacrificio; su misión sobre la tierra es misión de humilde, y cuando por derroteros equivocados lleva su conducta, pobre porvenir le aguarda; horroroso presente le intimida. Yo que vivo en la pobreza, yo que conozco todas sus consecuencias desde la escasez de lo necesario, hasta el hambre sentida en otro tiempo, bien conozco por mi propia experiencia cuánta virtud se necesita y cuán difícil es cumplir nosotros los pobres, nuestra misión sobre la tierra; llenar debidamente nuestro fin en la sociedad; mas hay que desengañarse; todo se cambia y todo se modifica; la Providencia, que no abandona al tierno pajarillo, no abandona ni abandonará nunca al hombre infeliz á quien no adornan los bienes de fortuna, ni los medios de existencia le sobran, pero que tiene dentro del corazón un vehemente deseo del bien, en la conciencia la tranquilidad, y en el alma una fe inagotable que le defiende en el peligro, que le anima al sacrificio y que le impulsa en el trabajo; escuchen mis consejos cuantos viven en la pobreza y luchan titánicamente con la adversidad; no hay que desmayar; el triunfo es de nuestra clase; pero para lograrlo no id, legiones de menesterosos, tribus de trabajadores, no id en modo alguno tras ese mentido bienestar que pueda ofrecer, en maldita hora, un socialismo artero que yo no sé adónde se dirige ni qué se propone; encerrémonos en nuestro propio ser, abandonen los ilusos sus utopias, y formen alrededor de la verdad la unión estrecha que las necesidades imponen para vencer por la fuerza abrumadora del número y la potente fuerza de la razón que nos asiste: yo lloro lágrimas del corazón, cuando veo y considero esos horribles espectáculos que presentan nuestras clases trabajadoras en medio de las plazas, con la bandera de aniquilación, con

la palabra anarquía en los labios; yo lo siento verdaderamente, porque veo un fin desastroso, porque considero cuán equivocado es el medio de obtener un triunfo que de derecho le corresponde; no seguid esas doctrinas que piden sangre y que quieren ruinas: pedid amor y caridad y quered engrandecimiento; un pobre pidiendo sangre, es un absurdo; un pobre queriendo ruina, es un contrasentido; así no se triunfa, ni así se vence; que Napoleón al frente de una Francia armadísima y guerrera, pidiera los tronos de Europa y las llaves de los reinos, nada tiene de extraño; sí lo tendría, que un militar á quien desprecien todos, adocenado en la estrategia, ayuno de política y sin genio militar, quisiera renovar los días de Jena y Austerlitz; por eso no comprendo que los pobres pidan guerra y quieran sangre, piensen en revoluciones y sueñen con transformar por la fuerza; el vigor no es el brazo, como no son tronos esas butaquillas donde se sienta cualquier rico; el trono es el trono de Dios, y los demás son pedestales que hace derribar el tenue vientecillo y que destroza cualquier piedrecilla que una mano oculta dirija; amor y caridad; humildad y abnegación; he aquí el programa; he aquí la verdad; amor á la familia y á la sociedad en que se vive; caridad para todos, símbolo de unión; humildad que eleva y abnegación que engrandece, para llevar al triunfo; este es el verdadero plan, esta es la verdadera solución, que de otro modo nada se logra y sólo se consigue llevar el hambre á los hijos del alma, la ruina á los hogares, la destrucción á las ciudades, la muerte á las naciones y convertir este planeta que habitamos en una incandescente materia, al siniestro calor de una universal y horrorosa conflagración.

La vida en la sociedad moderna es para el obrero dificilísima; las modernas costumbres y este oropel

de que á todos nos gusta adornar nuestra existencia, ha aumentado de un modo considerable los gastos, las necesidades de que está llena la vida; por un lado los vicios, que tanto consumen de energía y de dinero, y por otro esta insoportable carestía de que venimos siendo víctimas; todo contribuye de un modo poderoso á rellenar de problemas la existencia del obrero, y no puede decirse que la cosa necesita profundo estudio ni grandes vigilias de observación; el jornal es más pequeño y más escaso, y la diaria subsistencia se ha encarecido de modo alarmante, amén de que muchas necesidades de hóy, eran desconocidas antaño; este es indudablemente un aspecto esencial y transcendente en la cuestión que estudiamos; mal consejero es el hambre, y poca calma tienen los seres famélicos. En Rusia, por ejemplo, en esas públicas y frecuentes calamidades que se padecen, tiene la cosa diverso aspecto; pueblo singular y más atrasado que España en cierto punto, toma la frecuente enfermedad con el hielo de su clima, y come cuando el erario público acorre en su amparo, y si no, muere de hambre dulcemente, como mártir sublime de los grandes errores económicos; en España no puede acontecer lo propio, como tampoco en Francia, en Alemania ni en Italia; nuestro modernismo nos lo impide, y el ruso que sin quejarse muere por hambre, no tiene competidor en ningún pueblo de Europa; y celebro que sea así, pues no es propio en estos tiempos de civilización y de adelantos, que pobres seres, con tanto derecho á la vida como los demás, la dejen por falta de alimentos, cuando otros se aburren de la opulencia y en la hartura. Yo estoy bien convencido que en estas naciones donde se trabaja, no puede enseñorearse del todo y por completo ese hambre de regiones que tienen una vida singular, y que su subsistencia depende de causas, como las

cosechas, pongamos por caso, cuya desaparición aniquila á todos; mas viniendo al objeto que me propuse al tocar este extremo de la vida social del obrero, comprendiendo, como dejo anotado, todos los graves inconvenientes y torturas que este ser pasa en la sociedad moderna, hemos de recordar la frase de un eminente filósofo francés, el abate Martinet, quien discurriendo sobre la felicidad de la tierra, decía que siendo reducidos sus bienes, á escaso número podían éstos tocarle; racional explicación á la desigualdad, contra la que tanto se clama. Creemos firmemente que si la tesis que sostienen los socialistas, del reparto, de la distribución, se realizara, sólo minutos estaríamos en ese estado. Supongamos en un número de millones la riqueza universal, que repartida entre los millones de habitantes de este planeta, resultaría insignificante cantidad á cada uno, y tras esto, las necesidades más numerosas de unos, la dilapidación de otros, la mala administración de algunos, vendría á reunir en las manos de los tacaños, de los avaros y de los previsores, las sumas que otros gastaran y repartieran. Lo tengo por exacto é innegable.

Todo ser tiene en el mundo un fin que cumplir, una misión que llenar, que este es el plan divino del Creador. Nace la criatura para belleza de la Creación, y Dios, que la pone en el planeta que habitamos, que la dota de un alma, atributo sublime de sublime grandeza; que ha coronado su creación con la libertad; que ha postrado á sus pies toda la Naturaleza, le ha señalado al nacer un fin, un precepto, que hay que obedecer. Líbrenos Dios de ser fatalistas; pero es nuestro sentir, que es innegable que la misión de la humanidad, en colectivo, nada entorpece la misión del hombre, en individualidad. Desde la infancia, en que parece que en nada intervenimos, hasta la vejez, en que

nos quitan la intervención, siempre el hombre llena un fin, y hace algo en la marcha de su propio individuo, y en la pausada peregrinación de la humanidad; no se diga que unos hacen más y otros menos, que hay quien dirige y quién sólo obedece; yo no discuto que hay directores de la humanidad, á quienes su talento ó su osadía les da las bridas del mundo para llevarlo á su talante; de acuerdo: pero yo no creo que haya hombre tan soberbio que estime á la humanidad un inofensivo rebaño de ovejas, que ciegamente obedece los gritos del pastor. Necesariamente el barco lleva piloto, que sin él no navegaría con rumbo fijo; necesariamente la humanidad quiere un Moisés que le dirija por este desierto, y que, más sabio que la muchedumbre, vea la nube misteriosa que le señala el camino; necesitó el aguerrido Alfonso VIII el humilde dictamen de un desconocido pastor para ganar la batalla de las Navas; la inmensidad de un nuevo mundo necesitó á un humildísimo franciscano, y el cerebro donde se empolló la solución del problema de los antiguos antípodas, vagó por las sierras andaluzas y castellanas, tan hermosas, en demanda y procura de alimentos; todo lo necesita y nada le sobra á la humanidad. Muchos creen que la dirección del mundo está encargada á los sabios, cuando grandes enseñanzas históricas abogan por lo contrario; y modernamente, aun en medio de este novísimo y elogiado sistema de las mayorías, se cree que la misión de la especie la han de señalar cuatro hombres que tienen talento; para mí es esto una equivocación. Accedo al comienzo de este párrafo á lo de las direcciones sociales, pero no cedo en que cada uno de los seres es absolutamente indispensable para llenar la misión colectiva de la humanidad, y que en esta misión ocupa parte tan esencial el pobre campesino que destripa la tierra para hacerla producir

los ópimos frutos de nuestro sustento, como el sabio astrónomo que, fijo en el cielo, lo escudriña todo, para encontrar, si puede, esos grandes misterios que representan los mundos que giran sobre nuestras cabezas. Nada hay inútil, ni nadie sobra en este armónico conjunto de la sociedad. Necesitamos, indudablemente, de los sabios; pero nos son precisos los ignorantes para hacer y establecer la variedad, sin la cual no tuviéramos puntos de comparación; nos es indispensable el capital, pero nos es absolutamente necesario el trabajo, que constituye aquél, que lo desarrolla, que nos da desde el alimento tan preciso, hasta el lujo más superfluo; de aquí que yo juzgue muy duramente esa tirantez que la torpeza de unos y la soberbia de otros ha establecido entre el amo y el criado, entre el patrón y el obrero, tirantez que, hipertrofiándose, ha venido á crear esta espantosa situación presente, que, pese á los optimismos de algunos, tiene mucho de pavorosa. Yo quiero que todos comprendan mi pensamiento y mis consejos; hace falta que quien tiene el dinero se persuada de que éste para nada sirve sin el trabajo; porque apesar de su avasalladora influencia, no ha resuelto todavía el procedimiento de que guardado críe y se multiplique; descubrimiento quizá reservado á tiempos más científicos y más adelantados que los nuestros; y que los obreros se convenzan de una vez para siempre, que sin el capital, el trabajo se anula; porque las transformaciones económicas que hemos venido observando en el transcurso de la Historia, lo hacen así preciso; en tiempos más primitivos, cuando no se conocían las entidades hoy existentes, tal vez pudiera lograrse lo que pretenden hoy los obreros; pero en estas alturas, en estos días, cuando ya hay tanto y tanto malo sobre esa base, y hay intereses grandes y aspiraciones encontradas, pensarlo es una utopia, que-

rerlo realizar es una locura, y sostenerlo es una extravagancia.

Mucha culpa de que la cuestión haya dejado de ser una cuestión de estudio y sea hoy una cuestión de desorden y anarquía, la tienen los Gobiernos; enhorabuena que las libertades concedan á la sombra del moderno derecho, que todos los hombres manifiesten sus ideas con entera claridad y que la tribuna sea patrimonio de todo pensador; enhorabuena que la imprenta tenga libertad y se escriba con entera franqueza lo que piensa cada cual, sin trabas de censura; todo esto tiene su explicación lógica, pero hemos de convenir que una cosa son las ideas y otras los desatinos: es distinto defender las soluciones del socialismo, tal como es éste en filosofía, y pedir la destrucción de todo lo existente para sustituírlo con otro orden de cosas más bonito, según dicen sus adeptos; por esto yo estimo que no ha debido tolerarse por ningún Gobierno esa peligrosa propaganda que ha venido haciéndose largo tiempo, y que continúa con verdadero cinismo, porque la propaganda atentatoria contra el orden ha debido considerarse cuerdamente como crimen de lesa sociedad, y perseguirla por tanto. La libertad que hoy disfrutamos autoriza la libre exposición de las ideas, mas implícitamente prohibe la predicación de los absurdos; sería lógico que se permitiera que esos apóstoles, más ó menos interesados, que le han salido á las clases obreras, predicaran los medios legales que éstas tienen de mejorar, puesto que á la mejora tienen derecho; que les dijesen que se abusa de ellos y que hay medios de que este abuso desaparezca; que es menester que los obreros con la fuerza de la razón, más poderosa que todas las fuerzas del mundo, hagan ver á algunos desalmados patronos que ellos son hijos de Dios, seres racionales y que tienen que obrar con ellos

de distinta manera á la cruel y estúpida con que hoy obran; pero decir que es necesario para mejorar la clase obrera, tirar iglesias, quemar conventos, asesinar frailes, matar burgueses, usar mucha dinamita y que desaparezca todo lo existente, no es ni más ni menos que una transgresión, y como tal y como atentado al orden, á la moral y á todo, hay que contenerlo y aniquilarlo: esto ha debido ser, pues la misión de los Gobiernos es velar por el derecho que trae aparejado los deberes, y no permitir que el lamentable abuso de los charlatanes haya creado este problema, haya planteado esta situación que tan hondamente preocupa á todo pensador; más, ¿qué hemos de hacerle?; el siglo expirado recientemente, ha sido, sin duda alguna, el más singular de la Historia, y cuando todos se daban citas para emprender la magna obra del progreso; cuando todos á una gritaban tener el verdadero maná, que alimentando á los pueblos los hiciese grandes, todo desaparecía por intervalos, para reaparecer más tarde encarnado en otra persona, que traía algo de lo viejo, mas alguna novedad que significara adelanto; y vuelta á la desaparición para preparar en el ostracismo una novedad más deslumbrante: á cortos intervalos revoluciones fragorosas y profundas, conmovían todo el planeta, movimientos sediciosos amenazan destruir la unidad de las naciones para establecer cantones y ahondar más esta enfermedad gravísima de la desunión de los pueblos; el horrible fantasma de la guerra recorrió todo el continente, llegando la Prusia de Guillermo á rendir á sus pies á la Francia del tercer Napoleón, tomando á París; la iconoclasta república de la América del Norte arrancó á la vieja España sus más ricas posesiones de las Antillas, y los pobres boers han medido sus fuerzas con las de una nación que quiso someterlos, y aun en nuestros días andan de

combates. Por todo esto, yo considero al siglo XIX un siglo singular; mas viniendo al lamentable desarrollo que ha tomado el error en estos tiempos, debemos consignar en descargo, que han pagado ciertamente, los hombres que han llevado las bridas del gobierno, con su vida su torpeza: en América, Mac-Kinley; en Francia, Faure; en Italia, Humberto, y en España, Cánovas, han muerto al asesino disparo de las modernas teorías que quieren destruir á la sociedad, hiriéndola en sus miembros principales; los gritos del momento han muerto en el olvido, y las proyectadas campañas contra el monstruo, no han sido más que proyectadas sin tener señales todavía de llegar á la práctica, cuando es tan necesario, si bien tememos que ya va siendo tarde, porque el error está divulgadísimo, y lo que es peor, cuenta con verdaderos fanáticos que mueren de buen grado en el cadalso, con tal de haber hecho una de las señaladas partes de su endiablado programa. Yo repito que de ello tienen culpa grandísima los gobiernos, pues paréceme que bien han podido evitar que la secta se aumente de un modo alarmante, con la impunidad con que lo ha hecho, y no se diga que no pudo preverse que se hiciera temible; sin petulancia de profetas, podemos asegurar que siempre temimos que la cosa llegara á tanto, pues creemos que no es preciso ser lince para ver que una doctrina que tiene por fin la destrucción de la sociedad, por medio la dinamita y por principio el odio, es doctrina muy peligrosa, que debe perseguirse; podrá decirse que no pueden perseguirse las doctrinas, y que no debe encarcelarse á los doctrinarios: pues entonces conviene hacer constar que han desaparecido las garantías de seguridad, que reina el desorden y que podemos prepararnos á una espantosa lucha que no podemos presumir, cómo ni cuándo ha de terminar.

Dicen los adictos al socialismo hoy en uso, que éste es el progreso, que éste es la civilización; yo creo lo contrario; no me parece que es civilización pedir que vengan abajo instituciones seculares, cual el catolicismo, á que profesan grande é injustificado odio los socialistas; permitidme una divagación: no he comprendido nunca en virtud de qué odian el catolicismo los que se pavonean de liberales; decidme: ¿en qué los perjudica, en qué los persigue, qué daño les hace?; ¿no es por ventura el Evangelio el libro santo de la igualdad, de la fraternidad y de la democracia más pura?; predica el catolicismo la hermandad del Crucificado, bandera sublime de la más hermosa igualdad; predica el catolicismo la fraternidad, y lleva á los altares indistintamente á un santo labrador que se llama San Isidro y á un santo rey que se llama San Fernando; ¿no ofrece el catolicismo por boca de su Verbo un asilo, galardón de la virtud, á todos los seres, vengan de donde vengan, y una sentencia divina afirma la dificultad de penetrar en la mansión eterna de la felicidad al rico, porque la riqueza es un lastre pesadísimo, mientras que el Redentor sublimó la pobreza, naciendo de una pobre doncella, que ha elevado hasta la mayor altura del empíreo, y á un pobre carpintero llamó padre, naciendo en un pesebre, huyendo en un pobre pollino, viviendo, en suma, en una pobreza bellísima, y creando una religión que depositó en doce pescadores, para establecer una perfección divina, que encaja mejor que á nadie á los pobres, germen perfectísimo de la humanidad? ¿No es injusto, pues, y necio en demasía, que el pobre se levante contra Dios, que le ha hecho objeto de sus más hermosas predilecciones? Sigamos: piden la aniquilación de instituciones seculares con fines erróneos, y equivocadísimos propósitos. Piden la disgregación de los grandes capitales, y como

ya digo antes, la situación económica del mundo hace al capital necesario para la marcha y desenvolvimiento de la humanidad; será, si queréis, un mal y una injusticia, esa desigualdad de fortunas, que hace la miseria absoluta y la riqueza escandalosa; mas admitido como mal profundísimo, tenemos que aceptarlo; supongamos un matrimonio muy bello de quien nace un hijo jorobado y feo; podrán gritar mucho y quejarse de la mala fortuna que le ha proporcionado un fruto en desacuerdo con sus méritos, pero será en balde cuanto digan é inútil lo que se quejen; feo ó bonito, es su hijo, y por tal y como tal tienen que aceptarlo y reconocerlo. Conste que yo no afirmo en absoluto, que la existencia de grandes capitales sea perturbador y dañoso, porque no es del plan de este libro, afirmarlo ó negarlo; sólo tomo y admito en hipótesis lo defendido por los socialistas, para deducir en lógica consecuencia que, malo ó bueno, así tenemos que aceptarlo. Yo he conocido á un socialista ilustrado y hombre de bonísima voluntad y fe, á quien en varias ocasiones pregunté con el respeto que me merecen sus bellas cualidades, el fin que se proponía, al trabajar del modo fervoroso y entusiástico que trabajaba; hombre muy extraordinario, si no por méritos, por carácter, siempre me contestó con el laconismo propio de su temple, que la destrucción de lo actual para hacer otra cosa mejor; nunca entré en discusión con semejante persona, porque su fanatismo exaltadísimo me infundía siempre mucho respeto; pero creedme que aquellos planes siempre me parecieron propios de un loco, más que de una persona de su talento natural: romper lo viejo y hacer una cosa nueva: si se tratase del mobiliario de una casa, nada más fácil, si bien podría ser dispendioso; si se procura únicamente variar la hechura de una población, si bien es cosa atrevida, es cier-

tamente cosa realizable; si se quisiera transformar una región, de montañosa en llana, antojo caro y entretenido sería, mas puede conseguirse; pero romper todo lo existente y hacerlo de nuevo á su antojo y capricho, paréceme cosa de seres superiores á los hombres; cosa que éstos no pueden realizar. Sin embargo, este es el plan del socialismo moderno. La Historia nos da testimonio de empresas muy atrevidas, realizadas: un siglo ha hecho hace poco, de una transformación llevada á cabo en Francia por una revolución formidable: me refiero á la gigantesca del 93 en la décima-octava centuria: Necker y Turgot la hicieron en la hacienda con disposiciones económicas; Mirabeau la hizo en las asambleas de Versalles; Danton, Robespierre y Marat la hicieron en los clubs; el pueblo descamisado la hizo en las calles; Luis XVI y María Antonieta la hicieron, sin quererlo, en la nobleza, y la guillotina la hizo en el cadalso; inmensa hoguera, horrorosa conflagración; un pueblo como el de Francia, que llega en todas las direcciones al abismo; que toca á todas las demencias y gusta todos los vicios; que va de grado á toda locura que tenga sello de perdición, tiene que engendrar en sus entrañas cancerosas y diabólicas, una grande revolución en todos los órdenes. Los desvaríos de su nobleza y las torpezas de sus reyes, más inocentes que malvados; los devaneos de sus individuos, más necios que perversos, fueron reuniendo y preparando el necesario combustible para un gran incendio, que no más que una mecha necesitara para producirse y propagarse; todos tenían la mecha en la mano, pero por designio secreto, estaba reservado el aplicarla á un pobre rey, que pensó una fuga torpísima é inoportuna; quiso abandonar su palacio, y se halló en las doradas rejas de una cárcel, donde tenía que aceptar el sitio que le designaran, fue-

ra el trono reintegrado, ó el patíbulo tristísimo; la voluntad del pueblo, como rezan los historiadores franceses, descargó sobre su cabeza la guillotina, y la sangre que salpicó de su regio cuello, aun caliente de los mantos reales, enardeció aquella ola revolucionaria que se forjara en el París de los misterios. Toda Francia ardió en aquellos momentos, en que el viento político ayudaba al incendio social producido por tantas causas, como eran las progenitoras del movimiento francés; aquello parecía volver al caos, porque ya estaba en el abismo. Luego que la atmósfera cargadísima de electricidad, preñada de tormentas, descargó con toda la violencia de una revolución tan formidable, vino la calma relativa, que exigió un genio militar que al frente de la democracia triunfante y joven, llevara la bandera tricolor á la lucha con los pueblos que oponían á la invasión de las ideas francesas el muro de las bayonetas; el artillero de Tolón no tardó en vencer en las Pirámides, y el pueblo de la libertad y de los derechos humanos, no dudó uncirse al carro de guerra de un moderno César victorioso y genial; enmudeció la tribuna y sólo se escuchó la voz del guerrero, el redoble de tambores y el estampido del cañón: Francia siguió entusiasmada á un imberbe á quien su talento militar abrió las puertas de Berlín después de destrozar en Jena la cuarta coalición, y por un contrasentido político, el pueblo que no supo soportar el cetro de un rey, sostuvo con su brazo y con con su pecho, la tiranía que ejerció en Europa el mayor capitán de la Historia. Mas decidme después, si esto que fué inmenso, si esta extraordinaria revolución, de la que aun existen los rescoldos extintos, que no han bastado á apagar los hielos de una reacción como la del Imperio, puede apellidarse universal, magüer la voluntad de algún historiador que así la llama.

En Francia, la tea revolucionaria consumió todo lo político, y la guillotina, cansadísima, llegó á romperse á fuerza de segar cabezas, para que la renovación fuera tan extensa que renovara hasta la sangre humana, tan abundante en París, en aquellos días luctuosos; recordad aquella inolvidable sentencia de la Rotlland llevada al cadalso, invocando á la libertad, para lanzarle el horrendo cargo, de que en su nombre se cometían innumerables crímenes; recordad aquellos orgiásticos paseos por las calles con la diosa Razón, á quien escoltaban miles de picas y á quien aclamaban miles de voces hartas de aguardiente y ansiosas de sangre y de derechos; porque debe constar que aquellas turbas sanguinarias hallaron la sangre, mas no encontraron la libertad, hermosa hija de Dios, negada á quien quiso obtenerla de una madre abyecta y prostituída. Decidme si este desahogo de la maldad humana, condensación de los siglos, podemos creer que amenace siquiera cambiar el orden de lo existente, ni aun como tenue parecido á lo que hoy pretenden los socialistas; no hace mucho tiempo se ha dicho que para arreglar cierta cuestión entre obreros y patronos se pidió cierto número de cabezas. Vamos acercándonos moralmente á Marruecos, y la triste frase de Alejandro Dumas, parece que va á ser exacta. Pedir la mejora de la especie humana haciendo sangre, y querer la solución del problema social cortando cabezas, no me canso de repetirlo, parece idea de un loco ó de un alcoholizado fuertemente; siempre para hacer la libertad y para consagrar los derechos del hombre, fué más propia la evolución pacífica que la revolución fragorosa; más hizo en Francia la candente palabra del elocuente Mirabeau que las proclamas incendiarias de Marat; querer hacer una obra de paz con los medios de la guerra: insustituíble la fuerza de las bayo-

netas para sostener tiranías y para imponer á los pueblos la voluntad de los reyes; pero pensar en la fuerza para obtener la libertad y lograr la emancipación de los pobres, es un plan equivocado que podrá producir mucha sangre y muchos duelos, pero no el triunfo, no la victoria. Un político español contemporáneo sostuvo no hace muchos años en el Congreso que la fuerza es fuente de derecho; no parece sino que los anarquistas han hecho de esta declaración de un conservador heterodoxo, un lema de su programa, y para su capote dicen que de ningún lado pueden obtener el derecho que persiguen, más que de la fuerza, fuente que ellos poseen: mentira parece que se haya sostenido semejante teoría por quien se pavonea de filósofo, en estos tiempos en que la dinamita, fuerza espantosa, pugna por ser un poder del mundo. No es civilización el socialismo como hoy se predica, ni trae aparejado progreso ni libertad; si sólo se tratara de formar escuela y de divulgar teorías sin llevarlas á los hechos, más cuerdos serían los propósitos y mejores y positivos resultados se obtendrían, no por la generación nuestra coetánea, sí por nuestros nietos y generaciones más nuevas. Para hacer progreso hay que cohonestarlo con la paz y la unión evangélica del catolicismo, que sin estas indispensables condiciones de vida, el progreso no nace, y si acaso, nace raquítico y moribundo. Progresar retrocediendo, es cosa que en sí misma está en lucha y en lucha encarnizada. No me parece que á nadie se ocurriera decir que era más adelantado volver á la vida nómada de las tribus ó familias primitivas, que estar en este plan moderno de la vida en grandes poblaciones, con todas sus ponzoñas y todas sus ruindades, pero vida más social, más progresiva, más civilizada; de igual modo no daríamos oído á quien pretendiera establecer para divertirnos,

á las alturas del siglo XX luchas de gladiadores, parodiadas tristemente de un modo moral en nuestros tristes días, pero sin el *Morituri te salutant* de los circos romanos, allí donde parece todavía escucharse el crugir de los humanos huesos rotos, los ayes del vencido y el grito eterno de la conciencia universal lastimada y herida, pidiendo al cielo un ángel exterminador que extermine la infamia, y un eterno castigo á tanto crimen y tanta maldad; quien tal cosa pensara por loco lo tendríamos, y no otro juicio, amén de un buen porrazo mereciera. Pues á quien quiere volver á los tiempos de guerra, y de guerra terrible, de guerra entre hermanos, dentro de la misma ciudad, de la propia casa, no podremos ciertamente considerarlo como hombre que ama al progreso, que quiere la libertad, aunque jure y perjure que esto, no más ni menos que esto, pretende el socialismo: hacer revoluciones con sangre y consagrar libertades sobre ruinas y sobre piras de cadáveres, no ha podido pensarlo el más atrevido pensador de la tierra; allí donde brotaba la sangre á borbotones, y las cabezas rodaban en número horrible, allí no se quiso hacer eso, sino que como torrente que ha perdido el cauce, se desbordó sin que pudiera evitarse; no pudo pensar en la guillotina Mirabeau, cuya palabra candente incendió á París, y no tuvo fuerza para contenerle; no pudo querer la guillotina Malesherbes, como ningún revolucionario de la tierra, que hacían sus planes para triunfar sin lucha, y una vez en erupción el volcán, no podían apaciguarlo. El error del socialismo moderno es capital, porque es un desatino en absoluto pensar en vencer matando, aniquilar á la sociedad presente para hacer otra sociedad más perfecta, más en armonía con sus principios económicos; yo he comprendido siempre el triunfo de una idea, la implantación en la práctica de

principios filosóficos, por medio de la enseñanza, por pasos contados de la publicidad, del aumento de prosélitos, á quienes su misma fe les hace ser videntes de felicidades futuras, guardadas en el pomo de sus ideas, y dispuestas á esparcirse por toda la redondez de la tierra, cuando el mundo haya depositado en los guardadores del secreto su propia voluntad, y postrado á sus plantas clame por una regeneración política que á todos los órdenes alcance, á todos los rincones llegue y á todos los hombres beneficie. Si esta reforma que nacida pretende desarrollarse y quiere ensancharse por todo el planeta, es tan transcendental como la reforma que entraña el socialismo, la necesidad del tiempo se agiganta y centuplica, porque es de común sentido que la obra magna, de magnos obreros precisa, de mucho tiempo es acreedora. Si se dice que el socialismo es viejo, nada nuevo se establece, puesto que su vejez anda con la vejez de la especie humana; pero héte que no es este socialismo de la usanza moderna, ese socialismo que tiene de viejo lo que Adán tuviera si aun peregrinara por el mundo. Por socialismo entendemos modestamente una necesidad de estrechez y de unión entre todos los que bajo el sol cobijamos nuestra miseria, y que nacidos en el mundo recorremos este desierto, buscando el oasis que representa el premio de tanto trabajo, el fin de tan cansada jornada, unión y estrechez que quedó establecida en la creación, fijando el Creador un consorcio entre la mujer y el hombre, base de toda asociación, de toda familia. Representa unidad el mundo físico, cuyo átomo representa la inmensidad; representa unidad cuanto á nuestra vista se desenvuelve y lo que rueda sobre nuestras cabezas, ese admirable concierto de los astros, música sublime que presenta á los ojos del hombre toda la magnificencia de Dios. La maldad de los

hombres rompió en breve tiempo el concierto, y las notas desacordes de la destemplada orquesta humana, aterran nuestros pobres oídos; ahora se quiere unir los sonidos del mundo para que la especie tenga un plan de acuerdo y no gire en distintas direcciones, asombrando al observador, que absorto contempla el movimiento de la humanidad: se quiere poner en orden lo desordenado, implantando la anarquía; queremos volver á oir el sonido agradable de una familia inmensa que vive en buena armonía, disgregando sus miembros y creando un odio mortal entre los seres que la componen, produciendo este odio naturalmente una lucha, una tirantez que aniquilará á los combatientes, y salpicará de sangre á los juiciosos que en nada intervienen, con buen acuerdo, con excelente previsión. Pedir libertad y echar las cadenas del crimen; querer libertad y ahogar en sangre á los hombres, es un inmenso contrasentido que con todo pugna, amén de pugnar con la conciencia, que parece muerta en estos tiempos: querer civilizar retrocediendo de un modo cruel, es una locura. Esto es, pues, lo que el socialismo de ahora quiere y desea, en el último período de la demencia, en el más asombroso de los disparates.

Hay que pensar seriamente en las tendencias del socialismo para analizarlo y juzgar de sus peligros ó ventajas con conocimiento pleno del asunto; muchos, la mayor parte de los que hablan de la pavorosa cuestión social, solo la conocen por el forro; ni en su estudio han cansado su cabeza, y aunque confesarían, si fueran sinceros, lo que afirmo, definen de ella, con tanta autoridad y tanto énfasis, que parece que la entienden; dicen los obreros que la cuestión social es el hambre que desgraciadamente hay en España, y en ciertas regiones más intensa y continua; es un factor, un sostenedor, un fuego que produce vapor, pero no

es esto el asunto mismo como con facilidad alcanzan mis lectores; no es tampoco la cuestión social, ese círculo vicioso en que los obreros glosan sus antojos y sus ideas, porque como ya digo en otros sitios de este libro, la cosa es importantísima y no es de nuestra generación únicamente, sino de las que nos precedieron y de las que nos subseguirán, más íntimamente; es un defecto ya orgánico, es un defecto adherido á la naturaleza humana, porque mientras no se ventile esta gran cuestión, ínterin no se resuelva este gran pleito, el odio nativo en el pobre hacia el rico y ese desprecio suicida del rico hacia el pobre, viene á formar así como un vicio de la naturaleza que crea á sus pechos una mortífera inclinación de ambas fuerzas combatientes, á despedazarse y destruirse; por esto digo que es un defecto ya viejo y grave, que existe por su propia existencia y que los sistemas filosóficos modernos, tan equivocados, no se preocupan de contener y cicatrizar, dando el liberalismo mal entendido y la democracia demagógica hoy en uso, alas y estímulos para odiar más todavía, al pobre, y al rico más soberbia, más abyección y más crueldad para despreciar á sus hermanos, y hacerle convertir de hombre en fiera, que solo aguarda un momento oportuno para sepultarle en los escombros de una explosión ó concluir con él, bajo la fuerza de la pólvora, que no más que éstos son los frutos de odios y desprecios tan anticristianos. Por esto afirmo que la cuestión no es el hambre, reconociendo, empero, que esta espantosa miseria de la humanidad, puede poner en el ánimo de un pacífico socialista, los mismos proyectos que el más decidido respetara; un grande valor en un corazón pusilánime, un instinto criminal en un alma extraviada, pero no perdida; yo no dudo que la cara famélica de un hijo y los bostezos de debilidad de una madre ó una esposa,

arman al hombre de un instinto no sentido, que es el hambre mala consejera; mas creo igualmente con sinceridad, que no es esta la fuerza que ha de impulsar á las grandes masas de la idea, el día señalado para luchar, porque ni el hambre es general felizmente, ni el hambre da calma para conjuras; producirá chispazos y casos aislados; causará víctimas, allí donde quien sienta sus horribles efectos, quiera buscar su satisfacción en la sangre del rico, que al salpicar vengue errores económicos de que no tiene culpa; tristes y dolorosas consecuencias que habrá que deplorar, pero como digo antes, no vendrá la explosión por esta mecha tan triste. Hoy se alienta y se envenena mucho al obrero, con tanto sofisma y tanta doctrina huera, que entrando en hombres sencillos y dóciles, causa grandes torturas á sus imaginaciones, poco dadas á meditaciones filosóficas; es de fácil alcance comprender que al pobre obrero agrario que gana dos reales y el pan y que pasa grandes privaciones y sufre muchas fatigas, se le dice que gritando y vociferando y escandalizando, logrará un buen jornal y saldrá de su precaria situación; pongámonos en su caso y juzguemos; vociferan como lobos y chillan como endemoniados, porque la proposición es tentadora, y como se la ha hecho un cursivo que viste de levita, habla bien y anda por muchas partes, y modestamente se presenta con el título de defensor del pobre, lo aceptan como bandera y sueltan el arado ó el escardillo para seguir á aquel ángel, que tal les parece, que viene á hacer su felicidad. Luego resulta que es un vividor embaucando, ó un adocenado que quiere notoriedad por tales medios, y aunque al apóstol se lo lleve Lucifer, queda la doctrina y queda sembrado el mal; esto, lectores, es una perturbación, es un crimen, pero tristemente es cierto; yo no niego que todos estos componentes, gra-

vísimos de suyo, tengan en constante inquietud á la sociedad, y que su siniestra influencia haya dado color á la cuestión social para darle á la par un carácter aun más revolucionario que el propio suyo; por un lado el hambre y por otro esas modernas predicaciones de estos utopistas modernos, van poniendo el asunto en forma muy grave, en situación peligrosa, haciendo cada día más difícil la solución del problema; en otros tiempos ha habido más hambre que en el tiempo presente, y sin embargo, políticamente nunca ha tenido la extraordinaria importancia que ahora; porque los sucesos toman más cuerpo ó menos interés tienen, según la hora y según el momento en que se presentan y desarrollan, y no cabe dudar que en las edades modernas, causa mucho ruido y se habla mucho de un nimio suceso, que siglos antes pasara desapercibido: será esto, si quieren los progresistas, hijo del progreso ó lo que quieran, pero que es cierto no cabe duda posible, porque muchos y elocuentes testimonios lo demuestran. Repito mi aserto que en otras edades, el hambre, ese fantasma de la humanidad, expresión genuina de las apremiantes necesidades físicas con que castigó Dios nuestro mísero organismo humano, por el primer delito, ha causado muchas víctimas y ha producido el espanto y el terror en generaciones y en pueblos varios, pero sus consecuencias políticas no han sido jamás como las de hoy, por la sencilla razón de que los modernos moldes en que se forja la vida social, pone á la vista del pobre que en los estertores de un ayuno prolongado y mortal, se muere y aniquila, ese lujo superfluo, ese vicio desenfrenado, ese desprecio miserable, ese injustificado desdén, con que se burla el rico en la hartura y en la molicie, de los seres que sin bienes y sin pan, no quieren más felicidad que la vida, arrancada prematuramente á su indivi-

dualidad por la avaricia de unos, por los errores económicos de todos: quered que esto se vea con paciencia es un precepto cristiano, es un consejo saludable emanado de la Iglesia; pero ¡ah! consejo y precepto que no atiende quien ha escuchado antes la voz del materialismo, y negando la vida futura, donde le espera un premio y una corona de felicidad, disputa y disputará por la fuerza, por la dinamita y por la destrucción, al rico que le desprecia ó que le olvida, la felicidad que anhela y que solo cree posible en este lodazal de humanas ruinas, llamado mundo, aquí donde el concepto de caridad, de esa caridad de Cristo, sublime y vivificante, se ha olvidado por muchos, para perder al mundo, para destruir á la especie humana, que abandonada por Dios, irá solo y únicamente al abismo del error, al infierno de la justicia, á la mansión de los réprobos.

La caridad, no hay duda que es la llamada á resolver este gran pleito, entre el capital y el trabajo: con ella se desvanecen los odios y se vencen los desprecios, porque la caridad, tal como la predica la Iglesia Católica, como ella es, brotada del corazón del Redentor, es la más hermosa de todas las virtudes que pueden adornar al hombre, y tiene en sí misma, por su propia eficacia, la cura radical y momentánea de este mal profundísimo de que nos venimos ocupando. No me negarán lo afirmado mis lectores, en quienes reconozco una serena imparcialidad de juicio, y no hay que hacer gran esfuerzo de imaginación para comprender que el odio que indudablemente sostiene esta situación gravísima, no tiene antídoto más eficaz y apropiado que la caridad evangélica, que lo vence y dulcifica; quien odia y siente la caridad, perdona y perdonando, el abrazo de los enemigos sella el pacto y trae la armonía y la paz donde antes reinaba el

desorden y la guerra: la caridad no consiente el desprecio y evitándolo, resuelve de golpe el aspecto filosófico del pleito; la caridad en el rico evitará la explotación de que tristemente son víctimas los pobres, y con caridad que impugna el antiracional empeño de ganarlo todo, los amos pagarán mejor los servicios, y en justa reciprocidad á los que le ganan sus caudales, los tendrán justa y equitativamente retribuídos, resolviendo la caridad de este modo, el lado económico de la cuestión: la caridad enseña el amor y el amor auna á los hombres, y formando esa sociedad ideal que queremos los que de veras nos proponemos la ventura de la especie, pone en el centro de nuestra sangre, corazón, y en el centro de nuestro espíritu, alma, una estrecha y sincera voluntad para todos nuestros hermanos, á cuyos duelos acudimos para llorar con ellos y unir nuestras lágrimas á las de los seres que nacidos como nosotros sufren, para evitar cristianamente el sarcasmo de tanto contraste como á la continua ocurre en la sociedad; por el amor se redimió á los hombres, que no más que el amor perfectísimo de Dios hizo encarnar á su Verbo en las puras entrañas de una Virgen, para morir humanamente en un madero, llenando antes de sangre toda la vía sacra y llenando de caridad todo el espacio; tenemos el derecho de la fraternidad, pero éste nos trae aparejada la obligación de la fraternidad también; exigimos el cumplimiento del ajeno deber, y á nosotros mismos, si no nos lo exigen, debemos pedirnos el exacto, el justo cumplimiento de nuestros santos deberes, cuya falta no merece otro castigo que la eterna infamia; queremos la vida y debemos no sembrar la muerte, porque quien pide una cosa, patrimonio de todos, no debe ni puede en justicia ser tan avaro que todo lo quiera para sí, y pretenda sustanciar toda la creación

en la miserable personalidad de su individuo, cuando es patrimonio de tantos; existen seres miserables que si pudieran, quitaran el sol para que no diese á los demás seres las benéficas influencias de sus rayos; mas confesando la existencia de estos pigmeos, no les consideraremos hombres, haciendo á la especie la justicia de negarle afinidad con tales alimañas, y á nosotros mismos el honor de no tener parecido alguno con entes tan despreciables, como en realidad lo son quienes de un modo tal piensan y se conducen: la caridad significa igualdad, y precisamente esto es lo que demanda el mundo, ansioso de paz, necesitado de reposo y de grandeza; decidme si no, cuál de las empresas sublimes realizadas en el transcurso de los siglos, no tiene estos sellos indelebles que la caracterizan de grande y hermosa; la caridad para los hombres y el amor de Dios, guió aquellas esbeltas carabelas que salieron de Palos, y surcando atrevidas y seguras las anchas y argentadas llanuras de los mares, dejaron la costa hispana y tocaron la tierra de un continente, donde la barbarie y el atraso de siglos necesitaba la cruz que los redimiera de su ignorancia y les llevara desde la lengua de España tan dulce, hasta su religión tan santa, colocando en aquellas tierras vírgenes nuestra bandera y nuestra cruz, llevada por las manos gigantescas del genio que trazara ante los sabios confundidos de Salamanca, un plano y un proyecto que sólo su espíritu de sublime vidente alcanzara á comprender y descifrar; la caridad del genial genovés triunfó de tanto inconveniente y tan poderosos obstáculos, y si, como reza la Historia, el rey de Portugal le cerró sus arcas y sus oídos, la caridad de una magnánima castellana le dió sus alhajas y le tendió su mano para llegar volando en las alas del más portentoso espíritu, allí donde su misión sobre la tie-

rra le llamara, allí adonde la voluntad de la Providencia le impelía para cumplir sus designios; no sintió el navegante el desmayo ni se intimidó ante la sublevación de sus mercenarios tripulantes, porque el fuego de su corazón y el temple de su alma, verdaderamente grandiosa, no lo permitió; el fuego de la caridad lo consumía, é instrumento de Dios cumplió su voluntad; la prórroga de los tres días no pudo expirar, porque como afirma elegantemente un historiador del siglo pasado, si no hubiera la tierra existido, de repente surgiera de los mares, como nueva creación para premiar Dios tan grande fe, tan fogosa caridad. El nuevo mundo existe, pues, porque la caridad lo arrancara de las garras de una ignorancia mortal que lo consumía, y la redención del Calvario llegó en el vehículo del portentoso descubrimiento al continente desconocido, donde tenían que extenderse los beneficios del amoroso holocausto de un Dios-hombre; la caridad lo vence todo y sus benéficas influencias han arrancado, en los más felices tiempos en que se practicaba por todos, miles de seres de la desesperacion, de la prostitución y del vicio. El error del miserable, es parecido al error del loco, que obra al impulso de un cerebro descompuesto que ha perdido el equilibrio, y el pobre que en los momentos horrorosos del hambre, en los días de la desesperación fragua una satánica conjura, hay en parte que disimularle su maldad, porque sus consejeros han sido muy influyentes en su desesperado espíritu. El obrero que llega á su modesta casa y se encuentra á una pobre mujer á quien vamos á dar el nombre de mártir, y á unos tiernos niños que aún sin reflexión y sin juicio, en cueros y ateridos por el frío de la debilidad, piden pan, piden alimentos, claman por la vida, que se les escapa por la boca, y lo piden á la sociedad, represen-

tada por su padre, á la sociedad que les niega su sustento, en este desnivel en que las costumbres han colocado á los seres, formulando con sus angelicales bocas en los gritos de su necesidad, inocente, pero enérgica protesta de la injusticia que el mundo les hace, negándoles, en el más cruel de los desatinos, el pan de su alimento, conculcando su derecho á la vida; al pobre hombre que se halla en este caso, que siente roto su corazón de padre, dentro del pecho dolorido, hay, lectores míos, que disculparlo en parte, si en el delirio de su desesperación atenta contra la sociedad que de tal hazaña le hace víctima. Aquí se necesita la caridad, porque no hay otro remedio para evitar este triste cuadro, engendrador de numerosos delitos. La cuestión social es simplemente un combate encarnizado entre el pobre que pide vida y la sociedad ó sus errores económicos que decretan su muerte; no es posible el diferir el resolver un asunto que ha planteado el cruel dilema; la lucha por la vida, si se lucha con dignidad y con nobleza, es justa, es elevada, merece la aprobación de Dios y de los hombres. Por esto ya digo en otro lugar de este capítulo, dirigiéndome cariñosamente á los obreros, que lo que persiguen es justo, justísimo, que el triunfo les corresponde; que con lo que no estoy de acuerdo ni creo pueden estarlo los que de veras quieran la solución pacífica y racional del problema, es con los medios que se emplean y que se amenazan emplear, ni con ese modernismo de ideas socialistas antirreligiosas, pretendiendo quitar á Dios, fuerza superior é innegable de todo el Universo, la intervención y el homenaje que todos debemos rendirle, cometiendo horrible desacato, espantoso sacrilegio, que coloca á los que defienden una causa justa, en el número de los protervos, de los miserables utopistas, sin razón y sin juicio, dignos, más del escarnio que de la

ayuda. Todo esto se arregla por medio de la caridad; ocurre lo presente porque ha faltado el amor al pobre, y el que se siente explotado y además recibe los perniciosos consejos de quien, diciéndole que persigue su bien, persigue el suyo propio, su medro personal, se lanza al combate, impulsado por el odio que han hecho tomar, y por tanto teoría vana, en demanda, como el manchego que fantaseara Cervantes, de deshacer los agravios que se le infieren, de enderezar los entuertos que se cometen. No consiste únicamente la caridad en dar limosnas, como algunos creen, ó aparentan creer, para de este modo no cumplir, más que la parte quizá más insignificante de sus obligaciones; esta hermosa palabra, esta esplendente virtud tiene acepciones y objetos más elevados; caridad es enseñar; caridad es comprender; caridad es remediar; caridad es sentir; de nada sirve que quien tiene medios de fortuna reparta pródigas limosnas, si luego en su vida privada ó pública es un consumado modelo de perversión y de escándalo; de nada sirve que un rico dé limosnas y alargue dinero, si con esto que remedia de momento el apuro del necesitado, no ha sentido esa obra de caridad y la acompaña del olímpico desdén de algunos, que envenenan su regalo envolviendo el óbolo de paz en la tea de la guerra; de nada sirve que quien dé limosnas, sea en ello frecuente ó largo, si no comprende que lo que da es una obligación que tiene, obligación ineludible, puesto que en buenos principios morales y económices, el rico administra bienes que no le pertenecen, que son de la tierra y por tanto de todos los hombres, y prueba de ello, que su posesión es puramente temporal; de nada sirve que muchos, aparentando una virtud de que no son capaces, se precien de ayudar al pobre á recorrer esta siempre espinosa senda de la vida, más espinosa para quien tie-

ne diariamente que procurarse su sustento, si con ello, con esa ayuda momentánea, no resuelven el grave conflicto, más bien lo engrandecen con su cinismo y su hipocresía; de nada sirve que se pregone mucho esta caridad á la moderna, que como todo es oropel, es orgullo y que solo se ejerce cuando la caridad se publica, cuando se hace en las columnas de los periódicos, allí donde gusta mucho á los ricos ver sus nombres, acompañados de elogios interesados, agradando sobremanera que se comente su generosidad: para hacer caridades no es necesario decirlo en público y mi opinión es la de muchos, de que esto quita en absoluto todo su mérito á la dádiva y coloca al donante en el ridículo de su petulancia; la caridad es algo más elevado, algo más perfecto, más alto que estas ruindades de la tierra, que ese afán inmoderado de figurar, de pasar plaza de grande. La caridad tiene direcciones más hermosas; enseñar el bien, he aquí la verdadera caridad; aconsejar buenas obras y ejecutarlas para ejemplo, he aquí la legítima caridad; acorrer á las necesidades sociales con oportunidad y con verdadero espíritu de amor, es ser caritativo, es merecer el bien de los hombres. Esta caridad sencilla y evangélica, es la que tiene en sí misma la cura radical y verdadera del asunto de los pobres, de este pavoroso asunto á que hemos dedicado hasta ahora las páginas de este modesto libro, porque no me cansaré de repetirlo, tiene para mí y para todos los que verdaderamente sentimos las grandes causas de nuestras miserias, extraordinaria importancia. Venga el rico á la cátedra de la razón á donde se le llama con espíritu de concordia y de amor, venga á aprender que su sistema no es cuerdo, no le conduce á otro fin que á su ruina temporal y eterna; venga á oir los saludables consejos que le damos los que com-

prendemos, por nuestra situación y nuestra fe, la verdadera causa y el verdadero efecto del problema, y oigan nuestros consejos sin alterar su rostro y sin prejuzgar nuestras consideraciones; ya dejamos demostrado que no somos sospechosos por socialista, ni tenemos en nuestro corazón ese odio que sienten muchos hacia todo el que tiene dinero; nosotros nos colocamos en la situación que nuestras ideas en sociología y en religión nos colocan; no pretendemos ni remotamente, que se haga por el rico una dejación de los derechos que le asisten á defender sus capitales y su vida de todas estas maquinaciones que los modernos errores y las modernas corrientes le tienden, porque ya dejamos consignado en otro sitio de nuestro estudio, que hay que respetar el capital como está constituído, porque pensar otra cosa, es estar alienado, es no estar con la razón y con la lógica; no nos tengan, pues, como enamorados de los pobres y como enamorados, ciegos por la fuerza del amor, para no conocer sus muchas faltas, para caer en el abismo, como aquel astrónomo que, fijo en el cielo, admirando su grandeza, no miraba dónde ponía los pies y cayó al precipicio; sentimos, no hemos de negarlo, una grande afección por la pobreza, porque en ella vivimos y conocemos de sobra que la pobreza honrada es una hermosa virgen á quien se postra todo hombre de buena voluntad, porque representa mucho y mucho bueno; pero nuestro cariño hacia esta situación, nuestro amor al éter en que respiramos y á la savia en que nos nutrimos, no nos hacen parciales; no seremos como los jueces del Areópago que absolvieron á *Friné* por su hermosura; juzgamos sin apasionamientos, y protestamos de que no traemos á este libro más que las sinceras notas de nuestra alma, que podrán tener sus defectos y sus faltas, mas no las de la falsedad ni la doblez; nacimos

en las postrimerías del siglo XIX, siglo de inmensa lucha, de intensa transformación, y no hemos sentido vacilar nuestras inclinaciones ni un momento, en estos tiempos en que la inconstancia es una virtud, que la incredulidad es un título; pensamos ahora como en nuestra juventud, y no vamos, como los modernistas de la usanza corriente, acomodando nuestras ideas al molde de los acontecimientos; pensamos así ahora y abrigamos esperanzas de pensar así en los últimos momentos de nuestra vida, y teniendo tales condiciones, nos hacemos el obsequio de no creer que seamos á los ojos de nadie, ni parciales, ni interesados; tomamos gran interés en la obra del progreso, no de ese progreso tan decantado y tan torpe de los reformistas del racionalismo y del materialismo; creemos en el progreso, por cuanto que es fuerza creadora, por cuanto que obra con la creación, siendo uno de los motores del mundo y de la sociedad que vive reformando; nos ufanamos por la ventura de la especie y de buena fe creemos que la maldad de los hombres tendrá que desaparecer, cuando el bien de las enseñanzas de Cristo, la caridad de Cristo y las doctrinas de Cristo se enseñoreen de todas las almas y todos los seres se hagan cargo completo, que otra cosa es estar mal con su misma persona, con su propio espíritu. Buen católico y creyente, no puedo creer que la sangre del Calvario haya de ser inútil y el sacrificio de un Dios haya de quedar sin dar sus beneficios; el mal no tiene razón de ser: todo en el mundo es bueno y nada existe que sobre, ni sea nocivo; los mismos venenos tienen su aplicación química y las mismas fieras y los reptiles tienen un fin, un objeto que llenar: no puedo creer, por tanto, que la maldad sea patrimonio del hombre y que el ser más perfecto de la creación haya de estar siempre entregado á sus mise-

rables pasiones que le pierden y le envilecen. Sucede con el progreso, lo que pasa en los mares con sus flujos y reflujos; no es marcha continuada y los descansos que se toma la humanidad en el largo camino, no son para continuar pasado el descanso, desde allí; todo movimiento de avance entraña uno de retroceso, porque la lucha del mal con el bien no permite el triunfo sin entorpecer lo que pueda; el progreso que se nota, indudablemente se ve manchado por esos grandes crímenes que el mal produce para obscurecer la hermosa irradiación de lo bello que se enseñorea del planeta; pero apesar de esto, no podemos sustraernos á confesar que el bien avanza y que se aproxima el triunfo, el deseado momento de poder gritar que la felicidad de la especie se ha logrado, que la perfección de la humanidad es un hecho. Aconsejamos al rico que ejerza, sintiéndola, la caridad, porque entendemos que esta salvadora virtud, es la que tiene que zanjar las graves diferencias hoy existentes entre las dos fuerzas que mueven el organismo social, y zanjándolas habremos dado un grande y venturoso paso en el camino del progreso, que seriamente se encuentra amenazado por el socialismo anárquico que amaga con una espantosa solución arreglada á su programa, y hay que evitarlo cediendo todos de nuestra parte, y trabajando en la medida de nuestras fuerzas, por el bien de la paz, por el bien del hombre, por la ventura de la humanidad. Aconsejamos al pobre caridad, porque entendemos en concreto que le hace falta para amortiguar ese odio que le ha armado del puñal para el crimen y que le lanza á la lucha, á esa inmensa lucha que parece avecinarse; le hace falta al pobre caridad para el rico y esta misma caridad para con él mismo, puesto que usándola, mejora su situación y le pone en las vías del arreglo,

más beneficioso, más productivo cuanto más pacífico sea. Yo supongo á los pobres de buena voluntad, á esos que no prestan oídos á las sandeces modernas, lo suficiente interesados en su mejora, que no hayan de aferrar sus aspiraciones en ese dilema cruel que plantea ese socialismo de hoy, á que tantas veces nos hemos referido; los supongo más cuerdos y creo que no ha de tardar mucho el momento en que los hombres se convenzan de que sus planes no son los apropiados, y que hay que dejar la fuerza para emplear la razón; parar el brazo para que hable el alma. No dudamos que los medios de la coacción pueden mucho, y que el puñal y la dinamita son medios bastantes concluyentes, y si hemos de ser sinceros, tenemos que declarar que verdaderamente nos espanta pensar que la unión de todos los obreros se realice, y se pongan en práctica los principios que se predican, porque entonces no ha de quedar nada concertado y rodarán las cabezas al instante mismo que rueden las instituciones: no hay duda que los obreros representan una fuerza colosal, y decididos á librar batalla, no cabe dudar que el dinero, el capital, ha de llevar la peor parte, muriendo á manos de las masas, que sedientas de sangre, siembren el luto por doquier, y se complazcan en obtener su satisfacción aniquilando á los demás, rompiendo el organismo social y desbaratándolo á su antojo. Verdaderamente tememos esto, porque consideramos que sus efectos han de ser funestos; mas abrigamos la esperanza y la convicción de que antes que llegue este triste día, en que la razón trastornada del obrero se impusiera á sus buenos deseos y le hiciera emprender semejante camino, habrá triunfado este socialismo de la caridad que yo proclamo, basado en las doctrinas salvadoras de la verdad y del bien. El reparto social es una quimera,

y querer destruir lo existente para hacer una cosa nueva es un sueño, es un sofisma; más que esto, encaja en lo posible la transformación radical y santa que encarnan mis principios sociales, el planteamiento de la verdadera armonía social, basada en la caridad, en ese inmutable amor de los hombres entre sí y de los hombres á Dios, que puede por su misma eficacia y virtud traer á los pobres y á los ricos á la paz y al amor, ayudando al progreso, estableciendo la verdadera libertad y creando en el mundo la santa y bendita igualdad.

Yo de mí puedo asegurar, que nunca me hallo más satisfecho, que cuando he realizado algún acto que estimo loable, que cuando he realizado algo que yo lo considero caritativo; es muy noble hacer el bien, y considero á todos los hombres predispuestos á la bondad, porque entiendo que á los demás les ocurre lo que á mí; la misión del ser racional sobre la tierra, no puede en modo alguno reducirse á un afán de reunir riquezas, que para nada han de servirle, ni á vivir como ser irracional la vida física, y hacer abstracción completa de lo que más significa, del espíritu, del alma; tenemos por necesidad que esforzarnos para cumplir nuestros deberes, y hemos de trabajar con verdadero empeño para obtener de nosotros mismos la mejora y la perfección, plan que seguido por todos, nos daría el beneficioso resultado de la mejora total de la especie, el gran espectáculo de ver á la humanidad en el más alto grado de perfección, cerca de Dios, bien absoluto, cerca del fin que le ha trazado la Providencia. A esto deben enderezarse nuestros pasos, porque la creación tiene un fin, porque la creación responde á un objeto, que no es otro que obtener de la humanidad, una numerosa hueste de seres perfectos. Hicieron á nuestro primer padre, un dechado de belleza, y el es-

píritu del mal que está en continua acechanza para perjudicar á lo bueno, indujo á los primeros habitantes del mundo á rebelarse contra Dios, á faltar á sus divinas disposiciones, cometiendo el más horroroso pecado de los tiempos; desde entonces el hombre trae á la vida, heredado de sus padres, la mancha del original pecado, que le limpia el bautismo; luego el hombre escoge el camino que más le gusta; ora marcha por la senda del bien, que le dignifica, ora se entrega desenfrenadamente á sus nativas pasiones que le envilecen y prostituyen. En estos tristes tiempos que el epicurismo se ha enseñoreado de los espíritus, el hombre loco sin cura, pecador impenitente, no conoce más venturas que las que le puede dar el sacie de sus apetitos carnales, viviendo á la continua en el lodazal de la perversión, anegando su alma, digna de más hermoso tabernáculo, en el cieno de los más vergonzosos delitos. Hase olvidado dolorosamente que su alma tiene una vida eterna que vivir, tiene la inmensidad de lo infinito que le espera, tiene un supremo tribunal que le juzgará en un particular juicio y un juicio universal, donde ha de comparecer acompañado de sus obras, esas testimoniales que le salvarán ó le perderán sin remedio posible. Es absolutamente necesario saberlo, para que su conocimiento nos aconseje, para que el santo temor que debe infundirnos nos dirija: por su desconocimiento innegablemente, existe la cuestión social; el rico, el patrono, el capitalista, olvidado de los deberes que Dios le ha impuesto, ensoberbecido con la posesión del dinero, dormido en las lúgubres y mutables blanduras de su posición social, ha abandonado al pobre, se ha abandonado á sí mismo, porque á esto queda aquello reducido; juzga, materialista, que en la tumba donde sus huesos se harán polvo, termina todo y embrutecido por tan loca creencia, sólo le preocupa

la vida de la materia á la que sin tasa complace en sus bestiales exigencias; no cree que de sus obras tiene que dar estrecha cuenta, y como absolutista de sus actos, obra disparatadamente, perdiendo de vista, inocentísimo, el presagio que diariamente le suena en sus oídos de que de aquello que hace tiene en su tiempo que responder. ¡Olvido suicida! El pobre, por su parte, también materializado, estima que nada más que esta vida hay y que por tanto en ella hay que disfrutar; no tiene medios para ello y tiene que pedirlos, porque conviene notar que muchos piden no para la vida, no para las apremiantes necesidades de la existencia, sino para lujo y para gastos que no son precisos, para cosas verdaderamente superfluas. Todo proviene del principio que señalo al comienzo de este párrafo; ha sido el hombre tan vil, tan miserable, que no alcanza para su misma alma, para ese éter que le vivifica, luz que se ve, calor que se siente, fuerza que se nota, otros horizontes más amplios, que el reducido de esta vida pasajera, llena de espinas, salpicada de fango, negándose á sí mismo las bellas disposiciones para salir de esta cárcel llamada mundo, y como pajarillo escapado de la jaula que le encierra, cantar alegremente por el espacio los trinos de la libertad, los trinos del derecho, los trinos del amor. Yo aunque lo pretendiera no podría nunca habituarme á tan triste pensamiento; á suponer que mi destino se reducía á la fetidez de un sepulcro, á la disgregación de mi cuerpo en átomos, constituyentes de la tierra, á la que vuelve nuestro físico organismo; yo necesito para mi espíritu una gran esperanza, digna de su grandeza, acomodada á su incalculable valor, porque no puedo en manera alguna romper mis aspiraciones de felicidad, destrozar mi deseo de ventura, hundiendo mi cerviz en la tierra y sacrificando á mi espíritu en no poder mirar á Dios: el alma pide justicia,

pide bondad, pide belleza, pide perfección, y para ello, para satisfacer los deseos de este alma no podemos darle un cementerio, no podemos darle un fuego fátuo, no podemos darle una gusanera; tenemos que abrirle el hermoso horizonte de la fe, para enseñarle el camino que conduciendo al cielo, sacia, satisface todos los anhelos de mi alma enamorada de lo bello y de lo ideal.

De antiguo y por convicción arraigadísima soy partidario decidido de la cultura y la enseñanza, pero debo anotar, que lo soy de aquella enseñanza y de aquella cultura, que no empequeñezca al hombre, sino que lo eleve y dignifique: en la enseñanza, como en todo, hay cosas buenas y malas, y hay necesariamente que confesar que las modernas ideas de muchos de los que enseñan, tienen mucha, muy principal culpa de lo que actualmente ocurre en todos los órdenes. A un tierno niño á quien se enseña moral, si se le dice que todo es convencional, que la moral se reduce á la ínfima expresión de una templanza que no descuella por lo perfecta, es lógico que se le infecciona de un libertinaje sancionado por el profesor, que tiene que produeir sus consecuencias naturales, porque ocurre con lamentable frecuencia que estos pobres niños que tienen la desgracia de tener profesores ó maestros tan anchos de mangas, suelen tener padres, anchos también, que no reparan en la inocencia de sus hijos para hablar con cierta penable libertad, para obrar con el más penable descoco; y no digamos nada de este mismo asunto, refiriéndonos á las niñas, las mujeres de mañana, que por razón de su sexo están llamadas á ejercer un gran predominio sobre el hombre, una indiscutible influencia sobre sus futuros hijos, á quienes tienen que educar en esa educación primera de las faldas, la que más caracteriza al hombre: decía un

elocuente escritor contemporáneo, que nada había más exacto para conocer á un grande hombre que averiguar quién había sido su madre, y me parece de perlas la idea. Como escribimos al correr de la pluma, no quiero dejar de consignar aquí, mi observación de que hoy el socialismo anárquico ha tomado tan grande incremento, tan pavorosas proporciones, porque hay mujeres socialistas, porque la mujer ha tomado, como vulgarmente se dice, vela en el entierro, y ha conseguido con su grande influencia activar la cuestión, enardecer los ánimos: sigamos, y dispensad esta digresión, hecha, porque aquí vino, como anillo al dedo. La educación, innegablemente tiene que ejercer una decisiva influencia en el individuo, y por ende en la humanidad, que es la masa de los individuos, la expresión del conjunto. En los tiempos antiguos, cuando se pensaba de bien distinto modo á como se piensa hoy, se prestaba mucha mayor atención al grave problema de enseñar, y aun cuando ahora se diga que todos se preocupan del exceso de lo que se llama analfabetismo, buscan los medios de enseñar, cuestiones de mucha importancia, no he de ser yo quien se la niegue; pero nadie se interesa por la educación que templa el alma de los seres y les hace dirigir su espíritu y sus pasos por añadidura, por las sendas que su voluntad le señale, no se duda, pero esa voluntad se forja, digámoslo así, á medida y á semejanza de la educación que ha recibido. Numerosos ejemplos existen de hombres, á quienes en sus primeros años sus madres le enseñaron las tiernas plegarias del amor, y en las rosadas mañanas de la primavera cantaban ante un cuadro de María, las hermosas salutaciones que se dirigían al cielo, balbuceadas con la lengua inocentísima de la infancia que las repetía, dichas por una madre amorosa que sabe darle á tan dulces notas toda la armonía del amor,

toda la música de un corazón que siente; y esos mismos hombres, en la lucha de la vida se han olvidado de María, han blasfemado de María, y sin embargo, al pasar ante su imagen han temblado y han depuesto sus iras, y han hincado sus rodillas para rendir á los pies de la amiga de su niñez, los arrepentimientos del viejo; sin duda alguna mis lectores conocerán muchos casos que testimonien mi aserto: no puede discutirse, por tanto, que las enseñanzas que se aprenden en el propio hogar, de unos labios que tienen para todos los hijos, la autoridad grandísima de provenir de una madre, ese hermoso ser que vemos cuando nacemos sufrir y llorar por nuestro bien, que solícita cuida de nuestros pasos, dándonos sus pechos y sus ósculos de perfecto amor, esos ósculos que tienen más fuego que el cráter de un volcán, más luz que una aurora, más pureza que una azucena, y tanta virtud como la virtud misma; esos besos que no pueden definir los que hayan tenido el horrible tormento de no haber sentido sus enloquecedores contactos; ese ser que corre por nuestro bien y llora con la más intensa amargura todo lo que pueda causarnos mal: ese ángel en donde plugo á Dios colocar un corazón hermosísimo, un alma perfectísima, una virtud incalculable, un amor tan solo al amor de Dios parecido, ser que teniéndonos en sus entrañas ha sentido ya el afecto profundo antes de haber mirado á nuestro rostro; ser que vive y muere por nosotros, espejo de la dulce madre del Calvario, de la madre sublime y benditísima de Jerusalén; esa maestra de nuestros pasos, adonde dirigimos nuestros ojos de niños, nuestros pesares de hombres y nuestros recuerdos indelebles cuando viejos: de esta sublime áncora de nuestra vida recibimos en nuestros primeros pasos las primeras enseñanzas y ellas, pues, nos establecen ó nos aconsejan la senda por donde marchar, el tiempo que

dure nuestra peregrinación por el planeta; de aquí, por tanto, la incalculable importancia que tiene para la sociedad y para el hombre, que esa enseñanza que recibimos en el hogar doméstico sea eminentemente moral, y siéndola, traiga aparejadas todas las buenas costumbres y las buenes prácticas que la moral aconseja y produce. Hoy, cuando vemos á algunas madres imbuídas en este espíritu moderno, de odio y de rencores, aconsejar á sus hijos unas disparatadas teorías que entran en el corazón del tierno niño, como el agua en la esponja y que le constituyen algo así como su propia naturaleza, no podemos menos de llorar vivamente los tristes presagios que tenemos que hacer del porvenir, de continuar así el mundo, de seguir esas corrientes la humanidad y de marchar por tan tortuosos caminos, las que llamadas al bien han escogido el mal, y olvidando el ejercicio de paz á que están llamadas, siguen el torrente de las quimeras de hoy, hundiéndose ellas en el abismo y arrastrando en su precipitada caída á los inocentes que nada tienen de culpa en sus extravíos ni en sus locuras. Ya digo antes la mucha gravedad que encierra el que la mujer haya dejado sus nobles faenas domésticas y en esta moderna balumba de disparates, sea también anarquista, socialista ó cualquier cosa; tiene gravedad por la enseñanza de los hijos, cuya transcendencia ya dejo apuntada, y la tiene también grande, porque la mujer, con esa bondad que luce en la mayoría de las que pertenecen á la mitad débil del género humano, suelen en muchos casos orientar á los hombres al bien, conducirlos con prudentes consejos y paciencia de heroína, al orden y á la verdad. Mientras que la mujer no se prostituya por completo, entretanto que, salvo pequeñísimas excepciones, luchen por la vida, por el bien, con ese ahinco y esa fe que resplandece en su frente como

aureola de gloria, yo estoy seguro que el orden existirá y que la verdad cuenta con heroínas de esforzadísimo denuedo que le darán el triunfo y la victoria en este sordo combate que se sostiene, y en el estruendoso si se llegara á establecer. Y volviendo al punto de la enseñanza, no cabe dudar que lo que se predica es muy grave, por cuanto que para destruir los muros de contención se ha dado en socavar los cimientos de este edificio: quitad al hombre el respeto de las leyes y convertirlo en fiera, es todo una misma cosa: desposeed al ser racional de la calma y del juicio, de esa calma de las ideas sanas y de ese juicio del buen pensar, y habréis convertido á la especie en una grande colección de locos. En los tiempos en que las herejías tomaban diariamente carta de naturaleza en la sociedad y se unían á cualquier reformador algunos cientos de personas, como Wiclef, no había estos medios de comunicación de ahora, que hacen despertar en España los odios adormecidos una obra de Tolstoi, tan pronto publicada como conocida, siquier entre una y otra cosa, tenga que recorrer todo el europeo continente. Muchos escriben contra el orden y contra la autoridad, ignorantes, sin duda, que ellos tal vez toquen las consecuencias antes que otros, y resulte que han amontonado la leña para su propio sacrificio, que en esto de enseñar el mal nada se gana de positivo y sí puede perderse mucho en el porvenir. No necesito recordar al que leyere, el gran número de hombres que luego de haber vociferado contra el orden, han querido morir tranquilamente garantizado por las ventajas que el orden significa, y el número de los revolucionarios que en sus últimos años han fustigado duramente su pasado, algunos en el interior de sus conciencias, otros en el exterior del mundo, utilizando la mayor publicidad. En estos tiempos que corren pueden citarse algunos,

que como un orador republicano, abogado notable y gran parlamentario, han criticado durísimamente sus antiguas campañas y no han forzado la nota para no ponerse en mal lugar, para no plantar sobre su historia el ridículo de su propio estigma; no cabe dudar que los que más vociferan contra el orden, serán el día de mañana los más aficionados al orden; quien hoy enseña una filosofía inmoral que pudre hasta el tuétano de este cuerpo, harto canceroso, saldrá mañana en contra de su averiado aristotelismo; quien hoy es anarquista, será mañana burgués, ó cosa que se le parezca, y quien hoy quiere derribar la autoridad querrá mañana ser gobierno, que esto, no más que esto, estamos llamados á ver; pero entonces será tarde porque sus tristes enseñanzas, sus horribles consejos habrán llenado á los obreros de ilusiones y os dirán entonces, con sobrada razón, que los dejéis llevar á la práctica, al terreno de los hechos, lo que le habéis predicado; os lo exigirán con pleno derecho, porque lo que se enseña se hace, lo que se aconseja se ejecuta y el consejo de muerte y la enseñanza de destrucción, quizá se ensaye en vuestra cabeza y se pruebe en vuestra casa.

Ya lo dejo dicho al comienzo de este capítulo; este asunto social tiene infinitos aspectos, muchas fases, lógicas y racionales, dada su extraordinaria transcendencia y la intensidad con que afecta á todo el mundo. Otras cuestiones, muy importantes, no llegan á adquirir esta visible correlación ó unión estrechísima que tiene la cuestión social con todos los seres. No puede negarse que al rico mucho le interesa y que al pobre le es capitalísima por mucho. El capital tiene por su causa, siempre amenazándole, el proyecto de la huelga que tanto le daña; el trabajo sufre las consecuencias de que el capital acobardado huye de la industria y quiere sólo colocarse en aquellos asuntos

que le ofrezcan garantías y le produzcan sin molestias; todas estas consecuencias se tocan de modo innegable por todos, amén de que los órdenes más elevados, como la religión y los altos fines del espíritu, sufren mucho y se detrimentan grandemente con estos horribles aullidos de la fiera humana que á todos nos amenaza; la moral de los pueblos tan indispensable, ha muerto de un golpe, ese golpe cruel de la ambición y del crimen, y muerta la moral, decidme si podemos confiar en la reforma, si podemos aguardar la mejora, entretanto esa moral no resucite y nos dé el benéfico éter que necesitamos para la salvación, para la mejora de nuestra misérrima especie. No se atienden para nada los altos fines del espíritu, y todo materializado pugna por colocar bien á la materia, olvidando que ésta es deleznable, y que hay que atenderla muy relativamente. Hoy se cree que todo lo arregla el dinero y de aquí que tanto se haga para obtenerlo y que tanto se abuse por quien lo tiene, racional consecuencia de esa idolátrica reverencia que se rinde al dios-oro. Yo veo diariamente que algunos obreros á quienes les hace grande falta su jornal para atender á las urgentes necesidades de sus hijos, tiran, que así es como debe llamarse, unas cuantas pesetas en una taberna ó en otro sitio peor, como quien no gasta nada, como puede gastar un céntimo quien tiene millones. Al día siguiente de esta dilapidación, no tienen que comer y dicen en esos momentos de angustia horrible todas esas cosas del socialismo moderno; pero no recuerdan siquiera, el gasto del día anterior, superfluo y criminal, por cuanto aquellos cuartos tenían más elevados empleos que los que les dió el vicio imprevisor. Tiene muchos aspectos y muchas fases la cuestión social, graves todas, de mucha transcendencia. Vemos con frecuencia que la chispa salta y el mucho combustible

preparado está esperando el fuego de una cosa cualquiera para producir el grande incendio, la horrible explosión. En los momentos precisos en que esto se escribe se ocupan todos los hombres políticos y todos los periódicos, de la manera de buscar al asunto un arreglo, y lo hacen bajo la presión que en el ánimo de todos y en los bolsillos de muchos, ha producido la última algarada de Barcelona, muy triste y de gran importancia en el porvenir. Si no fuera porque el plan que nos hemos señalado al empezar este libro no nos lo prohibiera, trataríamos largamente esta cuestión de Cataluña, que tiene mucho fondo, y no es, por consecuencia, tan superficial como muchos suponen; pero ante el temor de lastimar algunas susceptibilidades, prescindimos de ello. Como decimos antes, hoy se preocupan todos los políticos y toda la prensa, del asunto, y mi opinión es que lo hacen apremiados por las urgentes necesidades del día y no por deseo de solucionar el problema; paréceme tarde y antes de ahora ha debido estudiarse el asunto con más atención; ya ha cundido mucho el sistema, y no solo los obreros de las capitales y de los talleres son los inficionados en el virus de tal error, sino que al pacífico labriego, al humilde trabajador de los campos, se le ha hecho llegar, adornada de todas las quimeras que plugo á sus endiablados apóstoles, esa teoría del anarquismo social, que ha hecho de los bondadosos y cristianos cultivadores de la tierra, unos lobos hambrientos que avanzan sobre las ciudades para devorarlas y aniquilarlas bajo los clavos de hierro de sus zapatos. Nunca he sido defensor de la libertad mal entendida, que consentía esa perniciosa propaganda de tales teorías, y he sido más enemigo de ella, cuanto más ignorantes y sencillos eran los seres á quienes se hacía la intención de atraerse. En testificación para probar mi aser-

no puedo consignar mi impresión, de que es bien distinto el efecto que ha causado en el campo la enseñanza del socialismo, al efecto causado en los grandes talleres: el obrero de la capital, más acostumbrado á leer proclamaciones, las ha tomado á pecho, no hay que dudarlo, pero con más conocimiento que el labriego, menos entusiasmado; á todos los ha perjudicado, pero no podemos dejar de consignar nuestro juicio de que la cuestión se ha agravado de notable manera con el socialismo agrario, que hoy parece en todo su ímpetu y vigor, haciendo salir al humilde pastor de su cabaña para lanzar en las plazas del pueblo un grito de guerra, informe y cruel, inocente y suicida, mal aprendido y mal dado, por quien sólo tenía costumbre de gritar á sus ovejas.

Ya vamos á dar fin á este capítulo y lo hacemos bajo la impresión tristísima que produce en nuestro ánimo la situación actual del mundo y del asunto de que vamos escribiendo. No dudamos en aconsejar á todos que se procure el triunfo de la moral, para conseguir el triunfo de la paz, pues ya es sabido que sin la moral no ha de conseguirse la ventura y la armonía en este planeta, que parece hoy un hervidero de tantas pasiones encontradas, de tantos intereses en lucha; un pudridero de tantas miserias y ruindades: todos tenemos que realizar el sacrificio, y entre todos conducir á la humanidad al puerto de su salvación y de su ventura. En diez y nueve siglos que llevamos de cristianismo, en tanto tiempo de luz y de caridad, de santas enseñanzas y de admirables ejemplos, mentira parece que no hayamos aprendido tan siquiera algo en provecho nuestro, de la colectividad de que formamos parte, al menos. Escuchamos diariamente ese consejo de Dios de que vivamos como hermanos, y anteponiéndose en todos un instinto de egoísmo antipático y re

pulsivo, sólo procuramos nuestra ventura, aunque sea lograda á costa de cien víctimas. Más altruismo, y valga esta palabra modernista, es necesario, y más despego por parte de todos á estos bienes terrenos por que tanto se suspira. Yo por mi parte no sé de felicidad mayor, que la que disfruta un hombre honrado, que ha dado de comer lo indispensable á sus hijos y descansa en pobre, pero limpia cama, de los trabajos diarios que le proporcionan su sustento; no es posible compararlo con algún rico que en mullidos colchones reclina una conciencia manchada, que le fustiga con dureza, haciéndole tardo para lograr dormirse, siquier su estancia tan hermosa y tan arreglada, le invite al descanso y le preste sus comodidades. En el curso de este libro vendrán estas consideraciones; pero ciñéndonos ahora al asunto de este capítulo, haremos observar á nuestros lectores, que la cuestión social, tal como ahora se presenta, es una cuestión económica eminentemente, pues se reduce á querer todos disfrutar de este mundo miserable, que á la verdad, no más que grandes pesadumbres produce, en todos los órdenes. No comprendo, sinceramente lo digo, no me hago cargo, de ese miserable deseo de tener, que muchos padecen á modo de enfermedad gravísima, que en muchos casos les cuesta la existencia; tener, es desear más; quien tiene mucho, quiere muchísimo, y quien nada posee, quiere algo; nunca están satisfechas las ambiciones humanas cuando se desarrollan, y querer en este mundo estar satisfecho, es cosa difícil, si no comenzamos por satisfacernos con nada. Es deber, pues, de los ricos, ser más amplios en sus dádivas y no padecer esa enfermiza manía de amontonar oro, pues este amontonamiento trae aparejado el amontonamiento de odios y de rencores; el pobre por su parte, deje en beneficio de su interés, el deseo de tener

algo, que esto para nada sirve, y satisfágase con su jornal, ni corto ni largo, que no le falte ni que le sobre, y así con esta sencilla receta habremos curado la grave enfermedad de que hoy se habla tanto. De otro modo, no haciendo esto, creedme que vamos al caos; porque los caminos que hoy se siguen, no llevan más que á la ruina y á la destrucción. Si el rico, atolondrado con el ruido de su oro, y embravecido con el dinero, pretende librar la batalla, y sin escuchar las voces amigas que, quien tiene grande amor á la paz y á la felicidad les está dando, sigue aferrado á esas preseas que ya pasaron de moda, y á esos castillos que ya están cuarteados, entonces, muy triste es confesarlo, pero entonces dispongámonos á presenciar el más violento choque, la más grande, la más pavorosa, la más profunda de las revoluciones de la Historia. Y en cuanto al pobre, por igual le hace falta la prudencia y la bondad; no sueñe quimeras imposibles; exija aquello á que tiene derecho; pida lo que le corresponde; su vida y su personalidad; la redención del Calvario les alcanzó, y la redondez de la tierra es su patrimonio, en procomún con los demás hombres; no abuse de su número, ni en brazos de su desesperación se deje llevar á cometer actos impropios de su elevada misión; haga paz y confórmese con la parte que le ha tocado, como me conformo yo que sólo pido para mi diario sustento, ganado con mi trabajo y mis sudores; no vayan á creer los obreros que me lean que yo soy algún burócrata, de comodidad y de dinero, que en mi tranquilidad puedo predicar para que se haga aquello de que no sea capaz el que lo predica, sino que yo, obrero, aconsejo á los obreros lo que conviene, con conocimiento de causa, y no he de ser yo el que niegue el derecho que tienen á las resistencias, conste, á las resistencias al abuso, que Dios condena y abo-

mina. Todo tiene solución y felizmente el grave problema social la tiene bien clara y definida según dejo ya manifestado, siquiera sea con mi torpeza natural y rudo estilo. Tiene la cura en la moral que atrayendo á todos á la fuente de la caridad, al corazón de Jesucristo que representa y sintetiza la fraternidad y la igualdad y el amor, haga desaparecer de la tierra todas esas ruines pasiones que lo plantearon y que ahora lo sostienen y agigantan, en mal de la ventura de la especie, tan necesitada de reforma, de paz y de felicidad. Yo creo firmemente y con conciencia de mi opinión, que es indispensable hacer en el mundo un saludable movimiento de aproximación al bien, de apartamiento de este libertinaje que hoy se padece á manera de crónica y gravísima dolencia; es necesario de todo punto operar una verdadera y profunda revolución que cambie de un modo radical lo que hoy existe, y transformándolo todo, deje entrever la dulce esperanza de lograr algún día el aquistamiento de la humanidad en el punto de la felicidad y de la ventura tan deseada y precisa; revolución sin estremecimientos, sin luchas, pacífica y bienhechora, que no necesite ni de sangre ni de tiranías, ni de suplicios ni de fuerza para su desarrollo, á la manera de esas profundas revoluciones de la historia, en el campo de la filosofía y de la política; que deje las benéficas é indelebles señales de su paso y de su existencia para la grande obra de lograr en algún momento, glorioso y deseado, que esta pobre familia humana, desviada de su fin y olvidada de sus grandes deberes y alta misión, se estreche en el abrazo universal de todos los pueblos y todos los hombres, ante el ara de la caridad, levantando el grandioso monumento de la santificación, bienestar y encumbramiento de las infelices generaciones á que pertenecemos, de las desgraciadas que están por venir, más po-

bres y más infelices que nosotros, si no se encauzan y dirigen estos formidables movimientos de la opinión general. Quiera Dios que todo este vapor que se condensa, todos estos presagios tristísimos que suenan en nuestros oídos, desaparezcan del todo del ancho horizonte que nos rodea; luzca otra vez la paz; venga el ángel á batir sus alas bienhechoras sobre este conjunto de hombres á que llamamos humanidad, y la paz y la armonía en íntimo abrazo cubran el ancho y lucido espacio que alcanzamos; quiera Dios que así sea; que termine este enojoso pleito que se sostiene por haberse olvidado en esta tierra de los olvidos capitales y gravísimos, el gran precepto, firme sostén del orden y de la paz, el santo precepto de la caridad, mediante la cual, todos somos uno mismo y nos damos las manos para vivir y morir en armonía que haga á los cielos estremecerse de satisfacción y de júbilo; sea mañana el día señalado para el gran suceso de olvidar los odios pasados y los rencores sentidos, y vengan el rico y el pobre, con humildad y con contrición, á cantar delante de Cristo, un himno á la moral, que entraña, significa y representa la caridad, la fraternidad y la libertad universales.

CAPÍTULO II

EL DUELO

Muy de moda está hoy el duelo y por eso lo traemos á este libro, porque lo consideramos una verdadera miseria humana, con la agravante de tener mucha actualidad. Como no entendemos el honor de la manera que lo entienden los duelistas de ahora, lógicamente se deduce, que condenamos esta viciosa ridiculez de la sociedad, muy de tono, muy de elegancia, pero cursi en demasía. Lo condena la Iglesia con sobrada razón, y excomulga, no solo á los duelistas, sino á los padrinos ó testigos del duelo también; lo castiga el Código, si bien no se lleva á la práctica el castigar á quien lo provoca ó lo acepta; y debiera llevarse. La cosa más pequeña, el asunto más nimio hace que los señores de levita, lleven sus cuestiones al terreno, como enfáticamente se dice, al terreno del duelo, que si lo hicieran clases más bajas de la sociedad, tendríase por barbarie y por estupidez. Con mucha frecuencia en los Congresos se suscitan duelos, y los padres de la patria, investidos de la alta investidura de representantes de los pueblos, van á batirse con otro representante quizá, ó con otro señor cualquiera, que le ha ofendido duramente. Hora es ya de que esto concluya, porque cosa bárbara y repugnante, no debe existir en modo alguno, y la civilización moderna de

que tanto se habla no debe consentirlo. Luchas de fieras, siempre se comprende, porque son fieras al fin y como tales han de portarse; pero luchas de hombres, reproducciones en el siglo xx de las luchas de gladiadores, con su público y todo, á las alturas de nuestra civilización, es cosa, que á la verdad no pega, ahora que por todos lados se despide modernismo, elegancia y civilización.

Cuanto con el duelo se relaciona es bufo, y deja de ser bufo, cuando empieza á ser bestial. Esas reuniones de padrinos designados por ambas partes contendientes; ese rigorismo de los estatutos de petulancia establecidos; esas explicaciones y quimeras, creedme que me dan un olor á tontería, claro y manifiesto. Luego se presenta la parte brutal, esa lucha de tiradores de sable ó de pistola, esos ensayos hechos y esas lecciones recibidas, ejecutados unos y tomadas las otras, con el criminal instinto de matar ó inutilizar al adversario, tienen el aspecto de cosas de muy mal género, de poca ley, de mucha perversión. En Alemania, el emperador Guillermo ha tomado la plausible iniciativa de perseguirlo en sus Estados, ejemplos que debieran imitarse en todas partes, porque el duelo es inmoral y vicia en gran manera las costumbres todas de los pueblos; matarse los hombres en lucha, es algo así como una imitación de las guerras entre dos pueblos, pero mucho más ridícula que aquella, siquiera sea ésta también una manifestación evidente de la barbarie y de la maldad de los hombres. Para algo tenemos la razón y nos ilumina el juicio; para algo disfrutamos la hermosa propiedad de la palabra que establece por sí misma la inteligencia entre los habitantes de la tierra, y no es, por tanto, lógico, racional ni humano acudir á la bruta fuerza de las armas, para que el plomo ó el acero decida entre los hombres una cuestión,

máxime cuando solemos presenciar que quien tenía la razón, quien era el cuerdo, quien era el ofendido, muere ó sale inutilizado en ese antipático combate, á manos de un espadachín aventajado y provocador que funda en su destreza toda su razón y abusa de ella para estar molestando á la continua á todos los seres que tienen la desgracia de frecuentar su trato. Es á todas luces ilógico el duelo por muchas causas; es anticristiano, porque Dios, que aconseja la paz y la caridad, tiene que abominar con su omnipotencia de esa práctica soez que establece la guerra y la maldad, entre seres llamados á vivir en armonía, santa y vivificadora, en provecho de todos, en bien de la pobre humanidad; es antisocial, porque el principio de sociedad bien entendido, impone á los pueblos la templanza y la buena forma y exige el respeto de todos para todos, á fin de hacer viable la agrupación y el concierto, pues sin ello la sociedad ni es tal, ni merece el nombre de mejora; es anti-histórico porque hace retroceder los tiempos de un modo lamentable á los comienzos de la especie, haciendo de cada criatura en vez de un hermano un enemigo, que ve en cada hombre un objeto de sus odios y de su maldad, á quien siempre está acechando para destruirle y aniquilarle, llevado de un bestial instinto de egoísmo espúreo, que le coloca al mismo nivel de aquellas tribus nómadas primitivas, sin conciencia de su personalidad humana, pululadoras en el desierto como irracionales, citando á un eterno combate á sus semejantes, porque no conocían otro objeto para su existencia, que el de matar á quien pudieran, ahitas siempre de sangre, deseosas de muerte á la continua; es antipolítico, porque la política aconseja un acuerdo entre los seres, para que por gracia de su existencia, sean posibles los gobiernos de los pueblos y las obediencias de los súbditos, reinando en-

tre el mandato y la obediencia una relación benéfica y bienhechora, que quite á los pueblos ese tufo de odio y de perversidad, que tienen en sí mismos como dolorosas reminiscencias del pasado; es antihumano, porque la humanidad, exige de los que la componen, con pleno derecho y sobrada razón, un respeto vivificador á la vida de los demás, contra el que cualquier atentado representa un crimen, un crimen de lesa humanidad, á la que se hiere en uno de sus miembros, á quien se lastima en uno de sus individuos; crimen gravísimo, aunque se diga por convencionalismo trasnochado, que la muerte dada en duelo, no es crimen bochornoso; pueden los Códigos penales establecer divisiones en el crimen; pueden clasificarlo de distinto modo según las circunstancias que en su ejecución hayan existido, asesinato, homicidio ó como sea, pero en buenos principios morales, arrancar la vida á un ser, hágase como se haga, representa un crimen sin más calificativo, crimen penable, crimen absoluto y atentado horrible contra el derecho que tienen á la vida todos los seres á quien Dios se la ha dado. No puede en modo alguno, á nuestro juicio, eximir del calificativo de crimen, la circunstancia de haber dado la muerte en duelo, con las formalidades de padrinos y de actas, á un ser, parte integrante de la humanidad, quien con la sorda voz de sus imprescriptibles derechos, fulmina contra el criminal su inapelable sentencia, pese á todas las prácticas modernas, hijas naturales de una filosofía sensualista.

No sé por qué, pero siempre que oigo hablar de duelos y por los periódicos me entero de alguno, se viene á mi memoria aquél incidente entre Fulvia, la romana que tuvo entre sus brazos tanto tiempo y á su talante y voluntad á Antonio el pretoriano, y el grande Cicerón. Nunca le perdonó que la elocuencia del may

tribuno de Roma vibrara en 8 de Abril del 701, para defender á Milon, asesino de Clodio, á quien amaba Fluvia grandemente; y cuando los veteranos de Octavio proclamaron la necesidad de unir á los triunviros en familia por medio de matrimonios y proyectaron el enlace de la hija que en Fulvia engendrara Clodio, con Octavio, el cual de grado ó de por fuerza tuvo que aceptar el matrimonio con la esposa, que á voces y con amenazas le impusieron las legiones, no pudo, no, perder de vista la vengadora romana, los grandes medios que el destino iba poniendo en sus manos para obtener aquella reparación que le parecía indispensable y por la que tanto suspiraba, como si ella le trajera su calma y su felicidad. En Túsculo se encontraba el genial artista de la palabra, y de allí huyera para que luego le prendieran y le cortasen la cabeza, que luego llegara á las manos de Fulvia, que reabrió la boca y picó con alfiler de oro, aquella lengua que hizo vibrar en los espacios la mayor elocuencia de los tiempos; los despojos del orador romano se expusieron al pueblo en la Tribuna de los Rostros. El duelo, pues, entre Cicerón y Fulvia había concluído, asesinando aquella mujer indigna á aquel hombre extraordinario, que para ello le dieron medios los apocamientos de Octavio y las ruindades de Antonio, pues uno y otro contribuyeron con su acción á que los odios de una mujer miserable pudieran dirigir la espada del esbirro que segó la cabeza de la mayor gloria romana. Pero el duelo se hizo y el duelo se terminó; el orador defendió á Milon para mortificar al grupo de Clodio y amontonó sobre su cabeza las inexorables iras de los que seguían al muerto y las iras imperecederas de la mujer con quien vivía; los unos olvidaron el flaco servicio que les hizo, y la mujer no pudo olvidar y perdonar el atrevimiento del tribuno en poner su maravi-

llosa palabra al provecho de Milon, quien, como él escribió, comió apesar de todo las ostras de Marsella. Me parece esto, innegablemente, una clara manifestación del duelo en su mucha perversidad, una prueba irrecusable de la miseria humana. Un hombre había ofendido á una mujer y con diferentes medios, pero idéntico en sustancia; la mujer provoca un duelo á muerte, en el cual, el viejo Cicerón muere asesinado, no por el miserable sicario que ejecutó la obra, sino por la enemiga no satisfecha hasta dar muerte al hombre á quien odió. Creo que mis lectores, hallarán criticable y en grado sumo, la conducta de Fulvia, asesinando al orador de Roma, y que coincidirán conmigo en apreciar los antecedentes del caso, como un duelo á la moderna, con diversa forma á las de la práctica de ahora, pero duelo al fin, duelo miserable, que está pidiendo todavía á los cielos la justicia y á la Historia la eterna abominación.

Que el duelo es una práctica brutal, no puede negarlo quien piense con un mediano juicio. Relaja mucho las costumbres y hace reinar esa insoportable época del terror, sobre la cual la Historia tiende un velo de desprecio y de asco. No es el arma apropiada para la inteligencia de los hombres, ni el acero ni el plomo; el arma humana, que establece relaciones entre los seres dispersos en la tierra, es la razón y la palabra. Pugna con la libertad y en contra del derecho se presenta; el duelo es una mancha que tienen las sociedades modernas, á la vez que otras manchas muy tristes y pesadoras en los destinos de los hombres. Lastima los sentimientos nobles y generosos de la mayor parte de la humanidad, y levanta grandes protestas en la masa, felizmente poderosa, de los hombres honrados, á manera que todo lo que no es digno y merecedor loa y de plácemes. El duelo es impropio de nuest

tiempo, como lo sería la sacrificación de seres en circos modernos, para divertir á un pueblo que tiene sentimientos más dignos que los sentimientos del pueblo de Roma, ó para divertir á unos reyes que son más nobles que los Césares de aquellos tiempos de horror y de barbarie. Todo tiene en la Historia su lugar y todo su colocación; no comprenderíamos, dadas nuestras usanzas modernas, unos paseos triunfales por las calles de nuestras cortes, á ningún guerrero victorioso ni á ningún rey aclamado, como en los tiempos de Nerón y de Cómodo; no tendría en estos días ni gracia ni oportunidad, aquellas befanas antiguas muy divertidas para aquella clase de gentes, pero aburridoras y pesadas en demasía para nuestra gente de ahora, siquier se diviertan éstas con una diversión tan inculta y atrevida como el carnaval moderno; sería denigrante para un monarca del siglo XX, que un guerrero le exigiera en el Evangelio una jura como la de Santa Gadea; tendría una novedad grandísima llevar á la corte de un pueblo, á un rey prisionero, como vino de Pavía á Madrid Francisco I, si bien es cierto que ahora no se exponen los reyes á estos peligros; resultaría extraño una coalición de escuadras europeas para ir á algún Lepanto moderno y vencer á un enemigo poderoso; llamaría la atención que fuese regente un fraile, siquier fuera tan grande y querido como el Cardenal Cisneros. Por esto, yo considero que el duelo es de otra época más atrasada; pertenece á los tiempos en que el señorío llevaba al cinto la espada á la continua, y rondaba á sus damas, para surtir dos efectos: llenar su amor y lucir su destreza y bravuconería. Ahora no comprendo el duelo, como no comprendería que se hiciera una guerra con saetas, habiendo tan adelantada y perfecta artillería; como no comprendería que se hicieran cálculos astronómicos á lo Ptolomeo, habiendo escrito y descubier-

to tanto Newton, Franklin, y en nuestros días Flammarion. Nunca ha debido existir, pero ahora menos que nunca. El personaje del drama popularísimo de Zorrilla, el Tenorio, da una idea, presenta un tipo, si bien el genial poeta lo creó lleno de ridiculez, tipo é idea de esos espadachines de oficio, que en una palabra, en una apuesta juegan la vida de un hombre, la paz de una familia, el orden de la sociedad. Si la creación del cantor de Granada, estuviera libre de los retoques de un refinado materialismo, que llega sacrílego y profano hasta la tranquilidad de un convento y al interior de una celda para pervertir el corazón ardoroso de una tierna niña á quien arranca del claustro, del amor y de la honra, para encenagarla en los vicios miserables que su empecatada alma cultiva y transmite por los brazos, para dejarla luego en las frías losas del sepulcro; si hubiera abandonado de su mente la quimérica idea de presentar un deslenguado miserable, que en su atrevimiento y locura blasfema y se satisface con el relato de las muertes que ha dado y de las honras que ha enlodecido, llegando, según su relación, hecha en versos admirables pero con demasiada libertad, á los lugares todos, al trono y á la barquilla, al palacio y á la cabaña, para dejar en todos la mancha de su paso devastador y aborrecible; si le hubiera pulido de tanta falta capital como adolece, aunque sus formas literarias y poéticas son admirables, el drama del último poeta español sería la primera y la más hermosa condenación y burla del duelo, hecha sarcásticamente por un duelista despreciable que cuenta en una taberna de la peor especie, cuantos duelos ha sostenido, haciendo un alarde ridículo de su valor y de su osadía, para ejemplo y escarnio de los admiradores que tenga en nuestros tiempos una práctica tan soez, una costumbre tan inculta, que tanto pugna con nuestras mo-

dernas libertades y derechos tan ensalzados; y téngase por cierto, que én muchos casos, el duelo no es más que una ridícula maniobra ejecutada para adquirir notoriedad, ó lograr nombre de caballero entre los necios, que son los que suelen dar estas patentes por estas cosas, porque yo entiendo que los que piensen conmigo en el asunto, que creo es felizmente la mayoría de la humanidad, no llamamos caballeros á los que han tenido que acudir á la provocación, para recibir un nombre tan sonoro.

Llámase en el lenguaje de los convencionalismos sociales, barbarie á la pelea de la gente del pueblo; esa lucha impensada que surge lo mismo en el taller que en la taberna, allí donde se comete el agravio, y sin embargo, voy á defender en contra de la general opinión, estos procedimientos villanos, en cuanto los considero más nobles y más lógicos, que los duelos concertados de la aristocracia. Cuando se comete la falta se impone el correctivo, y es natural por tanto, que á un hombre á quien se ofende de palabras ó de hechos, sufra en el instante mismo de la injuria, un arrebato de ira engendrado por el decoro herido. El acometerse los hombres, usando para ello la fuerza bruta, es indudablemente una acción muy material, y es lógico, raciocinando bien, que se atribuya á la explosión de los instintos dormidos, ingénitos y naturales, que en el hombre existen para la venganza de las molestias y torturas que los demás hombres le infieren. No podremos, ninguno ciertamente, negar que aun á trueque de lo más pacífico que seamos, nos sentimos en ocasiones fuera de nósotros mismos, influídos por la red nerviosa de nuestro cuerpo, á la manera que el contacto eléctrico, y llenos de una ira más ó menos intensa que parece exigirnos el vengar alguna ofensa recibida, seríamos muy satisfechos con apa-

lear ó abofetear al deslenguado ó al majadero. Esto de esta manera lo comprendo perfectamente, porque los minutos en que somos esclavos de un agente superior que obra en nuestro ser, no somos por tanto dueños de nosotros mismos y cometemos en aquel acto, un atropello del derecho de los demás, en defensa de nuestro derecho, atropello y acción de que á los diez minutos estamos verdaderamente arrepentidos; pero entiéndase que yo considero, no racional, pero sí disculpable, á la bofetada en el momento, porque el decoro natural herido y lastimado lleva la mano del abofeteador, siquiera éste sea el más pacífico de los hombres, si bien estas luchas humildes, llamémosles así, suelen terminar de mal modo, con navajas y heridas graves, con todo ese séquito de maldad que la sociedad moderna cultiva; y sin embargo de esto siempre suelen ser más nobles que las luchas en duelo, esas luchas de las aristocracias. Dedúcese, pues, de lo que llevo escrito, que la pelea entre los hombres, todas detestables y abominables, pero con sus gradaciones y diferencias, tiene más defensa en la forma que usa la clase democrática ó plebeya, que en la que cultivan los caballeros ó clases más elevadas, y lo es más defendible, porque en el duelo existe una circunstancia que le llena de miseria; una característica que le hace sumamente despreciable. La ofensa hecha en un momento de calor ó de necesidad, se pretende vengar en otro momento de premeditación y de calma, pasadas muchas horas y muchos días, cuando ya ha debido sentirse en el ofensor el arrepentimiento y en el ofendido el perdón, si es que uno y otro se precian de tener alguna lógica y buen sentido, y es natural, por tanto, que todos los preparativos de un duelo, sus reuniones previas, la designación de armas, de sitio, de hora y de circunstancias, son altamente ridículos y

dejan de ser bufos cuando empiezan á ser criminales, como dejo consignado en otro lugar de este capítulo. No puede dudarse, que quien provoca un duelo, lo acepta, es testigo ó padrino y quien pudiendo no lo impide, comete un crimen, calificativo del que no les libra ni las prácticas sociales, ni los convencionalismos modernos, aunque para ello se haga por los necios, inauditos y estériles esfuerzos, porque á su crítica y abominación está siempre dispuesta la lógica, el buen sentido y la razón.

¡Defender el duelo en estos tiempos! Parece un sarcasmo y un sarcasmo cruelísimo. En estos tiempos en que la razón se adorna con todas sus galas para recorrer triunfante todo el hemisferio. En estos tiempos en que las ideas pugnan por ejercer la soberanía de la tierra; ahora que en alas de un espíritu modernista, investigador y especulativo, los hombres siguen en tropel á tanta filosofía que se disputa la dirección intelectual de la sociedad; hoy que en virtud de la predisposición humana, el mundo se asemeja al caos y somos á la continua testigos de capitales y frecuentes reformas, hijas de tanto redentor como deja oir su palabra; hoy que el mundo parece que ha llegado á la época de su mayor edad y quiere una libertad en todos los órdenes, para con esta libertad lanzarse á las más atrevidas empresas ó á las más crueles blasfemias; que se ha olvidado de la moral salvadora para cultivar una moral acomodaticia; que en virtud de un idealismo hipertrofiado, recorre el orbe de polo á polo, en alas del vapor, de la electricidad, de los grandes adelantos modernos, para dejar la semilla de sus teorías filosóficas, lo mismo en la helada Rusia que en la templada España, en América y en Europa, en Africa y en Oceanía, como pudiera hacerlo un vidente, que recibiera los auxilios de algún espíritu á quien venerara en el

interior de su conciencia y con el que cambiara energías en secretos y misteriosos éxtasis de arrobamientos. En estos días de tremendas luchas y de grande transformación, cuando las ideas nuevas, ese lastre pesadísimo que traen los filósofos modernos, son tan alabadas y se dan á las sociedades como salvadoras panaceas, el duelo se defiende y á los duelistas se disculpa; ¡brillante ocurrencia! Lo nuevo debe distinguirse de lo viejo, porque reforme, porque mejore y dignifique; pero que lo nuevo sea peor que lo viejo, se llama en castellano retroceder. Retrocedemos, pues, con respecto al duelo; en la antigüedad, en los circos, en lo que podemos llamar duelos, se ponían á estas luchas á aquella gente que por su nacimiento era miserable y que por infamia de aquellos tiempos, debían morir en tales luchas ó en las bocas de las fieras, y nadie más que ellos harían estos personales combates, que por sí mismos denigraban; pero ahora, en este progreso tan decantado y tan dudoso, se pretende que el duelo ennoblece, como si la lucha bestial de la fuerza ó de la astucia, pudiera representar algo en el programa de la civilización, ante cuyo altar queman hoy muchos ilusos el incienso.

Pugna el duelo con el derecho natural, amén de pugnar con la conciencia social. Es teoría admitida en buenos principios de derecho, que ningún ser tiene atribución para mermar en lo más mínimo las atribuciones de los demás, y es esto tan esencial, que sin ello, sin el respeto absoluto á tal máxima, sería imposible el concierto humano, hoy muy en tela de juicio. No podemos, por tanto, de ninguna manera, cercenar el albedrío del hombre, y á respetar este atributo divino debieran tender las hipertrofiadas ideas de libertad que hoy se predican. Consideramos, con mucha tranquilidad de conciencia, tiránica, á cualquier dis-

posición que en un Estado moderno, de los que entran en el concierto civilizado, venga directa ó indirectamente á poner frenos en las libres atribuciones que los hombres poseen para desarrollar sus actos sociales con arreglo á sus personales ideas. Podremos llamar sin empacho, neroniano, todo lo que coarte la libertad que es en el hombre ingénita, vaya á lo que vaya, tienda á lo que tienda. Dadas nuestras modernas prácticas sociales, las grandes revoluciones políticas por que ha pasado la humanidad, la infinidad de programas que han recorrido toda la tierra, estimaríamos absurdo, que ahora se pretendiera por algún gobernante, siquier militaran á su lado grandes méritos, encerrar la grande libertad individual en unas fórmulas legislativas. Podríamos reirnos con sobrada razón y lo haríamos de buena gana, si se pensara por alguien en retrotraer las cosas de hoy á los siglos XIII y XIV pongo por caso, en todo sentido, en todo orden, y es lógico, por tanto, que si se pretende llevar esta cuestión del duelo, tolerándola y fomentándola en nuestros días á los siglos de la barbarie, á aquellos tiempos que caen del lado allá de la Cruz, no otra cosa se logra que un verdadero retroceso moral de suma transcendencia. Es sin duda muy exacto, que la civilización, que arranca, sin duda también, del Calvario á nuestros días, ha traído al mundo grandes venturas y permitido el gigantesco desarrollo de los talentos, de las artes y de las grandes aptitudes humanas, para bien de la humanidad misma, para mayor gloria del Creador, que se recrea en las grandezas de su obra, con esa dulce complacencia que un padre siente, al ver la precocidad, el talento ó la belleza de un hijo; es cierto que ha dado al hombre, por boca del mártir sublime de la Cruz, el libre uso de su albedrío, marcando la autoridad indispensable que la misma civilización exige á cada ser, sus derechos y

sus deberes, de absoluta necesidad para la relación del conjunto, para que sea posible la vida en común de los pueblos, la estrecha unión que la sociedad representa; es cierto que la civilización en sí misma, entrañaba entonces y entraña ahora con más poderoso motivo, la necesidad de la libertad que, bien entendida, salía de los labios del Redentor, para que ella misma, por su propia eficacia, señalara á los hombres que pueblan la tierra, individualmente, aquellos caminos que su propia voluntad les designe, sin perder de vista las sublimes máximas que el catolicismo representa con su salvadora moral; es cierto que cuanto significa civilización, quiere decir mejora, y que cuanto se trabaja por civilizar á los pueblos en colectivo y á los individuos en particular, es sin duda un maravilloso grano de arena que vamos todos depositando para llegar á formar en el suelo y en el espacio, el grande y deseado monumento de la civilización y de la ventura universales. Mas siendo todo esto ciertísimo, siendo innegable, teniendo como verdad filosófica profundísima, los caracteres de tópico, viene en lucha completa y evidente con lo que los civilizadores modernos se proponen y predican. No es de este capítulo estudiar esta cuestión, pero en la relación que mis observaciones tienen con el objeto de este libro y del asunto que ahora nos ocupa, es natural que hagamos notar la inconsecuencia que ello significa, puesto que cercenando el duelo una libertad indiscutible, representando un abuso social y un crimen evidente, anda en discordancia y con poca congruencia con lo que hoy se predica y se defiende por los mismos que lo cultivan y que por inexplicable complacencia de los poderes públicos, van consiguiendo que las leyes no se cumplan castigando á los duelistas, no contentos con que las malas costumbres lo fueran permitiendo, es-

tando tan abiertamente en contra de la libertad que se nos dice disfrutamos y con el espíritu del siglo en que realmente nos ha tocado nacer.

La moral cristiana no puede menos que tener contra el duelo un odio lógico y mortal. Como todo crimen, cercena la libertad del Creador, quitando á su voluntad el momento de la muerte de un individuo cualquiera, y es esto en sí mismo un verdadero sacrilegio. Como todo crimen, representa un grande pecado, más agravante sin duda, por las circunstancias de que se rodea el duelo. El primer homicidio de la tierra, cuando la Naturaleza asombrada contemplaba á Caín, huyendo en alas de su conciencia, del poder misterioso que en secreto le fustigaba, produjo un grito de los cielos, una pregunta de Dios, que parece repercutir todavía por el espacio y que parece escucharse en lontananza allí en las regiones donde el paraíso asentóse: este crimen que recuerda con asombro la Historia, demostrando que la maldad humana se presenta en los principios del mundo; este crimen que manchó de sangre la tierra de la dulzura, ahíta de libertad y de virtudes, demuestra de un modo triste é innegable que tan pronto comenzara la peregrinación de la humanidad, comenzó también á sentirse el influjo de las humanas miserias, asestando un hermano á otro hermano, terrible golpe que le produjera la muerte, llenando de asombro á toda la tierra, el primero y más cruel de los fratricidios. Y en este hecho, en este espantoso pecado comienza la era de la maldad, que da diariamente una triste prueba de lo que es la humanidad y lo que son sus pasiones criminales, en el desconocimiento de todos los respetos y en el olvido lamentable de todos los derechos. Pues bien; de entonces acá, desde el crimen de Caín hasta los frecuentes crímenes de nuestros días, ese espectáculo tristísi-

mo que se presenta á nuestra vista y se pone á nuestra consideración, ¡ah! lectores, se repite mucho y está á la continua dando señaladas muestras de nuestras míseras pasiones. Y el duelo se tolera; el duelo se elogia, se publica en los periódicos como la cosa más natural é insignificante, y la sociedad nuestra coetánea, aplaude sin reserva una práctica bestial, que naciones ó pueblos más atrasados de nombre que nosotros, tendrían por bárbara. Ciertamente no sé á quién culpar de semejante atraso, pero no tengo escrúpulos en consignar, aquí que el duelo existe porque no existe la moral cristiana, que es quien con voces de eternidad, con apremios de castigos, quien en nombre de Dios, lanza sobre los duelistas el horrendo oprobio de los cielos. De aquí que el convencionalismo moderno haga tantos inauditos esfuerzos por quitar á Cristo el dominio de los hombres, para separar á Dios de la sociedad, y entonces, lectores, si se lograra por los modernistas sus ideales, si se pudiera quitar el dominio y la influencia de Cristo, la sociedad entera, cual pobre y desvencijada barquichuela, recorrería sin norte, sin oriente, sin piloto y sin guía, el mar umbroso de la impiedad, para estrellarse en los escollos de la deleznable materia, y hundirse para siempre en el horrible abismo de sus inmensos pecados. Pero no puede lograrse semejante pretensión; el buen sentido triunfará; y estos estremecimientos horribles que á manera de temblores de tierra, siente la humanidad, serán sencillos y momentáneos alardes del infierno que lucha sin descanso para poner su trono en el corazón del hombre. No puede ser; racionalmente no puede ser; católicamente no será. Estos movimientos volcánicos de las generaciones; este batallar continuo de los pueblos; esta lucha encarnizada de las ideas; estos alardes de ateísmo de los hombres; estas horribles consecuen-

cias económicas; este desarreglo político; este odio de clases, esta guerra continua, son sin duda ninguna las tristes pruebas de que lo que se quiere no es bueno, de que lo que se pretende es perjudicial. El tiempo lo dice; la experiencia lo delata. El hombre lo ridiculiza; el pobre se sonríe sarcásticamente de la eficacia ponderada de tanta panacea. La tierra no es fructífera; los astros son más tenues, y todas estas evidentes señales, dicen á una y con palpable elocuencia, que hasta la Naturaleza se ha sublevado al solo anuncio de lo que quieren implantar los grandes tiranos de los pueblos, las plagas espantosas de tanto sociólogo convencional.

El duelo tiene, pues, muy lógicamente cabida en esta galería de miserias humanas. Es una de ellas indiscutiblemente, y lo es por las muchas razones que ya quedan anotadas en este capítulo. Salvo algunos duelistas que acuden al terremo llenos de un malsano y miserable deseo de una venganza cruel y que obran al impulso de sus exterminadoras influencias, y algunos que llevan la garantía de que su destreza ó habilidad les hará salir vencedores, la mayoría de los que acuden al duelo van dominados por un miedo atroz; y es lógico que así sea. Llevan sobre sí la sentencia de muerte y si no el dicterio de asesino; siempre la excomunión de la Iglesia, y aunque digan muchos despreocupados que esta excomunión nada les representa, es indudable que aun en el más ancho de mangas, le produce una pérdida en el concepto social y un remordimiento en la conciencia. Temen, pues, los duelistas acudir al duelo y á muchos los lleva el incomprensible respeto humano que los avasalla, deduciéndose, pues, de esta observación, que una pequeña parte de más responsabilidad cabe siempre al provocador del duelo, no quedando ni mucho menos exento el mentecato que lo

acepta. Deber es de la humanidad que no puede olvidarse, castigar el duelo severamente y poner en la picota del ridículo á los que lo ejecutan, si es que hay quien de buena fe procura y pretende desterrar para siempre una tan miserable práctica, contra la cual lanzamos, los que tenemos concepto racional formado de la humana misión, los gritos más sinceros de nuestra crítica. No sé de ninguna escuela filosófica que lo ampare; el estoicismo es otra cosa. Científicamente no puede admitirse y matemáticamente es una resta lamentable, pues siempre facilita la eliminación de un guarismo de la cantidad que represente la humanidad. En las leyes del honor pretenden encontrar su justificación, y no puede ser; las leyes del honor no pueden representar otra cosa que unas prácticas sanas; de ningún modo pueden amparar al homicida, y el que da muerte en duelo es un homicida vulgar, librado de la justicia terrena por un convencionalismo, pero no escapado de la justicia eterna de Dios y de la Historia, que á una consideran homicida al que priva de la vida á un semejante, sin atender á eximentes ridículas. Pudieran apreciarse las atenuantes, en aquellos homicidios que están rodeados de circunstancias especiales y que sin librarlos del calificativo de homicidios pueden en algo justificarse; pero en el duelo no puede admitirse eximente ninguna. Quien provoca ó acepta un duelo y va al duelo, lleva conciencia de que va á matar ó á herir cuando menos; ser herido ó ser muerto tal vez. Esta conciencia que se lleva lo agrava con el calificativo de premeditación, que en algunos casos dura varios días, tiempo suficiente para escuchar los nobles impulsos del corazón que se llaman olvido ó arrepentimiento. Es preciso á todo trance ir contra el duelo y procurar por todos los medios su desaparic de la sociedad. ¿Cómo puede ser posible la libertad

libre ejercicio del derecho, con esta y otras prácticas bestiales, que la ahogan, que la inutilizan, que la prostituyen? ¡decídmelo!; no es lógico suponer que entretanto se tenga tan poco respeto al derecho natural á la vida; al derecho natural á rehusar lo que no conviene; al derecho natural á obrar bien; entretanto la injuria tenga por garantía la espada ó la pistola; entretanto el buen concepto social esté á merced de un deslenguado espadachín; entretanto la ley no encierre en un círculo de hierro al duelista; entretanto el derecho venza y el derecho triunfe, decidme si es posible la ventura social. Yo entiendo por mejora la mejora verdadera; yo entiendo por derecho, el derecho respetado; yo entiendo por bondades, las bondades efectivas; no admito términos medios, que pueden ser viciosos, y en la crítica del duelo no conozco medida ni me creo obligado á tener límites. El duelo es un cáncer que corroe las entrañas sociales, lesionando todo el organismo, á la manera que las enfermedades de la materia descomponen el conjunto y producen la muerte. Cuando la Iglesia lo castiga severísimamente con la mayor pena que puede aplicarse, razón sobrada tiene para ello, y creo que la estimarán mis lectores, después de hojeado este capítulo, que ha de invitarles á hacer consideraciones sobre la materia, más profundas y con más fino escalpelo que éstas mías. Doctrinalmente lo castiga la ley, con poca dureza, es verdad; pero le tiene señalado un castigo, que desgraciadamente no se lleva á la práctica por estas complacencias que yo no me explico, pero que sobradamente explican los tristes efectos que producen: no puede, pues, dudarse que el duelo es malo, malísimo, con esa maldad céntuple de lo que lastima muchas cosas, de lo que produce muchas víctimas y de lo que lesiona muchos derechos. Lastima á la sociedad relajándola y envileciéndola, que relaja-

ción y envilecimiento representa el duelo, sin disputa. Causa muchas víctimas: sean los que mueren en ese campo ridículo del honor, sean los huérfanos que produce, sean los prestigios que mancha. Lesiona muchos derechos: el derecho indiscutible de Dios; el derecho respetabilísimo de la sociedad; el derecho natural de la vida y tantos y tantos derechos, cuya burla sangrienta entraña y sintetiza el duelo. Y no digamos nada de su inmoralidad, pues desde este punto de vista, el duelo es una miseria humana tan dañosa, tan perjudicial, tan cruel y tan absoluta, que para su castigo sería necesario el fuego del cielo que cayera en Sodoma, el agua del bíblico Diluvio, y la espada del ángel exterminador que en justiciera noche recorrió los espacios de Judea.

CAPÍTULO III

LA AMBICIÓN

INNEGABLEMENTE es la ambición uno de los principales componentes de la maldad humana, por cuanto entra de modo muy importante en la ejecución de todo acto que entraña perversidad ó delito. Yo la veo, en maridaje con el egoísmo, fundirse para escalar y ocupar el corazón de los hombres. El oro la seduce; los honores la deslumbran, y cuanto significa absorción, la hace funcionar á maravilla. Cuesta mucho trabajo vencerla; cuesta más trabajo todavía, proponerse reducirla y desterrarla. Ofrece al hombre el oro, tan necesario en la vida moderna; propone los honores tan bien vistos en nuestra época, mucho dada al oropel; hace al hombre creerse que el mundo fué fabricado para él, y que los otros seres sólo son súbditos de su majestad, obligados esclavos de su realeza; y todo ello, llegando al corazón humano, tan predispuesto de suyo á tanta quimera y tanta ilusión, lo seduce, lo arrastra, lo fascina para hundirlo del todo y por completo en los antros de sus deseos, en el abismo de la miseria, en el fango hediondo de una estúpida pretensión. Por ello, la hago figurar en esta galería de debilidades, teniendo, á mi juicio, un puesto designado de acuerdo; puesto que le corresponde, puesto que ocupa y que diariamente justifica.

Yo voy á llevar á mis lectores á una rápida ojeada retrospectiva por el campo de la Historia, para ver y considerar en lo antiguo la ambición y venir por gradaciones del tiempo, á observar la ambición en lo presente, y considerar con todo detenimiento, la desmesurada, la hipertrofiada ambición en nuestros días. Líneas generales serán, porque de seguro no cabrían en los límites de este capítulo, las amplias consideraciones á que el asunto se presta; consideraciones dolorosas y tristes que arrancan protestas de odio y de horror á toda alma donde exista siquiera el más pequeño átomo de generosidad, puesto que la ambición, significando esa absorción egoísta de la época, por cuya influencia se cometen graves é innumerables delitos; significando el quimérico deseo de reunir en la ridiculez egoísta del individuo ambicioso, todas las preseas y todos los dineros y todas las joyas que existen en el mundo, amén de pugnar con todos los derechos y pretender insensatamente colgar á una misma persona todos los poderes y todos los honores de la tierra, viniendo á ser la ambición por tan execrables caminos un verdadero y pretencioso alarde de la humana perversión, que loca y equivocada, quiere igualar al hombre á quien fustiga con el látigo cruel de sus deseos y de sus apetitos, al mismo Dios que le creara y le sostiene en el conjunto humano. Recordad si queréis la historia de la vieja Roma, tan llena de cicatrices y delatora perpetua de tantas ambiciones; y en su recuerdo doloroso y cruel, tendréis que refrescar vuestra memoria con aquellos espectáculos en que un triunviro ó un pretoriano, ó un cónsul, sacrifican centenares de personas y cientos de honras para el sacie criminal de sus caprichos ó de sus apetitos pecaminosos y miserables. En torno de un César militaran y brillaran todas las glorias y todas las grandezas del

paganismo y de la época, que zumban en la Historia como trompetas épicas, cantoras á la continua de una civilización deficiente é inhumana. Los carros de guerra, de cuyos pedazos están llenos nuestros Museos, y las crónicas apergaminadas, no son más que atributos que prueban de un modo elocuente y con la exactitud de lo que supervive, una edad de atrasos y de personalismos, más odiosa y más ruin cuanto más llena está de recuerdos, magüer estos recuerdos sean tan grandes y tan hermosos, como el arte que todo lo dulcifica y engrandece, hasta la misma sangrienta epopeya de los circos y de los gladiadores, á cuya abominación se han sumado todos los pueblos y todas las edades. En Roma era la ambición quien todo lo movía y lo transformaba, y la ambición era el aliciente de aquellas legiones de César, que ha inmortalizado el gran caudillo, como guió también á aquellas tropas que se encontraron en esta España de las luchas épicas y de la generosidad, con el mayor genio de la Edad Antigua, con el valiente y altruísta Viriato, que opuso al torrente devastador de las ambiciones romanas, el pecho del soldado genial y la generosidad del hombre patriota. Pero nada importaba á una nación como Roma, tan apegada al espíritu de conquista que tan bien encajaba en el espíritu absorbente de su pueblo y de sus directores, que una tierra tan hidalga y tan generosa como España, pretendiera con las acciones nobles y con el desinterés por lema, vencer en lucha de sentimiento, cuando sus soldados y sus pretores no tenían más que el sentimiento de una rapacidad y una tiranía que han hecho fama en la Historia. No podía importarles nada, y de nada sirvió que las llamas y las ruinas de Numancia, lanzaran á la frente de Escipión y de su ejército una lección grandiosa y llena de heroísmo, pero que no pudo comprender el

pueblo romano, porque en esta vida no se comprende más que aquello de que es uno mismo capaz. A Roma la perdió la ambición, que fué engendrando aquellos temperamentos pusilánimes, que ansiosos de sensaciones gratas y nuevas para su disfrute y deleite, crearon la inmoralidad, el relajamiento y la debilidad que abriera luego sus puertas á Alarico para que saqueara á la ciudad de tantos recuerdos y de tanta miseria, y unciera al carro donde se asentó el guerrero godo, á aquellos romanos que hacía poco tiempo habían agotado el placer en copas de oro y en brebajes de nigromancia. Era lo natural, y la mano de Dios dejó caer el peso de su infinita justicia sobre un pueblo que había hecho un culto de su ambición y de sus vicios; y el vengador guerrero que la destruyera era el principio de paz y de cordura que entre los sordos rumores de una batalla, traía á un pueblo que se había extraviado, por medios tan desconocidos y tan extraños para la limitación de la inteligencia humana, una paz, una salvación, imposibles de hallar en tanta podredumbre como se notaba en el cuerpo canceroso de la vieja república. La propia ambición la había envilecido, y la ambición de otro hombre y de otro pueblo, cuya ley era destruir y aniquilar, vengaba lógicamente para satisfacer instintos propios, los anteriores instintos del pueblo romano, que moría, caía y se destruía sin darse cuenta de que colectivamente moría lo mismo que muere el individuo que en las lozanías de su salud oculta el germen de la muerte que le acompaña desde su nacimiento. Alarico cumplía un fin providencial, ignorante de ello, como elegantemente afirma el historiador Lafuente; cumplía una misión de Dios, destruyendo á un pueblo que se ahogaba en la molicie, sobre las ruinas de los ídolos romanos destrozados de sus divinidades pulverizadas, pasea el godo las re

liquias de un mártir, y respeta los templos cristianos y á los que en ellos buscaban asilo. Alarico representa el sentimiento de la libertad individual, y entre sus tropas y sus espadas y su destrucción, aporta á los pueblos, como misionero inconsciente de la Providencia, el espíritu de la religión cristiana. En estos momentos suena la voz del Obispo de Hipona, elocuente y vigorosa, y la civilización de una Roma, hundida por su podredumbre y su miseria, injerta en sus ruinas, al golpe de los soldados godos, la mayor y más sublime de las doctrinas civilizadoras: la civilización cristiana.

La ambición de un pueblo degeneró en molicie, y el germen destructor y rapaz del pueblo de tanto cónsul y tanto pretor avaro, llegó á perder á quien lo tolerara y lo sostuviera. Mas la raza que ahogó á Roma en su propia sangre y aplastó al imperio en sus propias ruinas, había de sentir también el gusano roedor de sus ambiciones, y pretenciosa, vino de Rey en Rey, aquí progresando, allí retrocediendo, y cayendo últimamente, por arte y obra de sus caprichos y de sus locuras, á morir en las márgenes del Guadalete ó el Barbate, que en esto hay pleito histórico. No valió para su conservación que un tan grande Rey como Leovigildo y uno tan cristiano como Recaredo, hicieran esfuerzos titánicos para convertir á sus súbditos en seres más perfectos y menos apegados á sus rutinarias avaricias. Witiza y Rodrigo llenaron la copa con las gotas que le faltaban para el reboso, y el Oriente dió sus guerreros y dió forma al pensamiento providencial el año 11 de la octava centuria. Un historiador moderno hace notar, con grande espíritu de observación, que un río detenía á los bárbaros para lanzarse sobre Roma y que un estrecho detenía á los árabes para larzarse sobre España, cuyo estado de descomposición y de rela-

jamiento les ofrecía, como ninguna otra, ocasión oportuna. Belisario y Tarik cumplían igualmente su misión, y la espada y la cimitarra obedecían á la voz de la Providencia, que castigaba de este modo, tan severa y justicieramente los grandes crímenes, las tristes degradaciones de dos pueblos grandes, pero empequeñecidos por una ambición que los perdía, llevándolos locamente al vicio y al robo, formas corrientes y usuales en esta verdadera miseria humana, que trajeron á la hermosa tierra española las turbas de guerreros árabes, que no tardaron en diseminarse por toda la Península, á la manera que un medicamento activo se disemina por el cuerpo á quien se pretende medicinar. Era la lógica consecuencia; era la justicia divina, que imponía á la monarquía goda el mismo castigo que impuso al imperio romano para castigar sus locas aventuras y para hacer purgar á un Rey tan relajado y miserable como Rodrigo sus devaneos y sus frecuentes orgías. La ocasión no podía ser más propicia á la gente de Oriente para cumplir el fin que les señalaba la divina justicia, y la traición y el odio le ayudaron locamente, en aras de una venganza, que todos los hombres reconocen y las historias proclaman, pero cuyo fin histórico y sensible nadie niega y combate. El trono de un godo miserable y ruin se desvencijaba por su propia pesadumbre y la corona con que adornaba sus sienes un avaro de ocios y de deleites, se caía de su cabeza, porque ya harta de tanta vergüenza la estirpe humana, trabajaba, sin saberlo, sin duda, por el aniquilamiento de una gente que había llegado por tan tortuosos caminos á un estado tan lamentable. Quien ve en la historia no más que hechos encadenados y consecuencias lógicas y efectos naturales, no puede menos que contemplar que la rota de Rodrigo es una prueba palpable y evidentísima de sus pensa-

mientos, porque el hombre que llevado de su molicie y abusando de su trono comete tan graves desmanes, tiene que morir en una hecatombe política y social inmensa, como la de las márgenes del río donde se libró la famosa batalla. No podían de otro modo terminar aquellas locas fantasías que se creó el loco godo en torno de su imaginación calenturienta y fatigada por tanto vicio y tan dolorosos pecados. El pueblo seguía los tristes ejemplos de sú alucinado jefe, y todos seguían el torrente de tanta perversión y tanta locura. La necesidad de la civilización humana pedía la rota y reclamaba la desaparición de aquella monarquía, cuya sola existencia parecía un obstáculo grande para su propio y necesario desarrollo. La ambición la había dominado, y los hijos de Alarico habían de morir á los golpes de la cimitarra de los hijos del Profeta, que tiempo antes aguardaban en sus cuevas del Africa el oportuno momento de lanzarse sobre su presa, cumpliendo al realizarlo un alto fin providencial, una necesidad de la civilización, un verdadero y preciso fin para la ventura y la grandeza universales. Mas la ambición había de destruirlos á ellos, cuando esta pasión de que tantas muestras hay en la Historia, hiciera su desarrollo entre las legiones y los hijos de aquellos primeros árabes que invadieran á la España goda. Era la fuerza de los encadenamientos históricos que de un tan sensible modo les impelía. No era la tierra española, donde había de asentarse la planta de la Madre de Dios en Zaragoza, la que había de sostener á una turba desharrapada y viciosa como la gente africana, por mucho tiempo, las cuales, una vez cumplido su fin, debían volver al desierto á esperar en las nebulosidades de su fatalismo el momento de su definitiva y necesaria civilización. No importa que un hijo del Korán, Abderrahman, fundara el imperio de los Ommiadas;

no importa que Alhakém II ampare las letras y proteja á los sabios; no importa que Almanzor ciña á sus sienes el laurel de la victoria. No importa; luego viene el derrumbamiento de aquel califato de Córdoba; viene Calatañazor, y la civilización de Mahoma muere allí donde la Cruz de Cristo da sus irradiaciones y enardece á los soldados que pelean bajo tan hermosa enseña. La poligamia hace que entre ellos surja la lucha cada vez que hay que cubrir el trono, y hay que atender á los que se creen con derecho á ocuparlo. Tras las luchas intestinas y las guerras con los cristianos españoles, viene el cansancio; tras el cansancio, la destrucción. No hubieran los españoles tenido entre sí, por sus ambiciones y por la torpeza de sus reyes ambiciosos, tanta diferencia y tanto luchar, y antes que Isabel y que Fernando se hubiera terminado la reconquista; pero la ambición en toda parte la encontramos, y allí donde se unen siquiera dos hombres, allí á las primeras palabras surge la ambición, y con frecuencia todo lo estropea y encenaga. ¡Ambición miserable, que á todos los pierdes y todo lo envileces, retírate del mundo y renuncia, para ventura de la especie humana, á un reinado que, ejerciéndolo, llenas de fango á la estirpe, haces un abismo en el corazón del hombre y colmas de lágrimas á la continua á esta pobre conjunción, que llaman sociedad, en cuyo envilecimiento y descomposición parece que te complaces, en la más cruel de todas las complacencias, en el más miserable de todos los deleites!

Mas, para no dar demasiada extensión á este paseo retrospectivo por el campo histórico, saltaremos las épocas y vendremos á tiempos más próximos á nc otros, y por ende más acomodados á nuestras actua usanzas, para ir acercándonos á la actual situación la sociedad desde el punto de vista de la ambición. En

la antigüedad hay mucho testimonio elocuentísimo; pero para hacer que resalten, basta el ilustrado sentir del lector y huelga que yo vaya descendiendo á detalles, que seguramente darían á este capítulo más extensión de la que entra en mis proyectos. Hay mucho en la antigüedad, porque el personalismo á que entonces se rendía culto, á ello mucho se prestaba. Un César era un autócrata, y de este poder nacía necesariamente la ambición, por cuanto que el dinero produce sed de dinero y la ambición produce sed de poder y de honores y de lisonjas, más dañosas de lo que parece al general sentir de la gente, puesto que sonando con agradable sonido en las orejas de los grandes, pueden ser inducidoras de cosas y de actos, que quizás sin ellas no se realizaran. Y la edad antigua, sin duda, prestábase mucho, en su civilización y en sus quimeras, á relajaciones morales que hoy no podrían en modo alguno existir. De aquí yo deduzco, que en el largo período de tiempo que se llama edad antigua, haya tanto que recorrer, y renuncie á ello por no fatigar al lector, predispuesto á la lectura de otra clase de estudios, que no son los históricos, pero con los cuales guardan cierta relación de consecuencia y de causa, sea esto dicho en descargo de las frecuentes divagaciones históricas que salten en este libro. Pero contra mi deseo é impelido por el de buscar testimonios irrecusables que vigoricen mis posteriores afirmaciones, yo voy á traer á mis estudios, amplias consideraciones sobre la importancia del papel que en grandes y transcendentales sucesos históricos juega la ambición, puesto que ella, como dejo dicho en otro lugar, induce y alienta á graves cosas, ansiosa como siempre de medro personal para su víctima, de alardes de poder para los grandes, de fantasías y de quimeras innumerables para los ilusos á quienes embauca y ciega con tal facilidad.

Díganlo si no, las cruentas luchas de un grande rey de Francia, con un grande monarca de España á la par que de Alemania, que vencieran en Marignan y en Pavía. La audacia y la ambición del primer Carlos español, hizo rodar cientos de cabezas, y produjo grandes trastornos á la humanidad; las pretensiones y la avaricia del monarca francés, le hizo perder en Pavía, la libertad y sus hombres. Es la ambición quien guía al emperador y quien dirige al monarca francés, de cuyos corazones ha hecho víctimas, y en los cuales ha establecido su trono, más poderoso sin duda que el trono francés y el trono español, puesto que rige á quienes los ocupan. En la apoteosis que la gloria formaba al solitario de Yuste más tarde, y al vencedor de Marignan, luce la ambición de sus gracias y de su poder para dominarles á una, para embaucarles á empresas atrevidísimas, que de otro modo no hubieran intentado; es una fuerza superior que avasalla á la humana voluntad, muy entregada de suyo al capricho de sus pasiones, y en sueños, esos sueños de la fantasía, les aconseja y estimula á pretender una venganza de Pavía al francés y una venganza de Marignan al español; los lleva á su antojo y los dirige á su talante. No importa que los alardes de uno y otro monarca representen á la humanidad un horrible tormento, y los pueblos en guerra sufran las consecuencias de las ambiciones de sus reyes; no importa para el Carlos español, si en ello va algún fin político, algo que satisfaga su ambición, tener preso al Jefe de la Iglesia y hacer sarcásticamente públicas rogativas por su libertad; no importa que un ejército católico saquee á Roma y haga recordar á los aterrados romanos los tiempos de Alarico. No importa nada, si con ello sacia su ambición de poder el primer Carlos de España, ó el primer Francisco de Francia.

Estamos en este recorrido histórico, en la edad moderna; toda consideración en esta edad es más delicada y más propensa por tanto á tocar á sucesos más ó menos distantes á esta generación que con nosotros vive; pero así y todo, con parquedad y con cuidado, entrará el escalpelo de nuestra modesta crítica, libre siempre de prejuicios, pero llena también de justicia y de verdad. Sentimos más que nadie, que la obligación que este libro impone, nos obligue á tratar ciertos asuntos y á mirar ciertas flaquezas de la sociedad que tienen mucha, grandísima culpa de lo que ocurre actualmente. Lo sentimos con toda sinceridad y querríamos, como seguramente quiere la justicia, holgar mucho tiempo por falta de crímenes, por carencia de delitos. Pero la maldad humana, impone al magistrado y al sociólogo su ruda labor, su cuotidiano trabajo. Escribimos este libro guiados por el deseo, que entendemos saludable, de ridiculizar muchas debilidades que conjuntas hacen la perdición de la especie, y aunque lamentamos ser el menos llamado á ello, dada nuestra inexperiencia y falta de condiciones, creemos firmemente que la mejor voluntad nos auxilia y que somos inflexibles con ciertos delitos, y con todo, aunque nos fuera preciso, dado nuestro propósito, castigar nuestras más caras afecciones y nuestros instintos más arraigados. Este es nuestro lema, y con el proyecto de no herir susceptibilidades personales, pero sí criticar el conjunto social que comete ó permite el delito, hemos traído á esta galería á la ambición, que como ya se dice en otro lugar, tiene puesto tan indiscutible. Ella ejerce presión en el ánimo de los reyes, y á ellos hay que criticarlos; ejerce influencia innegable en la conducta de los grandes, y á estos mismos grandes hay que empequeñecerlos por la crítica, por el castigo moral de sus excesos y sus locuras; ejerce dominio sobre

los ricos, y á éstos como á aquéllos se tiene que decir con claridad, que no excluye la cortesía y la caridad de prójimo, que son unas manchas tétricas y asquerosas que han salido á esta pobre sociedad, que sin guía y sin concierto danza á la música que más agrada en sus torpes oídos. La música en muchos casos es la ambición, y todos de consuno, así como si no se asociaran para la mayor maldad, no con sigilo, sino con inaudita desvergüenza, se lanzan en todos sentidos á una batalla, brutal como todas, peor que las otras, porque representan los combatientes más refinamiento, menos grandeza de miras. Ciertos sucesos desarrollados en el pasado siglo, mucho se prestan á muy amplio estudio sobre la ambición, y á buen seguro que saldrían malparados del análisis los personajes diversos que en ellos intervinieron. Nuestra propia república española, es un testimonio de ello, elocuentísimo. Y conste que no somos de los que creen que no existen hombres tan generosos y tan aficionados á sus ideas políticas ó filosóficas, que toda su gestión y todos sus trabajos los enderecen al fin exclusivo de su medro personal, de su particularísimo provecho; creemos por el contrario, que hay con agradable y grata frecuencia, abundancia de estos seres, extraviados ó mártires tal vez, pero dignos sin duda de toda consideración y de sincero agradecimiento, no por parte de la sociedad precisamente, á quien ellos perturban y molestan, sino de la misma especie humana que reconoce estos testimonios de la agradable buena fe.

Sin duda ninguna, es la ambición un capitalísimo defecto; pero debemos consignar, que son pocas las personas que no la tienen y que en brazos de sus locos consejos, no se arrojan á luchar, con el fin y propósito de alcanzar ventajas, de órdenes distinto pero que son siempre ventajas egoístas y ambiciosa.

Diariamente, mejor dicho, á cada momento se nos presentan vivos testimonios del predominio y de la generalidad de este pecado; constantemente vemos sus dolorosos efectos en sus víctimas, y tiene sin duda mucha parte, principalísima é importante, en el magno problema que hoy agita á toda la tierra y que preocupa á todos los pensadores y á todos los Gobiernos: el problema social. Y no digamos nada de ella, en el terreno político, donde todo es ambición y todo se vuelve deseo de encumbramiento, de amontonar honores y poderío, y de reunir en torno de un primate, muchos admiradores y adeptos para de este modo, con tan brillante escolta y tan importante bagaje, navegar ampliamente hacia aquellos rumbos que más satisfacciones ofrezcan y más facilidades presenten para su encumbramiento, para sus personales propósitos de ambición, y de venganzas tal vez. En todas partes la hay y toda persona la cultiva, salvo contadas y preciosas excepciones. Pero la generalidad de un delito, no excluye su gravedad ni mucho menos lo sincera. Es triste cosa considerarlo y vivir bajo el temor de sentir ambición en actos que uno considera tal vez naturales y lógicos, y que en realidad son pecaminosos y criticables; pero de este modo se escapan algunos del dictado de ambiciosos con que á veces se les adorna; unos justifican su batallar continuo en su exaltado patriotismo; otros pretenden sincerar su movimiento y sus trabajos, en la grande afición á sus ideas políticas; algunos dicen que es su filantrópico deseo mejorar á la humanidad, y varios aseguran que todo es obra de su espíritu y de su temperamento, ansioso de trabajo y de beneficiar de paso á la generación con que viven; yo no lo dudo siempre, como un sistemático incrédulo, porque reconozco, aun en aquellos con cuyas ideas políticas no estoy ahora ni

puedo estar conforme, que á veces, marchan con la mejor buena fe y que es cierto que sus miras van por encima de la ruindad que significa una ambición personal en ocasiones; yo reconozco en algunos hombres de la política contemporánea, un verdadero afecto cuasi religioso á sus ideas políticas, en cuya defensa y engrandecimiento hacen trabajos de titanes y realizan empresas de mérito y valor indiscutibles; pero estas creencias mías me conceden el derecho de dudar mucho de algunos, que amparados en el concepto de que otros disfrutan, luchan y persiguen un fin que parece noble y levantado, nada más que en apariencia, y que en realidad es una ambición personal sin tasa ni medida. Todo esto hay que considerarlo, y por ello, es muy delicado, como decía en otro lugar de este libro, tocar este asunto, en sus relaciones con la edad presente en que vivimos. Es delicadísimo, dada la dependencia y el encadenamiento de los hombres, y á veces, la alusión de que algunos se creen objeto, es un motivo de ásperas venganzas y de miserias sin cuento; suele esto acontecer con triste y lamentable frecuencia. Es delicadísimo porque la sociedad en que se vive, egoísta y ambiciosa en demasía, quizás por su propia necesidad ó por el aquilatamiento de los más torpes deseos que hoy se nota, se lamenta y grita y protesta, cuando se le toca en esta llaga, no sola, pero sí de las más dolorosas. Es delicadísimo, porque tiene la ambición una característica que la separa de las demás miserias de la humanidad, consistente en que el ambicioso que se deja guiar por sus torpes alucinaciones, cree de buena fe, es decir, él es el primer engañado, que lo que él ejecuta y realiza, no es ser ambicioso, es mirar por su intereses, y así, con esta creencia, no es extraño que veamos frecuentemente, á individuos que son en gra

do sumo ambiciosos y egoístas hasta lo posible, decir en público, como la cosa más sencilla, ó la afirmación del más convencido, que sólo procura la custodia de sus intereses, la remuneración de su trabajo, el propio bienestar; y aunque estas afirmaciones algo denotan de ambición, porque calcula el valor de su trabajo en una suma enorme, rebajando el valor del trabajo del prójimo, y estima que la defensa de sus intereses es el ataque de los ajenos, y el propio bienestar únicamente lo consideran entre sacos de oro, llevan las afirmaciones consabidas el sello falso y petulante de una generosidad en que se cree, pero que parecida á los falsos dioses, no existe ni puede existir.

Suponen muchos exclusivistas é individualistas, que existe un grado de ambición tolerable ó permitido. Objetan que es natural, puesto que el instinto de conservación, general en todos los seres organizados, así lo establece y desarrolla al calor del beneficio propio que todos, como base primordial de nuestras aspiraciones, nos proponemos. El instinto de conservación natural en todos los seres, nada tiene de ambición, puesto que no tratándose de una nueva adquisición, no de una conquista, no de quitar nada á nadie, sino únicamente de conservar el patrimonio ó ventaja si queréis, de la vida propia, y por tanto, no enajenable, no podemos, pensando bien á nuestro juicio, sostener una teoría que nos parece bastante necia y huera en extremo. No es ambición ni puede serlo, que el hombre se proponga á todo trance defender su vida y la de los seres que constituyen su familia; esa pequeña sociedad que vive bajo su mismo techo, que toma idénticos alimentos y que recibe las inspiraciones del espíritu en una misma fuente, porque la sangre ha identificado los afectos y las inteligencias, puesto que la defensa de estas vidas que le son tan caras, es una obli-

gación moral, una imposición de la conciencia recta, y un innegable deber de hombre perfecto; esto no puede ser ambición, y por lo tanto no puede ser el grado ambicioso que pretenden justificar los que sienten la moral á su gusto, hacen la fisolofía á su capricho y quisieran las leyes á su talante y voluntad. No es esto la ambición; no es el instinto natural de la conservación de la vida ni la lógica defensa de la existencia de los seres que constituyen la familia, lo que puede en modo alguno justificar ese grado de ambición, menor ó mayor, que en esto no paro mientes, que pretenden conceder los exclusivistas é individualistas. Todo lo que cae bajo la denominación de ambición ó egoísmo, no tiene en manera alguna, justificación ni defensa posible. Basta decir, que este defecto, que no por general puede disculparse, pugna de un modo notable y contrasta con asombrosa evidencia, con un precepto de la más pura moral, que figura en el decálogo cristiano, y que sean las que sean las ideas religiosas ó filosóficas de toda alma bien templada y de todo ser bien organizado, tiene una avasalladora ventaja sobre todo lo que en este sentido se hable ó se escriba; basta, repito, con que pugne con el mandamiento fulminado en aquellas tablas del Sinaí, entre los rayos, los truenos y la conmoción de toda la naturaleza y el espanto del pueblo que lo recibiera, en manos de un ser singularísimo como Moisés; basta que pugne con aquel precepto de eterna salud que nos manda amar á nuestro prójimo como á nosotros mismos, condenación la más elocuente de lo que siquiera se parezca á egoísmo de algo, á ambición, y á deseos de poseer con perjuicio manifiesto de los demás seres de la tierra, puesto que la posesión numerosa de bienes en una persona, fr constante y evidente de la ambición, tiene necesa mente que producir la carencia en los otros se

puesto que el patrimonio de la tierra, limitado y pequeño, no permite que al lado de las grandes fortunas vivan más que míseros y pobres, y la lucha sostenida entre el mandamiento divino y la ambición humana, ha permitido que exista un general descontento, y ha colocado á los hombres y á la sociedad entera, en una situación crítica, creando esa protesta vigorosa que se llama problema social, fruto de la ambición y fruto dolorosísimo. Ese afán inmoderado de poseer que todos padecemos, y me incluyo entre ellos, aun cuando mi conciencia me excluye, ha formado indiscutiblemente una atmósfera de descreimiento y de relajación; la ambición lo ha parido y el egoísmo lo amamanta; hemos llegado á una situación espantosa; á una situación de egoísmo, de avaricia, de odios, de rencores, de personalismos y de miserias. El sistema acomodaticio de una cruel filosofía, ha llevado entre los pliegues de sus abstracciones, á la sociedad su perdición; lo lamentamos con toda nuestra alma, pero con toda nuestra alma lo criticamos y protestamos de ello, porque entendemos que estos sistemas de comodidad, que tales frutos engendran, son contra la economía racional, contra el derecho natural, y desde luego contra la voluntad del Creador, bien clara y bien definida. El egoísmo engendra sin duda el odio, y el egoísmo individualista ha venido produciendo una represalia colectiva, cuyas consecuencias ya hoy se tocan y más se tocarán en adelante. El egoísmo es una perturbación constante, y la ambición que tanto le ayuda tiene en ello grandísima parte. No tiene, pues, justificación ni defensa; es inútil que algunos lo pretendan, pues los deseos de éstos se verán estrellados en el común y general sentir de las gentes, que entienden que la ambición existe para desgracia de la especie humana; que su existencia es perjudicialísima y que en tan execra-

ble delito no puede admitirse ningún grado, porque cuanto huela á ambición tiene en contra suya seguidamente, los sentimientos, los afectos y las voluntades de toda alma generosa.

La ambición engendra muchos delitos, y por ella se cometen muchos crímenes; el robo no es más que una ampliación de ella, una fórmula que buscan algunos para complacerse y lograr la ventaja egoísta que la ambición le aconseja, y abrevian el camino, resuelven pronto el problema, quitando violenta ó pausadamente lo ajeno, para satisfacer sus afanes de oro y sus deseos de tener. No hay, á mi juicio, cosa más dañosa que esta, puesto que cegando á los hombres en una estúpida ceguera, aconsejándoles locamente la obtención de bienes, á la manera que la serpiente del Paraíso dominó á la mujer y ésta al hombre, con el consejo de comer la fruta que estaba vedada, establece unas peligrosas corrientes de violencia en la sociedad, llevándola por derroteros que no pueden convenirle. La mayoría de los ambiciosos no comprenden que lo son y estiman que sus deseos son libres, que sus aspiraciones nada tienen de penables, y que la pretensión de poseer, siquier sea desmedida y sin límite, no tiene nada de criticable; por ello no se paran en nada, ni nada respetan en su plan y en sus maquinaciones, puesto que el objetivo que se han propuesto, es firme y decidido hasta el extremo de realizarlo todo, antes que retroceder ante un obstáculo. Unamos á esto que el ambicioso es soberbio y altanero; que pierde la fe que dignifica al hombre y solamente rinde las energías de su voluntad y las grandezas del alma, al oro que le tiene fascinado, y juzguemos si esto, á la manera de una gravísima enfermedad, no tiene perturbadísima á la sociedad entera, que sufre los dolores de tan tremendas locuras. El ser que tiene ambición, no hay que du

darlo, es un ser miserable. Le importa poco que el mundo se destroce y que los hombres se mueran, si él va logrando sus deseos, si el oro va entrando en sus arcas ó los honores van cubriendo su persona; satisfacciones quiméricas, de las que habrá de arrepentirse, cuando la hora de su muerte despeje su perturbada inteligencia y le presente á la vista sus crasos errores, sus necias aspiraciones. De ello no cabe dudar. Yo recuerdo una décima de un grande poeta español, de Lope de Vega, que afirma entre la sonoridad de unos versos magistrales, que el deseo de tener y más tener, no es más que ir creando un fiscal acusador para el día de la muerte, fiscal que pedirá cuenta de la conducta y del empleo de aquellas riquezas amontonadas, fiscal inexorable que contrapesará en los oídos del ambicioso, con el eco de su voz de justicia, de su acusación y de sus críticas, el ruido ya perdido del oro que tanto le seducía y le agradaba, puesto que las grandes posesiones de la tierra, luego de dar aquí en la tierra sus frutos, sirven únicamente de bagaje pesadísimo para el día del juicio de la eterna justicia, día en que tendrá que darse una minuciosa cuenta del uso ó abuso de aquellas fortunas, de aquellos dineros, que solo pertenecen al rico en concepto de administración. Doblemente por esto la ambición es una locura. En la tierra malquista voluntades, enciende odios, martiriza á los que la cultivan, y luego en el viaje de la eternidad, hará del ambicioso un procesado cargado de delitos, lleno de pecados, á quien únicamente puede salvar la divina y eterna misericordia.

No es fácil que comprenda quien tiene un alma generosa, el alcance de maldad que tiene la ambición. Son términos tan antitéticos que uno á otro no se comprenden y se ignoran. El interesado por su propia grandeza y por su medro, no puede alcanzar que haya

quien después de atender sus necesidades más imperiosas, se ocupe de sus semejantes, cumpliendo así un estricto deber moral; quien nunca se satisface porque su ambición es ilimitada, no alcanzará jamás que existan seres satisfechos, porque la satisfacción para ellos es un eterno fin al que no llegarán nunca. El pródigo será para el ambicioso un ser especial, y si se descuida le llamará derrochador, porque el egoísta todo lo estima dilapidar, todo le parece gasto superfluo, todo es vicio, y lo suyo no lo es; el guardar sin mesura no es vicio; el vivir sin orden para amontonar oro no es delito, y el andar siempre á busca de guardar, como la urraca, no es malo; lo creerán ellos, que en esto como en lo demás, andan bastante equivocados, porque nosotros y con nosotros todos los sanos moralistas, lo estimamos bastante criticable. Y no puede ser de otra manera; ellos no comprenden que haya quien dé; sí que haya quien pida. Lo propio no saldrá jamás de sus arcas, ni á la sombra de sus honores y de su grandeza, dejarán que nadie prospere, porque creerán que esto les puede restar algo de su posición, algo de su propiedad, y el temor de que algo desaparezca es el eterno fantasma que les persigue, en unión del fantasma del oro, con cuya pesadilla pasan sus noches y sueñan despiertos como alucinados, que en los extravíos de su razón inventan quimeras imposibles y verdaderas utopias. La comprensión del desinterés es un verdadero problema; el creer que haya quien difiera de sus pensamientos, que les parecen tan perfectos, es una cuestión que hondamente les preocupa, porque estiman que es una locura, á fin de no reconocer esta protesta que la parte de la sociedad desinteresada y generosa hace de su conducta, odiosa en demasía, porque es una contradicción manifiesta de un noble sentimiento. El corazón lo tienen endurecido porque así lo requiere su

ambición; y ni las lágrimas del pobre, ni los bostezos del hambre, ni el estertor de la agonizante miseria podrán arrancar un acto generoso y sublime de quien ha puesto en el centro de su alma un trono al oro, y en su corazón una barrera á los sentimientos levantados, negándose á sí mismo en virtud de sus necedades, las más gratas de las satisfacciones humanas, como son, sin disputa, favorecer al necesitado, dar comida á quien de ella carece, y levantar de los antros de la miseria á seres como los demás hijos de Dios y partes integrantes de la humanidad á que pertenecemos. Inmensa locura la ambición; tremendo desvarío. Lleva al hombre á su capricho, á negarse todos los goces que la tierra puede dar y le cierra las puertas del cielo, haciendo que su paso por éstas, sea más difícil que la entrada de un camello por el ojo de una aguja. La ambición enajena voluntades, aumenta las penas, duplica los disgustos y los sinsabores de la vida; solo produce dinero y cavilaciones alejando al hombre de Dios, separándolo del bien y encenagándole en la hedionda basura del más cruel de todos los materialismos: el materialismo del oro.

No he comprendido nunca ni comprenderé jamás, á qué placer conduce, y qué fin se proponen, la ambición y los ambiciosos. Querer es un suplicio, y la pretensión constante es una verdadera pasión á que por un gusto sin duda están supeditados los que han puesto todas sus energías y han dedicado su vida á tan torpes y misérrimas pasiones. Es anticristiano, antimoral y antisocial por añadidura. No puede amar al prójimo el que se quiere más á sí mismo que á los demás, y es ambicioso, pese á los derechos de sus compañeros en la peregrinación por la tierra. De aquí que la ambición sea anticristiana, porque olvida al prójimo y se olvida de Dios al no seguir su santa doctrina y cumplir sus

santos preceptos, en torpe conducta, y en estúpida ignorancia sumergido, abandonando el más noble, el más alto, el más sublime de todos los sentimientos cristianos: la hermosa caridad. Es antimoral, porque la moral aconseja el concierto y la unión, y sintetiza todos los impulsos nobles de la humanidad, pero no las miserias; no una miseria tan profunda y vergonzosa como la ambición, que á la manera del cáncer que corroe y pulveriza el organismo, va por el mundo dejando en la Historia y en la tierra, en lo que supervive, las señales sangrientas de su ímpetu y de su maldad. Es antisocial, porque es contra la sociedad y contra el orden, contra el concierto de los pueblos y el concierto de las familias y de los individuos, separando voluntades y creando intrigas, que hacen de la sociedad un hervidero de pasiones, y de la tierra un campo de batalla continuo y ensangrentado. No puede, no, ser de efecto bienhechor, una pasión que más que otras predispone al materialismo, separando al hombre de sus grandes ideales, para llevarlo de la mano á la mansión de la nunca saciada sed de oro y de honores. No puede engrandecer á la humanidad un capricho mundano que todo es ruindad y pequeñez. Separa de Dios y abre un abismo entre los contemporáneos. Atrofia los impulsos grandes que congénitos existen en el hombre, y como la lepra que todo lo invade y lo apesta, ha roto el lazo de unión de los hombres, ha enloquecido al individuo y hunde á la colectividad humana, á virtud de su poderosa ponzoña, en el desagrado de Dios, en el eterno infierno de la Historia.

CAPÍTULO IV

LA SOBERBIA

La antítesis de la humildad es la soberbia, y siéndolo tiene con ella un grande parecido: la facilidad con que ambas á dos delatan á quienes las cultivan. El soberbio va por todas partes diciendo, en sus ademanes, en sus miradas y en su total continente, que se halla entregado á sus mayores locuras y que enfatuado y necio, se cree más que nadie y es menos que todos. El humilde va por todas partes dejando la estela de sus virtudes, las pruebas de su valer y de su mérito. Al uno le parece pequeño el mundo y reducido el horizonte; breve la vida, escaso el ambiente, todo cree que se le ha dado en pequeñas dosis; al otro todo le sobra, todo le parece excesivo; desde el aire que respira hasta la posición social en que se halla colocado. Uno no ve más allá de la personalidad propia; el otro traspasa los límites del mundo y se nutre en la personalidad divina, hallando en lo inconmensurable de Dios, la idea del infinito, imposible de hallar en las ruindades humanas; imposible de encontrar en las miserias terrenas. El soberbio se ahoga; el humilde respira pausadamente como temiendo gastar más oxígeno del que le corresponde. El soberbio ambiciona á la continua; el humilde rechaza á la continua también. Uno pide siempre, como creyéndose con derechos es-

peciales; el otro siempre agradece, como sintiéndose favorecido por bondades á que no se cree merecedor. Uno mira al cielo, porque en su humildad que reconoce, está ansioso de ver grandeza; el otro mira siempre al suelo para medir su individualidad, de suyo tan ridícula y pequeña. El humilde y el ambicioso van por todas partes dejando la convicción de sus temperamentos, que siendo tan antagónicos, tanto se parecen en su notoriedad.

No comprende nunca el que todo cree que le falta, al que todo cree que le sobra. El perpetuo deseo de tener y la continua utopia de creerse superior á los demás seres, embota mucho y atrofia demasiado los sentidos y la razón. Y el ambicioso es un mentecato perturbado, que creyéndose dueño del mundo, carece de lo más primordial y necesario: del sentido común, de la indispensable razón y de la lógica. No filosofa más que á través del prisma de sus pasiones, y su raciocinio anda en disconformidad con la realidad que lo critica y ahoga. Eterno bufón de la tierra, su misma seriedad hace la carcajada con que la humanidad lo saluda. Cómico convencido del papel que representa, tiene un público que va siempre dispuesto á la chacota, siempre ansioso de la risotada escandalosa, de la burla cruel. Sus amaneramientos de grande causan el desprecio de los hombres de mundo; sus palabras de alucinado, producen la lástima de los que comprenden su loca ilusión y compadecen su estado mental. El ambicioso es la eterna risa; la eterna chacota, la eterna burla. Se cree en el olimpo, y está entre los escombros de un mundo pequeño, como pobre fósil, como parásito de ese mismo mundo tan reducido. Sueña con que el nimbo de la gloria circunde su frente, sólo le espera el gusano del sepulcro que corcoma s restos y termine con su humanidad. Mira con desp

cio al cielo y á la tierra, y el cielo se ríe de su osadía y la tierra le hace un gesto de lástima. Supone á los hombres esclavos suyos, y es en realidad un esclavo de los demás hombres. Orgulloso y pedante y mal hablado y descortés, obtiene en pago de su vanidad un solemne desprecio, un significativo desdén. Habla alto, como queriendo confundir, y él mismo debiera confundirse al escuchar la modestia con que se le contesta, que debe amilanarle y reducirle. Grita como fiera, y le contestan como la oveja. Mira como señor y le miran con lástima. Y nada lo comprende: sigue apegado al castillo de naipes de su vanidad, sin notar siquiera el tenue vientecillo que lo mueve; sin presumir el próximo vendaval que lo derrumbe. Tipo quimérico y ruin, á sí mismo se niega; á sí mismo se desprecia. Desconoce que la humildad es una virtud; estima que la soberbia es un mérito. Marcha sin orden y sin gobierno por el proceloso mar de la vida, llena su cabeza de necedades, ahito su corazón de osadía, para dar al finalizar su existencia terrena, con la claridad de la justicia de Dios, que le hará ver su delito y que si le perdona necesita de su infinita misericordia.

Muchos delitos y muchas torpezas engendra la soberbia. Quien la padece es á la manera del reptil, perjudicial y peligroso en demasía; para sus satisfacciones todo lo usa, de todo abusa y todo lo sacrificará si para ello es menester. Adorador el soberbio, de una falsa divinidad, en sus adoraciones á tan brutal pasión humana, pone en los holocaustos de su debilidad cuanto puede recoger, y poco le importa todo, porque así cumple sus deseos y se llena de honores y se repleta de necedades, que tales y locuras son sus caprichos malsanos. El crimen será cosa corriente y no pecaminosa para él, si el crimen es necesario á sus planes de enfatuado bufón. Todo debe servirle para

su engrandecimiento; nada debe oponerse á sus inicuas pretensiones. Y luego ¿para qué? ¿Qué papel representa el soberbio en la sociedad y qué papel representa en el mundo? un juguete; un tipo; una calamidad viviente, que absorbe con su aspiración de bestia desenfrenada, el aire necesario para la vida de otros seres; el sitio preciso para otras criaturas de más merecimientos que él, de más títulos para ocupar aquellos lugares, que en una usurpación manifiesta, ocupa por abuso imperdonable. Esto es el soberbio; una langosta que en plaga ha caído sobre la humanidad, esterilizando grandes energías, asolando grandes plantíos de la ajena cosecha, del ajeno talento creadas; una plaga mucho más grave, mucho más insufrible que las de Egipto, puesto que aquéllas eran plagas que atacaban la parte física del globo, pero no como esta terrible del soberbio, que ataca la parte moral y espiritual de los hombres. El soberbio es una negación del hombre; una aberración mental que corroe el organismo intelectual de la humanidad. Se sacia en el oro y estima que el oro á todo lo conduce; estima que esta barrera durísima no podrá ser rota por el empuje de las clases menesterosas, de las clases pobres, que hoy á virtud de teorías ampliamente socialistas, amenazan trastornar y modificar esencialmente el aspecto social de este planeta que habitamos. Utópico y obcecado, se deja llevar del espíritu quijotesco que le invade, arrostrando todas cuantas burlas trae consigo y aparejada su loca fantasía, dada de modo tan lamentable al error. Aparenta no conocer las necesidades de los hombres; sólo conoce sus aspiraciones desmedidas, y su soberbia cruel. Pretende escalar los cielos levantando su cuerpo de pigmeo sobre un falso pedestal que tiene una base enlodada y una cumbre podrida, que tenue vientecillo puede ti-

rar á un soplo imperceptible. Marcha sin orden, sin gobierno, loco y perturbado por el desierto de este mundo, donde para vivir es necesario rendir el materialismo á la fuerza creadora de lo ideal, que sostiene la imantación de lo puramente terreno con lo hermosamente divino, haciendo posible la conjunción de dos fuerzas que se combaten sin tregua y sin descanso. Se niega á sí mismo los grandes deleites que la caridad y el amor proporcionan al alma, optando estúpidamente por sus goces efímeros y falsos, parecidos á fugaces estrellas, tan pronto apagadas como encendidas por una casualidad cósmica que las crea y las impulsa. Rinde su culto á una filosofía de comodidad, forjada en los antros del error, en cuya filosofía y en sus necedades, invade y llena su cerebro de locas pretensiones.

Hoy más que nunca debemos pasmarnos ante la existencia de ser tan misterioso, como el soberbio. Hoy que el mundo se conmueve á virtud de profundísimas revoluciones en lo político y en lo geológico, es más de maravillar que una tan loca pretensión humana como es la soberbia, subsista y germine, ante tan poderosos ejemplos que aconsejan la más hermosa dejación á los bienes terrenos, que al fin y á la postre son temporalidades misérrimas. Hoy que las ideas se presentan escuálidas de individualismos, para confundirse todas en un colectivismo peligroso, hoy no tiene, como nunca, pero menos que nunca, razón de existir el soberbio. Yo no me lo explico, yo no alcanzo á comprenderlo. Todo lo combate y todo aconseja su desaparición. Si vemos el aspecto psicológico de la soberbia con el criterio ortodoxo y salvador de las ideas cristianas, el soberbio es un pecador que desacata á Dios y desobedece sus primordiales doctrinas, víctima de una aberración lamentable, presa

de una pasión malsana, trastornado por una loca fantasía. Mas si lo vemos á través de las ideas modernas, de estas ideas modernas que como mar sin contención se han desparramado por toda la redondez del planeta, á la manera de un endriago filosófico que todo lo toca y todo lo invade, el soberbio anda en discrepancia con lo que estas modernas teorías proclaman y aconsejan. Nosotros consideramos al soberbio un verdadero desgraciado que sufre las naturales consecuencias de quien, ciego y obcecado, se lanza á las más atrevidas y peligrosas aventuras. Lo consideramos un miserable á quien la estrechez de su capacidad intelectual le niega otros horizontes más amplios, y le hace de precisión buscar su norte en la ridiculez de su humanidad, hipertrofiando para su consuelo y en alas de su ilusión, lo que es tan reducido de suyo, y pretendiendo con ignorancia de mentecato desafiar la grandeza del infinito y la eternidad, con empinar su persona sobre sus pobres talones, y con hacer grande su existencia con bravatas estúpidas de embravecido parásito. Podrá, sin duda, el soberbio, víctima de su locura y en este especial estado patológico, sentirse soñador como Mahoma y figurarse que luego de sus desvaríos sobre la tierra, le espera en la eternidad, cuando la ruindad de su vida humana se concluya, un mundo de felicidades y venturas, más venturoso y más feliz que las edades soñadas por la Sibila de Cumas si buscamos el concepto mitológico, más divino y más hermoso si nos deleitamos en el deleitoso concepto cristiano. Pero si el soberbio no está loco, si su cabeza obra con equilibrio orgánico, si no ha perdido el regular funcionamiento de su inteligencia y persiste en sus aventuras desacreditadas y odia pobre y desatiende al necesitado, y se crece más y n en el castillo de naipes de sus ilusiones, entonces

no tengo inconveniente en afirmar que el soberbio es el más miserable, el más misterioso é incomprensible de todos los hombres.

Y más hoy, que diariamente se presentan á quien en brazos de la soberbia se encuentra adormecido, numerosos ejemplos y avisos cariñosos de la Providencia, señalando con paterna mano el cáncer que corroe su alma y que le separa de Dios, en el más horrible de los alejamientos. Este trepidar extraño de la corteza terrestre; estos horribles cataclismos geológicos que en estos días se desarrollan, debieran con su sublime y pavorosa grandeza intimidar al necio que se cree grande y que tiene tan grandes espectáculos con los que comparar y notar su pequeñez microscópica. Pero nada le hace ver la luz y oir la razón: su pasión es grande, y en ella se ahoga de buena voluntad, con deleite solamente en su locura disculpable. El caso del Duque de Gandía á quien la fetidez de un cadáver conmovió y le hizo descender del pedestal de las glorias humanas, es raro desgraciadamente: San Francisco de Borja no tiene imitadores. Y debiera tenerlos; porque ningún puesto ó lugar más apropósito que uno alto, para comprender las miserias que padece la humanidad; nada mejor que una torre para ver que los que andan por abajo son insectos de la tierra, que un estornudo de la naturaleza pulverizaría. Yo recuerdo á este respecto, una fábula española, llena de amarguísima verdad, y como es oportuno, aquí la extracto. Dormía un pastor bajo un árbol, dominado de la soberbia, y en su ruda filosofía hacía consideraciones en su mente, sobre la grandeza del destino del hombre, del papel que juega en la comedia humana, en este gran laberinto que se llama mundo; y cuando su fantasía se remontaba á lo infinito, cuando se consideraba inmenso, un águila

que dormía en el árbol, batió sus alas, y el pastor huyó, por un horror inexplicable dominado. Esta es la exacta verdad de lo que es el hombre. Un sueño quimérico lo turba el volar de un pajarillo. Una ilusión se desbarata con un tan tenue vientecillo como el producido por un abanico. Sueños é ilusiones: esta es la verdad; sí, pobre humanidad; te lanzas locamente á perseguir una felicidad que no puedes alcanzar. ¡Vives en una continuada ilusión, fantástica y peligrosa! Hay quien dice que no sería de otro modo posible la existencia, que no se podrían sobrellevar los golpes del mundo, si el corazón humano no estuviera entregado á sueños de neurosis, á fantasías nigrománticas, venturas de hadas y glorias de sofismas. Esto es falso, esto es de un materialismo que espeluzna. Es posible, sí, la existencia en la tierra sin esas ilusiones y sin esos engaños. Es fácil vivir más feliz que con esas venturas falaces, con la realidad filosófica por lema, con la exactitud de la religión por principio. Querer ahogarte, humanidad pervertida, en un caos de placeres para alargar tu vida, es del peor gusto y de la más necia pretensión, idea espúrea. Yo no quiero ni puedo engañarte. Si yo te dijera otra cosa, faltaría á la promesa hecha en la introducción de este libro, de ajustarme estrictamente á los dictados de mi conciencia. ¿Cómo voy yo á negar que sea posible vivir sin esos engaños? La vida es mucho más feliz con la realidad que con la mentira. Una calavera, será si queréis un aviso triste, pero es la realidad. El hedor de un cadáver será molesto á quien le falta el tiempo para divertirse, pero es una realidad hermosísima. Mas ¿á quién molesta el sepulcro, la fetidez y la calavera? Al materialista, al ateo, al que nada espera después de la tumba. Pero quien ve en el sepulcro no más que una transformación, quien consider

en el cadáver la descomposición de un cuerpo en átomos, y en la fetidez la corrupción para esa disgregación necesaria, y ha visto con los ojos de la fe volar el alma á la eterna felicidad, el sepulcro, la fetidez y la calavera, no son más que accidentes materiales sin importancia ninguna.

Con esta hermosa realidad pugna la soberbia; con ella sostiene un combate á brazo partido. Verdaderamente es cosa triste, pero razonable. Quien tiene en el mundo un concepto de su personalidad sobresaliente, la quiere separar de las miserias y ruindades á que los demás seres están supeditados; la quiere enaltecer hasta el extremo de considerarla independiente de los fines generales á que está llamada la humanidad. Esta es la utopia del soberbio; se considera especial, separado de la comunidad humana, y para dar forma á este loco y atrevido pensamiento, se olvida de la muerte, de la obligación social para con los pobres, de la obligación espiritual para con Dios; es cómodo el procedimiento, pero es bastante equivocado. Por no pensar en la muerte no por eso la muerte se retarda; quizás viene más pronto; desde luego viene más inopinadamente. Por olvidar al pobre, el que ocupa los altos puestos del mundo, no por eso le va mejor en su pedestal, sino que en los cimientos de su trono le aguardan odios y venganzas, dolorosos y tristes; quien se olvida de Dios, no por eso tiene más lejos su infinita justicia, que ha de castigarlo. Y á esto nada más conduce la soberbia; en estas ilusiones se duerme locamente quien la cultiva. Yo afirmo que el soberbio es una aberración lamentable; que es la negación de la dignidad humana, y que pretendiendo enaltecer su persona, la hunde más, y más la ridiculiza en tan locos afanes de grandeza y singularidad. Consigo pugna, á más de pugnar con todo el mundo. Sin razón y sin

derecho se quiere imponer y logra sólo imposiciones, naturales y justas, puesto que sus caprichos le conducen á muchas acciones que por no llamar de otro modo, llamaremos majaderías. Enemigo irreconciliable el soberbio de la verdad, se hà escudado en la mentira y el sofisma, para dar campo ancho á una fantasía pecaminosa é hipertrofiada en demasía. Ved para juzgar de este aserto, cualquier acto de los muchos que se realizan diariamente en el mundo, engendrados por una soberbia imponderable. Considerad esos modales altaneros é imprudentes de quien se siente dominador de muchos, cuando ni aun siquiera domina sobre su persona, supeditado á voluntad superior, á merced de la voluntad de los demás hombres sometida. Estudiad esos lujos superfluos é irritantes que se lucen por las calles y por los teatros, y observaréis que la soberbia ha dominado á la encopetada señora que entre los pliegues de sus vestidos de seda y como queriéndolo obscurecer con el brillo de sus alhajas y las luces de sus brillantes, pretende ocultar sus miserias y cubrir sus horrorosas imperfecciones morales ó físicas. Seguid, seguid en este análisis de la sociedad; desentrañar muchos misterios, inquirid los principios de algunas personas, observad la conducta de esos mismos que sueñan con que la tierra tiemble bajo sus plantas, como bajo las pisadas del caballo de Atila, y así de esta manera vendrá el pleno convencimiento de que todas esas soberbias y todos esos alardes y todas esas veleidades, no son más que locuras, y locuras imperdonables.

Y soberbio ¿por qué? ¿En qué se fundamenta la soberbia? ¿En el nacimiento tal vez? ¿En los cargos que se desempeñan? ¿En la fortuna quizá? Yo no lo sé; no quiero saberlo. En el nacimiento no debe fundamentarse la soberbia; no sabe uno dónde ha de nac-

no cabe por tanto escoger padres, ni buscar cunas, ni elegir si se ha de tener sangre azul ó sangre plebeya; y además, que esto ya ha pasado de moda y ha muerto política y socialmente considerado. No es cristiano tampoco abusar del nacimiento para imponerse á los demás; está en contra del credo de Dios, en contra de la santa doctrina de Jesús, que nacía en un pesebre, quien era rey de cielos y tierra, á cuya voluntad soberana estaban todos los tronos y todas las jerarquías; no es cristiano de ninguna manera imponer á los hermanos, por nacer antes ó después, ó de esta ó de la otra casa más distinguida ó ennoblecida, una voluntad caprichosa; no puede ser cristiano, porque el Hombre-Dios que predicara la doctrina cristiana en la redentora etapa de su vida sobre la tierra, enseñó la humildad, y quien pudo hacer saltar de las sienes de los reyes el peso de la corona, tuvo sobre su frente, en son de befa y escarnio, una corona de espinas. Tampoco pueden los cargos justificar la soberbia. A un cargo se va por muchas circunstancias, muchas veces por casualidad; no es soberbio el hombre de talento, porque hay que distinguir bien entre la soberbia vanidosa y la defensa entusiasta de los derechos de cada uno, de los méritos propios. Por esto el talento no participa (salvo excepciones) de esa soberbia que porque se lleva ó porque se adquiere en el destino elevado, empequeñece y anula á quien lo ocupa y lo deshonra con sus quijotescas é insustanciales bravatas. Y de ningún modo puede el cargo justificar la soberbia, porque esto sería lo mismo que un ciudadano de Londres se burlase de uno de Casas Viejas, por vivir uno en la metrópoli inglesa y otro en la aldea de Medina. El que ocupa el alto puesto podrá estar en él por méritos, por fortuna, por casualidad, por muchas circunstancias; pero en ningún caso debe imponerse

desdeñosamente sobre el pobre que por otra casualidad vive en medios más inferiores y en escalas más humildes. Y queda la fortuna para justificar la soberbia. La soberbia fundada en la fortuna, en los medios metálicos, es todavía más ridícula si cabe, más pecaminosa si es posible, que la soberbia en otras razones fundamentadas, con serlo éstas en grado superlativo. Un azar, un negocio feliz, una herencia, un hallazgo cambiando de modo radical la manera de ser de un individuo, transformando sensiblemente un carácter, perturbando profundamente un alma; ¿hay locura mayor? ¿Debe por ventura el antes humilde trabajador transformar su continente, su voz, su manera de ser, cambiar de amigos, olvidar el terruño, el taller, la fábrica, porque Dios hoy ha querido colmarle de bienes, y de pobre hacerlo rico, y de obrero patrono, y de dependiente jefe, para confundir así su antes humilde personalidad con su personalidad de ahora, igual exactamente, más noble quizás la primera, porque en ella estaba más en su carácter, había menos ficción y más sinceridad? ¡Ah! si esto ocurre, de lo más odioso es ejemplo, de lo más miserable testimonio. Y el que no ha cambiado de posición, el que nació en ella y en ella continúa, y funda su soberbia, su orgullo, su pedantería en sacos de oro, en títulos de deudas públicas, en acciones ó en billetes, perdonadme la crudeza del calificativo, éste es un mamarracho.

Y de que la soberbia es antirreligiosa, ni que hablar hay; ya en otros lugares de este mismo capítulo hemos hablado de ello; mas lo hemos hecho de un modo accidental. Pensábamos dedicarle la última parte de ésta de nuestro libro, en la que á la soberbia nos referimos. Y quedamos con sentimiento porque la exigencia de ocuparnos de otras cuestiones, nos

privan de hacerlo con más extensión. Porque á la verdad, tiene la soberbia con la religión una lucha cruel. La religión toda es humildad, porque en ella, á través de la verdad evangélica, vemos la pequeñez de nuestra persona, y reconociéndola, observamos nuestra necesaria humildad para contemplar lo grande y lo sublime que nos dirige y nos mantiene en el planeta que habitamos. Con este principio fundamental no está conforme el soberbio; no puede estarlo, siendo como es el soberbio, un ser que se cree superior á los demás seres, y claro es, que no puede andar bien con una religión como la católica, que pone por encima de todas las prosapias y necedades humanas, una misma finalidad para todos, un mismo principio para todos también. Y si no queremos acudir á la religión sublime del Crucificado, para encontrar una prueba evidente con que mortificar la pedantería del soberbio, busquémosla en la misma Naturaleza. Preguntad á la madre del plebeyo cómo parió á su hijo. Repetid la pregunta á la madre del noble. Os dirán ambas que les costó profundos dolores y una preñez de igual tiempo y de igual proceso. Preguntad al huérfano del noble cómo murió su padre; preguntad al hijo del plebeyo cómo dejó de existir el suyo; con igual sudor frío, con idéntica convulsión epiléptica, con las mismas siniestras notas de la muerte que se apoderaba de los cuerpos que reclamaba, para cobrarles el mismo tributo que tenían que pagar. ¿Dónde está la desigualdad? ¿No ha nacido el uno lo mismo que el otro? ¿No ha muerto uno igual que el otro también? ¿Dónde está, pues, el fundamento de la soberbia? Y, además, ¿no nos manda Dios que nos tratemos como hermanos? Y si existe el soberbio, ¿dónde está la fraternidad? Luego la soberbia es una desobediencia á Dios y una imposición á la Naturaleza, que á todos los cría igua-

les. ¡Desobediencia á Dios! ¡Qué horrendo delito! ¡Negar el acatamiento al Supremo Hacedor de todo lo creado! ¡Llevar la soberbia y la pedantería hasta desobedecer á Dios y lanzar á los cielos algo así como un desafío!; ¡pretender igualarse en poder y en omnipotencia á quien, desde las alturas de lo eterno y de lo infinito, mira con ojos de misericordia lo que pertenece al tiempo como un segundo y á lo finito como un átomo! Huir de Dios por el pecado, es lo mismo que marchar al abismo insondable; ser soberbio, es huir de Dios por el mayor de los pecados. Véase, pues, si la soberbia es contra la religión, el soberbio no puede ser religioso.

Terminemos ya este cuadro que la soberbia nos ha inspirado. Lástima y desdén, más que otra cosa, debe merecernos quien en el necio capricho de la soberbia ha caído, como loco imperdonable. Tiene la cabeza en desequilibrio y por este hecho merece lástima. Se ha separado de Dios y merece conmiseración. Anda en mal con la sociedad y merece desprecio, que con la lástima se confunde. No seamos, pues, con el soberbio, duros en nuestros ataques, ni le olvidemos en nuestros deseos de que la humanidad vaya lentamente curándose de sus heridas y de sus enfermedades. Bien lo necesita. Después de todo, sin que retiremos ninguna de las censuras que la soberbia nos ha inspirado en el curso de este capítulo, el soberbio es una consecuencia natural del medio egoísta en que la humanidad se desarrolla. Todo es absorción y de esto viene necesariamente aquello, que es su legítima consecuencia, como de los polvos vienen los lodos en los caminos y en las carreteras. Se rinde un culto estúpido al dinero; se lisonjea bajamente á quien lo pos
y yo si quisiera, mejor dicho, si no me lo vedasen
respetos que debo á mi anónimo lector, yo pondı

aquí algunos ejemplos tristísimos y horrorosos que darían á mi aserto, definido aspecto de amarga, pero innegable verdad. Se ha creído toda la humanidad que no hay más dios que el lucro y que su misión sobre la tierra no es otra que librar batallas encarnizadas para la obtención del oro, que luego ha de quedar en la tierra, porque á la otra vida no van tales equipajes; se ha creído esto y se engendra la ambición, y de la ambición y la necedad y la locura mansa, se engendra la soberbia, que es su hija más lógica, que es su inmediata consecuencia. Yo no sé adónde irá el mundo á parar si á fuerza de quimeras corre la humanidad indefinidamente por estas locuras engreída, á lo largo de la revolución de costumbres que todas estas cosas significan y preparan. Ignoro la finalidad utópica que se persigue y la finalidad real que se logre. Pero no puedo menos que lamentar profundamente, que el mundo marche por tan tortuosos caminos, sin saber adónde va, qué obtendrá y si el fin último de su existencia en el planeta será el abismo insondable, ó el amplio infierno de la perdición. Lo sentimos con toda nuestra alma, porque pensamos seriamente en el porvenir de la humanidad. Creemos que nosotros, nuestra individualidad es muy pequeña, nos consideramos socialmente como una insignificante partícula del conjunto que se llama creación, y precisamente por ello, más nos fijamos en el porvenir que le aguarda á la especie, que en lo que egoísta y personalísimamente pueda interesarnos. No se dirá que esto es de soberbio ni de ambicioso. Sinceramente declaramos que nos importa más, mucho más el porvenir colectivo, que el nuestro personal, porque no desconocemos que nuestra existencia material es tan corta y tan insignificante, que nada representa en la larga historia del mundo, en el principio y en el

fin de la especie á que pertenecemos. Somos cristianos y creemos con fe indestructible en que los caminos que nos señala la sana moral cristiana y la hermosa filosofía de nuestra religión, son más limpios y más expeditos que estas trochas por que los embaucadores llevan á la humanidad. Todo contribuye á este horroroso desconcierto; las impiedades modernas, el anarquismo que se ha apoderado de nuestras clases trabajadoras, el egoísmo que habita los palacios y custodia los caudales, todo, de un modo poderoso y decisivo á crear esa situación por que atravesamos, con sed de paz, sed de justicia y deseos de santificación; no vemos el oasis en este penosísimo desierto. Y en este cuadro horroroso que nos presenta la sociedad moderna con sus inmensas relajaciones y tristes desvaríos, vemos flotando como en las cenizas de un incendio ó en las ruinas de Troya, el maléfico espíritu de la soberbia, que cual aparición siniestra, lucha y vence á la hermosísima humildad.

CAPÍTULO V

LA INCREDULIDAD

Que vivimos en un siglo de ateísmo, lo demuestra cualquiera de los numerosos ejemplos que se presentan á quien quiera observarlos. Que esto es dolorosísimo y triste, lo afirmo yo resueltamente. ¿Dónde va la razón humana en brazos de la negación de todo, no creyendo más que lo ridículo y misérrimo que se presenta á los ojos mortales? ¿Qué se propone el hombre á quien su imaginación obscurecida le aconseja que forje un pensamiento atrevido, y que en alas de este pensamiento embargue sus sentidos con la absoluta negación de lo más grande y más hermoso que existe en la humana inteligencia? ¿Adónde se dirige una parte de la humanidad, que cerrando sus ojos pecadores á las grandezas y hermosuras de unas creencias salvadoras, se entrega en brazos de una verdadera locura, que sólo le llevará en el vertiginoso laberinto de sus infernales patrañas, á un mundo hediondo, á una tierra aleve, á un estado de bestialidad tristísimo? Sí; á esto no más conduce el ateísmo; porque no puede producir otra cosa; quitadle á un hombre la fe, y le habréis quitado su organización espiritual, de la misma manera que si quitáis á un pez sus órganos respiratorios en el agua, no vivirá en la tierra ni en parte ninguna, y le habréis quitado la vida; quitad á la humanidad el nim-

bo de su fe y el horizonte de sus esperanzas, y habréis dejado convertido este planeta que rueda en el espacio, en un monstruo que ruede en la impiedad y en el crimen; quitad al hombre su esperanza, y habréis armado el puñal del asesino, de una irresponsabilidad horrorosa, y de un veneno mortífero á la continua; seguid, los que pretendéis esta obra de destrucción y de desquiciamiento; seguid esta empresa, y cuando os hayáis cansado de tan infame tarea, cuando gritéis desde lo alto de un patíbulo, que es donde iréis, ó de la profundidad del abismo en que caeréis sin duda, cuando cantéis desde estas cumbres ó de estas profundidades, vuestro canto de victoria, vuestro himno de gloria, la humanidad atónita, avergonzada, horrorizada sin duda, tascará el látigo con que la conciencia universal en un rapto de justicia, en una hora de reinvindicación, fustigará vuestras espaldas y maldecirá vuestra frente con la mayor maldición de los siglos.

He comprendido y comprendo, las luchas políticas, las luchas dinásticas, las luchas filosóficas; pero no he comprendido jamás ni espero comprenderla nunca, esta lucha entablada entre el ateísmo y la fe. Pretender encerrar á un hombre, águila de la inteligencia, en el círculo de hierro de un ateísmo, me parece que es hasta contra la dignidad humana, que todos tenemos el deber de conservar incólume. Quitar la fe, es quitarle á la vida sobre la tierra, los pocos atractivos que ésta tiene; es llevar á la humanidad al estado de bestia, es uncirla al carro donde los irracionales prestan el concurso á la creación que la voluntad del creador les impuso. Nunca he comprendido el ateísmo y no lo comprendo, porque sintiendo bullir dentro de mí algo que no tiene relación alguna con lo que veo; (está en disconformidad con las fuerzas físicas que sie to por otro lado moverse dentro de mi organizaci

humana, no alcanzo cómo esa fuerza que vamos á llamar espíritu, y que es alma, puede paralizarse á una quietud tan reposada como es el ateísmo; no comprendo cómo lo que es más ágil que la electricidad y más rápido que cuanto puede servirnos de comparación, puede dormirse en un sueño tan reposado y tan profundo como el ateísmo exige; no comprendo cómo esta fuerza, esta influencia que ejerce en mi espíritu avasallador dominio, que me maneja, que me conduce á su talante, que juega con mi cuerpo material, con ese desenfado que usa quien tiene sobre otro, poderoso ascendiente, cómo puede habituarse en otros seres, que en mí no se habitúa, á ese estado de postración, de huelga, de atonía, que el ateísmo le impone; yo no podría permitirlo, yo no podría tolerarlo; mi alma se subleva contra el ateísmo, porque mi alma no puede seguir ese plan de odio hacia lo que es grande y hermoso; mi alma alza los ojos al cielo, porque si los fija mucho en la tierra teme que se conviertan en barro, y quiere levantarlos para librarlos de materializarse; mi alma traspone ese horizonte material, porque su círculo pequeñísimo, es poco para todas las aspiraciones de mi alma, y pasa el horizonte con arrogancia, llegando adonde ve algo más diáfano, más hermoso que estas míseras y ruines cosas del mundo; mi alma vive más alta que el sol, porque su calor fecundante, con serlo tanto el del astro del día, es poco; tiene hielo entre sus resplandores, y necesita calor más vívido y luz más creadora; mi alma vive más adelantada que mi cuerpo, porque mientras uno arrastra por el arenoso desierto del mundo su pobre figura, la otra recorre con esa velocidad del espíritu, las anchas y hermosas praderas de la fe; mi alma vive en su esperanza; se abraza á la caridad, y unida á la fe, pasa por el mundo, en esos contactos necesarios que la voluntad del Creador

le impusiera, dejando ante mi pobre figura mortal, el hermoso recuerdo de lo que es extremadamente bello y hermosamente ideal.

En estos días de radicalismos filosóficos, es muy oportuno hablar del ateísmo y de la incredulidad que reina en materia de religión. Hoy que se rinden todos los homenajes á novísimas teorías científicas; que en las más extrañas concepciones de la inteligencia, se nutre un mundo esquivo y frívolo por naturaleza; que cunde como la mala hierba, con asombrosa rapidez, cuanto de extraño y perturbador se presenta en este mercado babilónico de ideas peligrosas, parece que es absolutamente preciso escribir de la incredulidad de ahora, en un libro que tiene á su frente el título que lleva éste, y por un autor que siente las ideas religiosas con vehemencia y con arraigo por la convicción que le domina, de que sin ellas y sin una moral que salve y que se apoye en esas mismas ideas religiosas, el mundo entero irá en busca de un hediondo abismo donde sepultar el materialismo y el embrutecimiento que le dominara. Yo quiero dejar aquí consignadas mis caras afecciones, mis convicciones profundas, mis ideas de siempre, porque este asunto que comienzo á tratar, tiene muchos aspectos, y en esta época en que escribimos tiene muchas interpretaciones caprichosas. Porque es como hablar de estrategia en tiempos de Napoleón; como hablar de reformas en tiempos tan reformadores como el siglo XV; como hablar de descubrimientos en tiempos de Colón. Sí, es preciso acentuar la nota; es absolutamente preciso escribir sobre este tema, porque en estos días y en estos momentos, infinidad de seres se lanzan al combate y á la lucha cruel, quizá con mucha ignorancia, pero también con mucho denuedo y voluntad.

Viene pasando en España, en punto á ideas religio-

sas, que en otras cosas ocurren otras también, que se ha pretendido y se pretende por los modernistas en esto, que como en todo los hay, volver á un país eminentemente creyente, incrédulo en poco tiempo y con escaso trabajo. Faltaríamos á la verdad, si negásemos que algunos frutos han conseguido, y que los que como yo piensan quisiéramos que los obtenidos fuesen menores; pero aunque esto es real y positivo, conviene afirmar que la causa que ha producido este triunfo relativo á los modernistas, por no llamarles de otro modo, ha sido y es principalmente, el estado de desquiciamiento y de discordia en que se encuentra la sociedad española, al igual que la francesa y la italiana, nuestras hermanas de origen y raza, porque el desquiciamiento y el desorden son grandes y poderosos factores que ayudan á esta obra, como fácilmente puede encontrarse comprobado volviendo los ojos á la Historia y mirando á Roma.

Es innegable que en los períodos de desquiciamiento es cuando más fácilmente pueden derrocarse los seculares principios en que se cimenta una sociedad. Mal concepto de la moral pueden tener los hombres componentes de una sociedad desorganizada; malas ideas religiosas puede tener quien carece de moral. Y donde falta un freno espiritual que contenga el impetuoso desbordamiento de un materialismo que todo lo invade, sobran esos apóstoles atrevidos que predican fórmulas científicas, según ellos, y que no son más que acicates que lanzan á una sociedad descreída para más hundirla en el delito, y más perderla en el pecado. Donde se han atrofiado todas las grandes ideas; donde se ha muerto el gran espíritu informador de la grandeza; allí donde duerme la fe, no existe ni puede existir otra religión que la acomodaticia que hipertrofia la maldad humana, dándole alientos con la irrespon-

sabilidad predicada, con la impunidad prometida. Mal síntoma es en una sociedad el descreimiento. Nosotros entendemos que la fe es de absoluta necesidad, pues que sin ella no consideramos factible la evolución necesaria que el progreso exige y la humanidad demanda. Sin fe no puede haber evolución, pues ella la impulsa y la dirige; la evolución va á un fin, de la mano de la fe, puesto que ese fin por que suspira el hombre, y esa salvación colectiva que pide la humanidad es invisible, y necesita esa antorcha sublime, que la enseñe y la aliente.

Y que estamos en un período de horrible descreimiento, no hay que esforzarse mucho para verlo. Basta fijarse ligeramente en el concepto en que se fundan las teorías políticas modernas, todas tan en contra del derecho divino. Basta escuchar cualquier discurso de las frecuentes reuniones, ó descifrar el espíritu de la mayoría de la prensa, ó escudriñar en el fondo de la conciencia de la mayoría de los políticos; una de estas investigaciones, nos dará exacta idea del estado religioso de España. Y á la verdad que el error es bastante capital, por parte de todos, amén de que la infección que esta espiritual calentura produce en el pueblo, es mortífera y pecaminosa de modo evidente. No pudiendo ser de otra manera. La humanidad se parece á un gigante que tuviera descompuesto el cerebro, y á consecuencia de ello funcionara mal todo su atlético organismo. Si descomponemos el motor de una fábrica, se parará ésta sin duda y la producción cesará. Si ahogamos á un pájaro dejaremos de escuchar sus trinos, y si entregamos á la humanidad al descreimiento y al libertinaje, ella se deslizará velocísimamente por el mal y por el delito, á la man
que se deslizaría al caos el sol si le faltara la pre
atracción de la cósmica vida. Y la atracción en la

manidad va faltando, porque la atracción es la fe. Sin fe es imposible el progreso y la verdadera civilización. Fijáos por un momento en los pueblos que la han perdido ó en los pueblos que no la sienten, por salvajismo ó por impiedad; no salir con románticas afirmaciones de europeización ni con pujos de adelantos, porque la europeización y el adelanto en su acepción más legal y más exacta, no quiere decir ateísmo ni quiere significar impiedad. Enhorabuena que Italia en sus fiebres revolucionarias cometa grandes torpezas en cuanto á religión se refiere, porque ni sus iconoclastas disposiciones ni sus excesos de demagogia, representan la opinión entera del pueblo italiano, ni ello ha sido tan exacto como quieren los italianísimos, que han tenido la vileza de confundir maquiavélicamente cosas divinas con cosas humanas para embaucar al pueblo, con este sistema de embaucación á la moderna. La más mala cosa que en esto de las ideas y de las teorías puede acontecer, es que se confundan los términos y se amalgamen cuestiones, tales como la que ciertos elementos pretenden confundir, y confunden, de la parte económica del presupuesto eclesiástico con la parte fundamental y dogmática que á la religión se refiere. Esto, y dicho sea á título de divagación, es cosa completamente aparte de aquello. Si se ventila la asignación de un obispo, no por eso ha de discutirse el dogma y la verdad que aquel obispo representa, porque hacer otra cosa es poner á la vista que lo que se pretende no es la economía, sino la impiedad. Y siguiendo con nuestro asunto: enhorabuena que Francia se haya entregado á gobernantes utópicos y soñadores, que no sabemos si llevarán á la república á la grandeza ó á la perdición; pero no dudamos que no representan, ni mucho menos, el deseo unánime del pueblo francés, muy estropeado sin duda,

pero no perdido por completo. La europeización no significa seguir á esos italianos y á esos franceses dados al radicalismo, que bien pudiera ser la europeización seguir á Alemania y á Inglaterra, que se sienten conservadoras en punto á política y que navegan hacia el catolicismo en punto á religión; bien pudiera ser la europeización seguir á la parte de Francia y á la parte de Italia que piensan cuerdamente y desaprueban los excesos de sus alucinados compatriotas; pero ¡ah! que el plan no es el progreso ni la libertad ni nada de esto, sino la impiedad solamente, obra que han emprendido con entusiasmo los modernos fariseos, para gloriarse sin duda con el estrépito de una sociedad que se derrumba, y disfrutar con el espectáculo de una total y dolorosa catástrofe.

Yo estoy más que nadie convencido, que no es posible ni puede por mucho tiempo sostenerse la actual situación de España, en materia religiosa. Podrá decirse que en Francia el radicalismo y el racionalismo se van infiltrando en la médula de aquella sociedad, sin que sobrevengan las catástrofes y las ruinas á que aludo en el párrafo anterior; podrá decírseme que el modernismo, que todo lo toca y en todo se ingiere, se ingiere y toca también en las ideas religiosas, desechando por añejas las salvadoras ideas católicas, para que sean sustituídas por el materialismo y convencionalismo modernos, que se adaptan más en la época y en esta generación entregada á la frivolidad y al divertimiento por norma de conducta. Se me dirá que el error de nuestros padres no debemos consolidarlo los hijos, y que ya en estas alturas, cuando el siglo XX ha abierto su era para consumir una centuria de años del caudal de la historia, y crear y destruir cientos de seres en la creación y destrucción maravillosa de tiempo que tanto gasta y tanto significa, estamos obl

gados por indeclinable obligación, á moldear cosa nueva en esto de nuestro dogma espiritual, para armonizar de camino, la materia que cae á la tierra al propio peso de su atracción lógica, con la espiritualidad sublime que tiende á subir como sube el éter, dejando en las miserias de la materialidad lo que para su ascensión le estorbe ó moleste. Se me dirá que se sigue el universal movimiento de violenta y profunda transformación, y que debemos seguir ese movimiento que se estima acertado, para no ir retrasando en la peregrinación que el progreso y la perfección humana nos han impuesto. Podrá objetarse que ya hoy sobran los frailes y los conventos, y el clero y todo, porque ya ha desaparecido la teocracia, y la influencia que antes ejerciera está anulada totalmente, por ese indiferentismo que se ha puesto de moda. Mas ya que tantas objeciones se hacen, justo paréceme que yo descargue también mis argumentos, para fundamentar el aserto que hace comenzar este párrafo, de que no es sostenible ni puede ser durable, la actual situación de España en materia y asuntos religiosos.

Hoy no cabe duda que está todo trastornado, con un trastorno profundísimo. Convengamos en que la revolución existe, palpitante, severa, de fuerza asoladora. En la economía todo se halla cambiado á virtud é impulsos de todas las variaciones y reformas que han introducido de un lado los inventos, y las necesidades modernas por el otro. Hasta el derecho ha sufrido reformas, y ha variado de colorido en variación ostensible. Todo, en una palabra, se encuentra en un período de evidente metamorfosis, y las cuestiones que con las creencias religiosas guardan relación y contacto, sufren también esta fiebre reformista en que se asfixia el pulmón universal. Mas en España, donde más arraigado estaba el catolicismo; en esta tierra que

arrojó de su suelo la invasión francesa, armada de todas las bayonetas y de todos los credos de impiedad, poniendo sus ejércitos y sus soldados bajo la protección del Pilar de Zaragoza, y cantando un himno de gloria ante el Apóstol Santiago, á quien la fe inquebrantable de este pueblo viera luchar en blanco caballo, contra las legiones de Bonaparte, como hace siglos luchara en Clavijo contra las huestes del Africa; en esta tierra en que se mantienen unidos los lazos de la patria con los lazos de la religión, porque nuestra Historia tan brillante está llena de inmortales grandezas, á la grandeza del catolicismo aparejadas. Y entrara en Sevilla, con todos los laureles del triunfo, un rey Santo como San Fernando; y muriera, víctima del arrianismo un príncipe virtuoso como San Hermenegildo, y apareciera la Cruz en los espacios de las Navas, para alentar á los españoles, que jugaban á las órdenes de un gran guerrero y de un gran cristiano, la suerte definitiva de nuestras carísimas ideas religiosas. Y todos estos hechos, llenando nuestra Historia en el tiempo, de tachones hermosísimos, como se llena el espacio de tachones luminosos, no pueden, no, volver al olvido y morir en la irreverencia, si es que aquí en España ha quedado algo que la dignifique y realce. Porque si es que el catolicismo tiene que informar y dirigir seguramente á una gran parte del contingente humano, y tiene que incendiar en el sacro fuego de su grandeza, á los más distantes países y más separados pueblos de la Historia, porque así entra en el orden providencial que lleva el gobierno de todo, España tiene que ser el vehículo salvador, que llevando en su seno la savia de tan regeneradora doctrina, reparta por todos los ámbitos del planeta el principio salvador del catolicismo, pues á tal obligación la llaman, plan divino que mantiene el concierto universal. Y

deber no puede olvidarse, ni tal obligación ha de quedar incumplida, porque tal cosa equivaldría á restar á nuestra patria y á nuestra personalidad nacional, el alto, el culminante papel de que por voluntad de Dios se halla investida. Así como se nos confió el más hermoso encargo con que plugiese á Dios favorecer á pueblo de la tierra, dándonos el camino de un mundo nuevo, para que España completase el planeta en el más grande y más sublime de todos los descubrimientos, del mismo modo, el favor de ser los defensores y propagadores del catolicismo, es favor á nuestra patria reservado. Por ello cuando consideramos el plan moderno de descatolización que se han impuesto ciertos elementos y ciertos partidos, no podemos contener nuestra indignación al hacernos cargo de lo impolítico, de lo irracional y de lo necio, de tan tremenda y dolorosa conjura. Y con nuestra indignación y nuestra pena, no podemos negar los frutos de tan perturbadora empresa, frutos que tenemos que confesar, porque de ellos ha venido el laicismo en que se atrofia parte de nuestra enseñanza; de ellos la falta de moral en que se encenagan nuestras costumbres; de ellos el epicurismo en que se envenena nuestro régimen mercantil, porque tales trabajos, comenzados por negar á Dios y concluídos por negar el alma, no pueden producir otros efectos y otros resultados que un desquiciamiento grande y doloroso. Y en España, país meridional y soñador, pronto á todas las novedades y decidido á todas las aventuras, esas teorías modernas, importadas de los antros de la filosofía, tienen que hacer fortuna, siquiera sea relativa y temporal.

Para perder á un pueblo no hay camino más seguro, que llevarlo de la mano al descreimiento; encenagarlo del todo y por completo en la impiedad, para lograr su completa ruina. Yo no conozco en la Histo-

ria ningún caso en que no haya seguido la muerte á la duda; en que no se haya hundido en las tinieblas del caos, el pueblo que ha perdido su fe. Si no nos lo impidiera la multiplicidad de aspectos que tenemos que analizar en este libro, dedicáramos gran espacio á demostrar la exactitud de nuestro aserto. Mas apesar de ello, no podemos resistir la tentación de citar algún caso que robustezca nuestra afirmación con la cita del testimonio doloroso. Mirad el arrianismo en España y juzgad después sus resultados. No me digáis que el arrianismo es fervoroso y que si les sobraba á los arrianos el error no les faltaba la fe, porque á esto contesto yo que el arrianismo, como otras teorías religiosas, no podía existir lógicamente en contra de la santa doctrina católica, que representa desde su nacimiento, desde su grandiosa predicación, la trilogía sublime del progreso, el credo gigantesco de la civilización, al predicar y aconsejar la libertad, la igualdad y la fraternidad, atributos divinos que se han colocado como propios, algunos falsos apóstoles, que andan en guerra con Cristo, de donde tomaran tan grandes pensamientos y tan salvadoras doctrinas. Frente al catolicismo no puede existir ninguna religión. Las que informan á los salvajes y á los monteses, viven porque no ha llegado allí el misionero católico; viven como pueden vivir las tinieblas, porque no ha llegado la luz, y así como al aparecer Cristo se hundió para siempre aquella sociedad que señala la historia del lado allá de la Cruz, del mismo modo se hundirán para siempre en el olvido esos falsos ídolos que son objeto de veneración en las selvas y en los países incultos. Y el arrianismo, por tanto, no debió existir entonces y fué preciso para que España se levantase de la postración en que la colocaran los godos, que perecieran en las márgenes del Guadalete,

D. Rodrigo y sus soldados y con ellos todo su plan de error y de demencia, para que resucitara España grandiosa y titánica en las montañas de Asturias, donde vencieran al agareno los milagros por nadie negados y las heroicas resistencias de las huestes de Pelayo. Así concluyó el pueblo godo en España, por agotamiento de fe y por sobra de inmoralidad. Y el pueblo de Roma de igual manera pereciera. Y Grecia murió entre las cadencias de su arte y los lamentos de sus sabios y las grandezas de su civilización helena; pero ¡ah!, en los estertores de su incredulidad, en la frialdad de su duda, en las convulsas sacudidas de sus errores. No cabe duda ninguna, que donde ha llegado el evangelio de Cristo, sobran y se pulverizan esas hegemonías pecadoras; no cabe duda que la moral de Cristo, es la salvación de los pueblos, porque en ella se sustenta y condensa toda una sublime pauta dentro de la cual el hombre sobre la tierra va camino del cielo y se halla dentro de la felicidad relativa, que en la tierra puede disfrutarse. Sin esa moral, son imposibles todos los adelantos y ficticios todos los progresos é improductivos todos los bienes. De nada sirve que el humano linaje se entregue á todas las ciencias y se perfeccione en todos los estudios, si delinque en la ignorancia de desconocer á Cristo, y se prostituye sin moral que lo enfrene, viniendo á ser dentro del concierto de ideas y de soluciones una nota que discorda, un sonido que molesta, un grito que lastima, una aberración que envilece; porque no cabe duda ninguna, el pueblo como el hombre, que se entrega á tan necia pretensión como es la de negar á Dios y desoir esos consejos maravillosos que parecen brotar del universo y del espacio, donde un mundo de astros y un concierto sublime nos dan idea y enseñanza de la obediencia y de la fraternidad, ese pue-

blo ha perdido su rumbo y naufragará sin disputa en el naufragio horroroso del caos. No pretendemos conseguir que los más separados pensadores de la tierra vengan á darnos la razón y á confesar y á comulgar donde nosotros confesamos y comulgamos; pero sí exigimos, porque para tal exigencia nos acompaña la razón y la lógica y la historia con sus grandes enseñanzas, que se reconozca y se proclame que la moral y la doctrina de Cristo, que resolviera y realizara en el mundo el grandioso efecto de perfeccionar á la humanidad, no puede ser olvidada ni puede ser desconocida, porque la enseñan todas las enseñanzas que elevan, y la reconocen todas las almas templadas en el bien, y la admiran, hasta los mismos que, como Lutero, apostataran para cantar á la vida de la materia ese canto protervo que suena en nuestros oídos. No queremos que se nos siga ciegamente; pero sí aspiramos á que todos los que navegan por el proceloso mar de la duda, y nutren las necesidades de su espíritu en la impiedad, escuchen los dictados de la razón, y abriendo su alma para recibir las impresiones saludables y sublimes de la fe, vengan á postrarse á los pies del altar donde una Madre de Dios benditísima, espera con una sonrisa divina, y un Dios todo bondad, abre sus brazos para estrechar á toda la humanidad con un amor que no puede comprenderse, y que sintetiza en síntesis sublime todo el misterio de la creación.

CAPÍTULO VI

LA INMORALIDAD

Para conocer la importancia y la necesidad de la moral en las costumbres y en las leyes, no hace falta más que fijarse con detenimiento y cuidado en las consecuencias que la falta de ella produce en los pueblos, y en los derroteros peligrosos que siguen los individuos que no la cultivan. Y yo no quisiera descender á detalles que espeluznan, ni tener que hacer citas que horrorizan, para demostrar mi aserto y justificar las causas y poderosos motivos que me hacen titular este capítulo, y dedicar estas páginas á una cuestión que con todas las cuestiones humanas tiene puntos de contacto, puesto que con todas se relaciona y toca de cerca los actos del hombre, dado á la continua á sus pasiones, degeneradas á veces en viles aspiraciones, que pudren el tuétano de la sociedad y engendran infiernos de odios, mares de lava destructora y caos inmensos donde se ahogan aquellos nobles sentimientos, que plugo á Dios colocar en el corazón humano, dotándolo de albedrío para moverse á su voluntad.

La inmoralidad es una plaga moderna; yo la veo tocar en todo con su lengua llena de cieno y en todo dejar la señal cruelísima de su hálito envenenado; se ha apoderado de una parte de la sociedad que con nosotros convive, y la asfixia en la fiebre de la lujuria, en la fiebre de la ambición, en la fiebre del cohecho,

en la horrorosa fiebre de un inmenso desarreglo; yo miro á la humanidad postular por el mundo, adormecida en los brazos de todas sus pasiones, aguijoneadas por una impunidad social, que asustaría seguramente á todos los enciclopedistas que la crearan con sus desatinos, y la veo marchar por rumbos de peligro, por caminos de segura perdición. Me parece una de esas mujeres que se han entregado á todos los vicios y ninguno las satisface, en la mayor de todas las ambiciones carnales, en la más gigantesca de todas las locuras. Errante, sin orientación, como un pobre y abandonado peregrino, perdido en el desierto de Africa, ó como un desesperado piloto en los desiertos acuáticos, que ha perdido la brújula y quiere arrancar á los misteriosos soles que giran en el espacio, el secreto de su ruta, extraviada en medio de horrorosa tempestad. Yo la considero, un loco que gira vertiginosamente al impulso de un cerebro que evoluciona sin preceptos mecánicos y se desbarata en recios golpes sobre cualquier obstáculo opuesto al desarrollo de sus descompuestos movimientos. Sin norte, loca, perdida en los horrores de un laberinto la humanidad, una parte de la humanidad, corre neciamente en brazos de una inmoralidad que le va pudriendo su carne, que le va comiendo los pedazos de su corazón y que está enlodeciendo su alma en el lodo cruel de la mayor infamia.

Y yo no soy un pesimista sistemático, ni un eterno crítico de la humanidad; que la crítica á mí puede alcanzarme y el pesimismo puede perderme. Yo creo ser un fiel copista de la realidad, que aprende en la vida efectiva, para luego reproducir el efecto que su estudio produce; yo no cambio las tintas del cuadro, ni modifico sus tonos, sino que llevado de mi espíritu analítico, voy modestamente reconociendo las vísceras sociales, con un escalpelo imparcial, sin mirar lesiones

pequeñas, atendiendo sólo las manifestaciones de crueles, de mortales hipertrofias. Yo quiero parecerme al astrónomo que columbra los cielos para inquirir los misteriosos secretos del mundo cósmico y darlos como alimento espiritual á los hombres ávidos de conocimientos y de ciencia; quiero inquirir y escudriñar las causas por las cuales la humanidad se entrega á una perpetua orgía, entre cuyos vapores y cuyos excesos va perdiendo su dignidad y prostituyendo su grandeza, para mostrarlas á los hombres, y como el generoso maestro que ha gastado su tiempo, su juventud y sus energías, en conocer aquello que luego reparte entre los ignorantes, decir á los hombres cuáles son las rutas que le pierden y cuáles son los caminos de salvación y de reforma, por los que es seguro el triunfo, evidente la mejora y cierta la progresión.

Mas descendamos de estas elucubraciones, y miremos de cerca á la humanidad, para hacer su estudio, para realizar la disección que nos hemos propuesto. Inmenso trabajo, empeño gigantesco el mío; pero trabajo y empeño que tenemos que realizar, como obligación ineludible, echada sobre nuestras espaldas é impuesta á nuestra voluntad, porque la consideramos noble, que de noble y levantado espíritu es acudir cada uno con su fuerza y sus elementos á la magna obra de la perfección humana, por la que, en unión de todos los hombres buenos, tanto suspiramos. Y en realidad, en el asunto que nos está sirviendo de tema, ¡cuánta reforma y cuánta mejora están haciendo falta! ahora que parece que la inmoralidad ha venido á ser un precepto; que la inmoralidad es para algunos un patrimonio de que no saben desprenderse; cuando las costumbres públicas llevan su sello, y sin recato ni cuidado alguno se cometen las mayores torpezas y los más punibles excesos; cuando el moderno teatro, como

respondiendo á un estado especial de la opinión, ha dejado los moldes del antiguo, para halagar las pasiones humanas, con unas tesis y unos desarrollos, y unas escenas vergonzosas, que tanto satisfacen las inclinaciones de una época adoradora de todas las concupiscencias; cuando la norma de muchos es marchar en contra de todo lo que signifique orden, concierto, moral; ahora que se tiene por valor cualquier bravuconería; por amoroso torneo cualquier indecencia; por mérito cualquier vulgaridad, y se dan patentes de divertidos, de graciosos, de enamorados, á muchos de esos mentecatos que han perdido en una orgía, en una bacanal, los restos escasísimos de una inteligencia embrutecida, y han extraviado en los vapores del vino, en las violencias del juego, en los bostezos de la lujuria, los exiguos restos de una dignidad que parecía presa de la atonía. Cuando se han aflojado de un modo alarmante los lazos, los indispensables lazos morales, sin los cuales, desengañémonos, no es posible el progreso, ni la libertad, ni la salvación; cuando se ha perdido el cariño entre las familias, y se abandonan los hijos para seguir á una bailarina, y se deja á la esposa para ir en busca de una meretriz, y viene el desarreglo, y las mujeres claudican y los hombres adúlteros aumentan, dando enseñanzas horribles; ahora, en estos instantes, nuestra voz ha de tener una amargura inmensa, y nuestra pluma, llena de dolor, ha de ser inflexible y ha de rasgar con el denuedo y la decisión de quien arranca á la realidad sus notas, ese tupido velo en que quieren ocultarse los que no saben corregir sus defectos, ni abandonar un momento el camino de la perdición y del crimen.

Yo vivo, creedlo, yo vivo horrorizado, ante el e pectáculo pavoroso que se presenta á mi vista. Por u parte, las costumbres íntimas de las familias, han s

frido una inmensa transformación, que ha modificado esencialmente y como consecuencia necesaria las costumbres públicas; ahora, el seno de muchas familias es un verdadero caos; se han roto las uniones indispensables para una marcha regular, y los miembros dispersos, separados, producen sonidos desacordes, molestos, algo así como las vibraciones eléctricas, predecesoras de la tempestad. Considero las consecuencias de todo ello; me parece escuchar los gritos de la conciencia universal herida; atiendo esas notas, que me indican las violencias de un estado social deplorabilísimo, y horrorizado ante un cuadro tan pavoroso, me recluyo en mi ser, reconcentrando mi conciencia, para ver el paso ensordecedor de una tan inmensa bacanal. Miro el interior de las casas, analizo la intimidad de la familia, observo la descomposición que socava los muros en que se asienta la sociedad, y la vergüenza enciende mi cara y el dolor tortura mi corazón. El marido ha puesto un abismo entre la realidad en que vive y el amor que pudiera llevarle por buenos caminos, y cerrando su corazón á toda idea grande, á todo afecto generoso, ya no atiende más que las exigencias brutales de un organismo que, encendido por una fiebre mortífera, no encuentra placeres más que en las funciones de la materia, olvidando las hermosas sensaciones del espíritu y prostituyendo su inteligencia. Claudica y se aparta de su hogar, donde la obligación y sagrados deberes le llaman, y corre en busca de un lupanar, donde los vapores del vicio y la hediondez del ambiente, cubra todas las imaginables torpezas, hundiéndose allí en la perdición. La mujer, herida en su alma, despreciada por el esposo, quien tiene una sensibilidad tan exquisita, olvidada, preterida en su amor puro por las torpes caricias de una veleidosa meretriz, arroja un momento su dignidad, y

quiere plantar en la frente del adúltero el estigma más fuerte, y claudica también entregándose en los brazos de un hombre que le hace unas caricias y que sacia el natural apetito de afecto de la mujer, tras la abstinencia que la incomprensible conducta del esposo le ha impuesto. Los hijos aprenden de ambos, escuchan las recriminaciones mutuas, expresadas con licencia punible, por nada disculpable, y también quieren obrar como sus padres, haciendo del casamiento una patente de corso, y arrojando sobre la sociedad todo el cieno de una conducta inmoral y de un proceder vergonzoso.

He creído siempre, y creo, y es este un aspecto muy interesante de la cuestión, que la corrupción de las mujeres es producida por la maldad de los hombres, que les hacen delinquir y que explotan su candidez natural de la juventud, para llevarlas de la mano por tortuosos caminos, que pareciendo de rosas en los primeros pasos, resultan de espinas cuando ya se han dado algunos. Es, en efecto, muy importante en el estudio de la inmoralidad reinante, conocer las causas por las cuales las mujeres juegan en ello tan interesante papel, y analizar los motivos que influyen en la mitad bella del género humano, para tenerlas encenagadas en el vicio y pudrirse en los horrores de la carencia de moral. Yo, que guiado de mi afición á escudriñar los antecedentes de todas las cosas, porque tengo para mí la creencia de que tal estudio es de absoluta necesidad, para llegar á conclusiones acertadas, he estudiado los precedentes y los motivos por los cuales algunas mujeres se encuentran en la perdición, y siempre he venido en conocimiento, de que algún hombre la arrastró, engañándola con el mayor engaño, envolviéndola en un nimbo de amor, á la mayor torpeza y al mayor pecado. Y es esto claro, clarísimo con luz meridiana, conociendo la sensibilidad y las

condiciones psicológicas de la mujer, ansiosa siempre de emociones nuevas, y crédula ante cualquier canto de sirena y enloquecida ante cualquier caricia amorosa. Su corazón se ha hecho para querer con vehemencia completa; su alma está enriquecida con una sencillez maravillosa, y la mujer, amando, queriendo, siguiendo los consejos que le da quien quiere perderla, agarrándose de la mano de quien, abusando de la superioridad de su inventiva, halagando sus oídos con promesas tentadoras, la conduce á su talante y á su capricho, la mujer no se da cuenta de su pecado, hasta que el estigma cruel no ha caído como fuego sobre su frente, y la infamia ha manchado con férrea marca la limpidez de su honra, y no se para ya; ha enloquecido, su razón ha perdido los movimientos uniformes; su dignidad de hierro se ha pulverizado, su candor ha desaparecido, y precipitándose sin parar por el tenebroso precipicio del vicio, corre como loca embravecida, queriendo satisfacer unos apetitos intensos, aspirando al vicio más refinado, soñando torpemente en los brazos del delito, sin que la luz penetre en sus ojos ni el arrepentimiento pueda detener la carrera veloz, que en un momento de inocencia emprendiera, asustada quizás de que al mirar frente á frente su pasado, las lágrimas que broten de sus ojos, sea la sangre que arranque de su corazón.

Hay que considerar lo que es una mujer enlodecida en el vicio y hundida en la depravación. Cuanto mayor es la sensibilidad de una criatura, mayor intensidad adquieren sus pasiones; de aquí, que la mujer que con tanta facilidad siente, con tanta facilidad caiga en las redes que presentan los vicios. Llora con todo, y con todo se ríe; parece una evocación constante á todas las virtudes, cuando por este camino le ha llamado su suerte, y parece un incentivo para todos los vi-

cios, cuando por estos tristes derroteros la conduce su desgracia; la mujer, creada para el amor, con toda la sencillez maravillosa de la candidez, blanca paloma que esmalta el mundo, lleno todo de negruras, es como esos talentos admirables, con tan bellas disposiciones para todas las cosas, y empedernidos sistemáticamente en el error y en la mentira. Hay que estudiarla detenidamente; hay que analizar su especial psicología, y hechos este estudio y este análisis, desentrañar después el misterio que la hace perecer en los vicios y empequeñecer su alma en las torturas de una relajación de sus costumbres. Yo he visto muchas mujeres en el arroyo, con unos sentimientos hermosos, con unas ideas morales admirables: he inquirido las causas de su prostitución, y me he convencido al conocerlas, de ese extraño y triste proceso que cursa la mujer, para descender del pedestal de la inocencia y de la grandeza de su sexo, para rodar torpemente por todos los lodazales y apagar en los gritos crueles de una orgía no interrumpida, los anhelos de regeneración y de mejora. Creo firmemente en ello, porque tal creencia mía es el producto de un detenido estudio, y es la consecuencia de un meditado análisis: la mujer que baja por el precipicio, que rueda sin saberlo por el plano inclinado de su perdición, esa mujer, cuando en un momento de lucidez, cuando en un instante de juicio, despierta su razón, y ante su situacióa detiene un momento el cerebro que funciona mecánicamente, conmovido por las excitaciones del vino, del canto lascivo, de los brazos brutales que la aprisionan, esa mujer suspira por su pasado y llora con lágrimas amarguísimas, aquella increíble torpeza que la condujo al abismo, y la mujer es arrastrada por el hombre, es el autor de la inmoralidad; que cansado, con (sancio de sibarita, de todas las legítimas y lógicas

saciones que el mundo, en su buen uso y buena aplicación, proporciona á la especie, busca en el arroyo, en el laberinto, en la estúpida variación, unos goces nuevos y unas emociones nuevas, en que acallar las apremiantes exigencias de sus pasiones, y satisfacer así unas concupiscencias que no tiene valor para dominar: y la mujer es la víctima, arrancada prematuramente á los brazos de la familia, sacada del hogar, raptada del domicilio, robada en ocasiones á las caricias de los hijos, á los cuidados del esposo, para en los extravíos de una debilidad, en los repliegues de un capricho, perder el resto de su honra y hacer jirones entre las manos de un criminal, sin entrañas y sin alma, el baluarte de su dignidad y los pedazos de su vergüenza.

Verdaderamente es triste considerar lo que ocurre en estos tiempos, en los asuntos que venimos tratando. No cabe duda que atravesamos un período histórico, que yo no titubeo en llamar apocalíptico, en razón á que todo parece tocado de la última y definitiva transformación humana, que sólo espera la que Dios tiene dispuesta para dar fin á la peregrinación de la especie y destruir con su soplo soberano este planeta que rueda en el espacio. Yo vuelvo algunas veces los ojos á Roma, busco en Grecia un consuelo para la tristeza que produce el estado social presente, y tengo que volver, después de un triste recorrido histórico, á la desconsoladora realidad de nuestros días, al triste espectáculo de nuestros tiempos, en nada parecidos á los tiempos antiguos, magüer la voluntad de los que opinan que la Roma de Antonio y la Atenas de la antigüedad nos aventajaron en molicie. Yo lo niego esto, y lo niego rgumentándolo con argumentos y con pruebas al alnce de todos, puesto que lo están al mío. Y digo que a época actual es más inmoral, que los tiempos moder-

nos padecen más de esta miseria humana, porque ahora, después de tantos adelantos, después de tantas predicaciones, después de Cristo, después de su moral salvadora, la inmoralidad es un delito horrendo, mientras que en la antigüedad no pasaba de ser un exceso lamentable. Y, en efecto; después que tenemos trazados los caminos de la salvación, que conocemos el progreso, que notamos nuestra mejoría social y hemos adelantado tanto en todos los órdenes, retroceder en cuanto á nuestras costumbres, es un inmenso contrasentido, es un colosal disparate. Porque hay que ser consecuentes, hay que ser lógicos; y así como nos ufanamos por perfeccionar el Derecho, arrancando á la Filosofía sus secretos para dar armonía, para fundamentar los preceptos de la vida social sobre los fundamentos y las bases de la lógica; así como nos esforzamos en mejorar nuestra vida material, arrancando al arte todas sus sensaciones, á la Naturaleza todo el rico tesoro de su fruto, al progreso todas sus mejoras, para pasar este desierto de la vida en la mayor comodidad y en el más lícito deleite; así como queremos escudriñar en el espacio el secreto misterioso de la cósmica vida y columbrar los soles para conocer su maravilloso mecanismo y descender al insecto para estudiar su configuración; elevarse por los aires para medir sus corrientes y sus direcciones; navegar por todos los mares para ver todo el globo y del seno del desierto acuático extraer las delicias de su grandeza y de su majestuoso bramar; viajar sin tregua y sin descanso para formar un completo juicio y poder decir al fin de la penosa jornada que no se ha perdido el tiempo y que se ha conocido al mundo; así como queremos analizar la ciencia filosófica y en sus complicaciones nutrir l legítimas ambiciones de una inteligencia creada par el estudio y de un pensamiento que se nos ha dado par

el trabajo, de esa misma manera, sin descanso y sin dilaciones, también debemos suspirar, porque ello es parte del progreso, es parte de mejora y de perfección, debemos suspirar, porque las costumbres públicas y privadas participen también del progreso y no retrocedan á tiempos inferiores. Y de aquí, que la inmoralidad de ahora, es un contrasentido, y las costumbres de ahora sean más censurables por sus excesos, que las costumbres de los romanos y de los atenienses antiguos, aunque algunos que pretenden justificar lo que no tiene justificación, digan que los tiempos modernos no han rebajado la moralidad, y las costumbres modernas no han perjudicado las costumbres de la sociedad.

Miremos el teatro de estos tiempos, y analicemos las tendencias de ese teatro, y las tesis que desarrollan los autores, para satisfacer de este modo sus personales inclinaciones, y satisfacer de paso las exigencias brutales de un público ansioso de incentivos para el delito, y de estimulantes para sus concupiscencias. Hay que horrorizarse, verdaderamente, al contemplar que en ese lugar que se llama teatro, y que debe ser escuela de buenas costumbres, se dé una pócima venenosa para los que aprenden allí, envueltos en las galas del arte, y con todas las sugestiones propias de una amanerada presentación, los caminos del adulterio, del delito, del crimen, que parece que es el único argumento del teatro moderno, como si en la filosofía de la vida y en los inmensos conflictos sociales que la misma vida crea, no pudieran encontrarse más hermosas aplicaciones al talento y á la habilidad de los que tejen las obras, que luego han de servir de pasto intelectual, y de modelo, y de ejemplo, á la generación que, cansada del trabajo diario, ó aburrida de la holganza, va á buscar en el teatro un aliciente para su divertimiento,

aprendiendo lo que no debe aprender, para luego copiar en la realidad, la actitud artística del adúltero, la salida hábil de la mujer infiel, el camino teatral del robo y de la vergüenza, servido en lecciones, que por su forma seducen. Yo conozco algunas obras modernas, donde parece que se hace la apología del adulterio ó de la infidelidad, presentando rodeado con todos los aspectos que pueden inspirar simpatías á las debilidades del corazón humano, un tipo ordinario y vulgar, que no ha tenido en el mundo otra habilidad que vencer el débil obstáculo presentado por una mujer ligera, y burlar los derechos de un hombre, y lanzar sobre la frente de un desgraciado el estigma vergonzoso. He visto que esto se elogia, que esta conducta se aplaude, porque el galán, ese tipo repugnante para los que entendemos las cosas de otra manera, ha expresado ante el público la justificación de su conducta, con un amplio discurso, que halaga las pasiones del hombre, y que busca en las argucias del ingenio prueba y argumentos que hagan agradable su proceder, y parezca á los más opuestos á tal conducta, una cosa disculpable. Veo ese teatro, estudio sus consecuencias, y conociendo la facilidad con que se despiertan los mal dormidos deseos del hombre, calculo su peligro, y mido la intensidad de su gravedad, que no desconoce nadie que sin prejuicios y con imparcialidad juzgue de este aspecto importantísimo de la inmoralidad que hoy parece reinar. Porque hay que desengañarse, y dejar los argumentos de guardarropía para otras cosas y otros asuntos; el hombre tiene pasiones, pasiones numerosas, poderosas, de fuerza colosal, y esas pasiones que contiene el juicio, que adormece la razón, que amortigua el espíritu religioso que preceptúa mor son muy fáciles de despertar, y muy accesibles á cu quier excitación, como no pueden negarnos los q

con nosotros viven esta vida de la materia, cuyo componente no puede olvidarse para tratar estas delicadas cuestiones; y el hombre es fácil al pecado, es débil ante el despertar de sus pasiones ingénitas, y cuanto más artísticamente se le estimule, cuando mayor sea el aparato que prepare su excitación, el hombre cae, delinque, aprendiendo cómo se peca de cualquier lección, que sigue al pie de la letra con devoción vehementísima, porque no hay cosa más agradable que aquella que halaga nuestros instintos, y aquello que satisface nuestras pasiones; y el que aprende en el teatro los pasos que da el hombre inmoral, que conoce la psicología del corazón de la mujer, porque un hombre de talento que ha estudiado en el original, ha desentrañado ese intrincado problema, y aprende cuál es el lado vulnerable, cuál es la debilidad, estudio perfeccionado luego en la vida social, arrancando los secretos misteriosos de las pasionas femeninas, y contando con un conjunto de reglas, que pocas veces resultan inaplicables, porque también se aprende en quién han de ser puestas en práctica.

Mas yo no sé cómo sortear las muchas dificultades de este capítulo, en el que hace falta escribir con mucha cautela, que no excluya la viveza del colorido, para que la recriminación quede clara y bien definida. No sé cómo echar en cara á la sociedad sus excesos y sus demasías; no sé cómo determinar la responsabilidad de los que, por los puestos que ocupan y las misiones que desempeñan, tienen ineludible obligación de educar á los hombres con mejor educación y más moral enseñanza; no sé cómo apellidar esas licencias modernas, que parecen haber concluído con todo el recato, dejando que las más execrables acciones se cometan sin género alguno de respeto, y se enlodezca todo el vivir moderno en el lodo as-

queroso de una liviandad sin límite, que permite los mayores excesos, y tolera las más repugnantes convivencias; no sé cómo calificar todo esto; no sé cómo darles el nombre que todo ello merece, porque no cabe duda, por ser una de esas verdades innegables, que el actual estado de la humanidad, en cuanto á sus costumbres se refiere, no puede ser más desconsolador; y tal situación, amagada constantemente por la perdición absoluta, engendra esa locura, que algún partido extremo y unas ideas peligrosísimas, llaman el amor libre. En realidad, y es triste consignarlo, por el camino emprendido, marcha hacia la disolución de los lazos morales que establece el natural proceso de las pasiones y del amor, y se trata torpemente de atacar, para desbaratarla en el más torpe y suicida de todos los empeños, una tan precisa y moral institución como el matrimonio católico, á cuya desaparición ó virtual anulación han dirigido sus dardos algunos legisladores, que desconocen las cualidades del pueblo en que legislan, y olvidan, en su afán de notoriedad, y en el furor de su plan de demolición, que al destruir una secular y necesaria sanción social para la vída humana entre el hombre y la mujer, laboran de modo cruel contra los cimientos mismos en que la sociedad se asienta; y, en efecto, no habrá quien niegue, que la más eficaz medida y el mejor modo de destruir una sociedad, y aniquilar un pueblo, es hacer que sus costumbres pierdan la unidad moral que crea la unidad jurídica y la fraternidad humana, condiciones ambas indispensables para la existencia y vida de los pueblos; mas, sin embargo de esto, que es un tópico innegable por lo sabido, nuestra época y nuestros hombres se han lanzado en contra del matrimonio, encubriendo la idea de aniquilarlo bajo la pérfida capa de establec una unidad jurídica necesaria, y deslindar los fuer

de las dos potestades que en círculos distintos y con distintas jurisdicciones, llevan la dirección de los hombres; en lo que respecta á nosotros en este punto concreto, traído á este libro por la evidente conexión que con el asunto que tratamos guarda, no hemos de ocultar nuestra sincera y arraigada opinión, de que tal idea es altamente impolítica, á más de ser altamente inmoral, y que su defensa carece de toda base lógica; porque es claro como la luz del día, que no puede caer nunca dentro de las funciones de la jurisdicción civil, el otorgamiento de un pacto social entre dos seres que se compenetran y comprenden, á fin de cumplir la misión humana de continuar la especie, efectuando mediante tal unión, la complementación mutua indispensable en la vida, y no puede dudarse tampoco, que en tal unión, consecuencia natural de un proceso psicológico, debe pertenecer su sanción al fuero que disfruta la Iglesia, como maestra de moral, quedando bueno el matrimonio civil, que para nosotros los católicos es concubinato, para aquellos que viviendo en otras comuniones religiosas, y careciendo de acatamiento á la autoridad moral de la Iglesia, no precise para su conciencia una sanción que nosotros estimamos necesaria, una sumisión que nosotros consideramos indispensable, ni les haga falta para llenar un claro que no podemos dejar de cubrir los que tenemos en punto á moral, unas doctrinas severas, cuya aplicación efectiva puede dar al mundo la necesaria salvación. Y claro es que tal obra, tal sistema, acarrea á la disolución, porque aflojando los lazos que crea la moral, destruyendo sus preceptos, aniquilando su eficacia y los bondadosos frutos que produce, habremos dado el último y definitivo paso en el camino de la perdición. Y esto es lo que se pretende y lo que se desea, en triste y criminal aspiración, porque no cabe duda, que cuando las

costumbres públicas andan por derroteros pasionales, y huyendo de la moral, se pretenden justificar todos los excesos, y los excesos han venido á ser como una habilidad y un título de gloria para quienes los realizan, es muy grato que las direcciones públicas y las orientaciones legales, emprendan esos mismos caminos, que vendrán á dar patente de validez y justificación completa á las que sigue una parte del pueblo, adormecido en los placeres frívolos de sus pasiones, en todo su apogeo. Y en este sensibilísimo caso nos encontramos en la edad presente, hallando yo en ello la única explicación que pueden tener unas teorías médicas modernas, que pregonan la regresión de la especie, y la pérdida de las cualidades más preciadas del hombre: la inteligencia y el vigor espiritual. Porque no es cosa que necesite discutirse, ni precisa de grandes argumentos para llevar á la convicción de cualquiera, que el período mayor de la inmoralidad de un ser, aniquila fuertemente sus energías espirituales y su vigor sentimental, dado que sus demasías carnales agostan la vitalidad de un modo prematuro y hartamente sensible: pero no es esta la razón que debe movernos á perseguir la inmoralidad que hoy reina, ni á ridiculizar tales defectos, puesto que siendo muy importantes las cualidades que se destruyen y las pérdidas que se notan, más sensibles son las ausencias de esos grandes beneficios que el individuo como las colectividades obtienen de un plan verdaderamente moral, y grandes y dolorosas las privaciones que sufren los pueblos cuando locamente el medio inmoral les sirve de alimento, y se arrastran los seres en el fango de sus necesarias consecuencias. Yo me atrevo á afirmar que ninguna dolencia puede causar tantos perjuicios como la falta de la moral en las costumbres; porque hemos de convenir, en que la moral es la norm

y la base de todo el desarrollo social, y faltando ella, nos encontramos destruída la familia, cuyos lazos rotos aterran á todo pensador; faltando la moral, hallaremos el epicurismo en el comercio; el cohecho en la vida pública; el error constante en la justicia; el maquiavelismo en las aspiraciones humanas, y nos encontraremos horrorizados ante una sociedad perdida en las marañas de todas las torpezas, en los tropiezos de todos los devaneos, justificando tristemente crueles y tremendos vaticinios.

Mas no cabe duda, que la falta de moral es la consecuencia inmediata de la falta de religión, porque no puede haber moral en el mundo que no esté basada en una religión positiva. Y esto tiene una demostración clarísima y es de fácil comprensión. A medida que se pierden los respetos á la justicia infinita, las obligaciones morales del hombre van perdiendo virtualidad, y la pérdida de la virtualidad de una obligación, establece necesariamente su ineficacia, librando al que ya no la considera tal, del peso agradable para nosotros, pero repulsivo para los esclavos de las pasiones, que tales deberes significan. Y es cierto esto, con una certidumbre absoluta; porque observad al asesino y escudriñando su agitada conciencia, veréis que en el fondo de ella, si queda algo de sentimiento religioso, la lucha inmensa, el dolor inmenso ante la justicia perfecta, tritura su corazón y crispa sus nervios, tristeza y crispación que no le infunde la justicia terrena, cuyos fallos son apelables, y cuyas penas tienen una relación pequeñísima con el tiempo; y creed, que si el sentimiento que ahora atormenta su alma, ese sentimiento religioso que ahora despierta á unos requerimientos crueles, hubiera tenido mayor intensidad, no hubiera estado dormido, ese sentimiento habría detenido su mano, porque hubiera enfrenado

la pasión que á tales extremos le condujo. Observad al ladrón, le veréis temeroso con el objeto de su robo, que le parece un peso exorbitante, porque va pesando sobre su conciencia, y convenid, que si ese ladrón que no ha temido á la justicia de la tierra, que reincide si hace falta, que no teme á ningún castigo, ni ningún fallo le intimida, ni presidio alguno le asusta, si tuviera en el corazón esos grandes y hermosos respetos que las ideas religiosas, adaptándose á la moral enseñan, ese ladrón hubiese temblado al forzar una puerta, ó hubiera palidecido al emprender un escalo. Mirad al hombre libertino, que parece una pobre mariposa perdida en el caos, apegándose á la luz, donde encuentra su muerte, hundiéndose en la claridad de los vicios, donde han de cegar sus ojos y su corazón ha de dar los últimos latidos, y mirad su conciencia, estudiad su alma, y veréis que si alguna vez se ha detenido en su carrera, si alguna vez ha sentido sonrojo, si alguna vez ha tenido miedo y ha mirado con ese tedio del que no logra arrepentirse, pero alguna vez se conmueve, ese momento es, que en medio de un mar de lujuria, en una explosión de los vapores alcohólicos, en un desbordamiento de las asquerosas lavas de los lupanares, el sentimiento religioso enseñado allá en su infancia, ha despertado por un momento y ha presentado á sus ojos el castigo eterno de los réprobos; y si ese sentimiento que ha necesitado tantos incentivos para despertar, hubiera estado más arraigado, hubiera estado más vivo, ese libertino se habría parado ante la casa del crimen, para no penetrar en ella, y se habría detenido ante el brebaje narcótico, antes de llevarlo á sus labios. Analizad al adúltero; estudiad á ese hombre que abandona á su legítima esposa, escogida por su voluntad, para ir á depositar las ofrendas del amor en los brazos de una mu-

que no le pertenece, y veréis, que en las emociones inmensas, en la balumba de sus devaneos, en los estertores de su placer, su sentimiento se conmueve y la visión de la mujer ofendida, el recuerdo del adulterio, el horror del pecado, aparece ante sus ojos como una recriminación cruel, dejando en su frente la señal de una maldición; y si ese hombre, que en instantes de desvaríos, en momentos de pasión, olvidó todos sus deberes morales, abandonó el tálamo santificado por un precepto religioso, hubiera tenido el alto sentimiento moral que la religión enseña, ese hombre se hubiera separado de los brazos que lo aprisionaban en el vicio, y hubiera vuelto de la ruta del crimen que emprendía. Profundizad en el corazón de una mujer; escudriñad sus innumerables secretos; inquirid el momento que escogió la vía de la prostitución ó del adulterio, y veréis, que en aquel instante mismo, desapareció de su alma el sentimiento religioso. No veréis á ninguna prostituta religiosa con sinceridad, ni veréis á ninguna adúltera confesando paladinamente su delito, á menos que el torrente de la gracia divina, cayendo sobre su alma, haya determinado su arrepentimiento. Porque no cabe duda, porque es evidente, y yo estoy de ello plenamente convencido, que el sentimiento religioso es la mejor medicina contra la inmoralidad; y en estos tristes días, cuando vemos que se asesina, que se roba, que se claudica, que los lazos del matrimonio se rompen y las mayores torpezas se cometen, notamos la falta de ese benéfico sentimiento religioso, que con una moral salvadora enfrene las pasiones humanas y pare á los hombres en el vertiginoso correr de sus desvaríos. Y no hay otra solución, no hay otro medio para que las costumbres sociales se mejoren y los excesos humanos se modifiquen, que la enseñanza religiosa y el cumplimiento de sus precep-

tos, enderezados todos á moralizar á los pueblos; porque es verdad, que ningún hombre que carezca de obediencia á tales preceptos, puede ser útil, puede ser bueno, en razón á que la cualidad humana incita al mal, y si no tenemos un freno espiritual que nos reprima, seguimos muy gustosos el camino, al parecer de rosas, que nos presenta la satisfacción de nuestras pasiones. Y el sentimiento religioso es necesario, absolutamente necesario, porque sin él, la libertad degenera en libertinaje, la fraternidad es un mito y la igualdad la destruye la ambición que trabaja en pro del egoísmo, la soberbia que labora en provecho del soberbio, la lujuria rompe los lazos de la familia, y la sociedad, parecida á un borracho, va dando tumbos por el arenal inmenso de las demencias humanas.

Más que la inmoralidad cunda y la moral vaya desapareciendo, es tristemente en estos tiempos, una cosa natural. Cuando se trabaja porque una libertad, fundada en una filosofía abiertamente panteísta, sea el principio informante de nuestras relaciones jurídicas, y se pretende que al principio lógico de la autoridad, lo sustituya el error monstruoso del anarquismo, la inmoralidad es una consecuencia necesaria, la inmoralidad es un efecto inmediato; ambas cosas la traen aparejada; es el fruto natural de un enlace político, que aterraba seguramente á Robespierre. Y por ello se trabaja y esto se quiere; trabajo y deseo sumamente justificado en el sensualismo en que se ahogan las aspiraciones de la época, señalada ciertamente en el tiempo con el sello característico de esta su principal fisonomía, así como otras épocas anteriores tienen su especial manera de señalarse. Mas la nuestra, en la cual se tiende á hipertrofiar el individualismo para dar así gusto á los empeños egoístas que ho ocupan á los hombres, confundiéndose esto, que es l

realidad de la vida, con un colectivismo que no existe más que para la impiedad y el mal, nuestra época tiene el sello del radicalismo, en los excesos de las demagogias, que parecen haber penetrado hasta el tuétano de nuestras costumbres públicas y privadas. Y es lógica, aunque sensible, la inmoralidad, como producto racional de la impiedad que hoy reina, que parece verdaderamente una plaga ó un padecimiento que ha venido á agravar la situación del mundo, lleno de achaques, que precisan de los asiduos cuidados de los que por su misión están obligados á enseñar á los pueblos, obligación olvidada con lamentable olvido y deber, prostituído á veces, por seguir las personales inspiraciones y los personales yerros. Nosotros quisiéramos ver, que se cambiaba el rumbo, que se variaba el plan de enseñar, que se hacía una verdadera y pacífica revolución en nuestros procedimientos fundamentales, para ir perfeccionando las bases de donde arranca toda la vida pública, para ir purificando lo que la constituye, y muy principalmente la legislación moderna, que como el sufragio universal y el jurado popular, precisan de reformas, que hagan convertirse en leyes eficaces y sanas, lo que de otro modo resulta perjudicial y peligroso. Precisa esa revolución en todo, para modificar prudente y discretamente, sin precipitaciones y sin excesos que pueden comprometer el éxito de la empresa é inutilizar las ventajas de la labor, cuanto está necesitado con necesidad apremiante de arreglo y de mejora; precisa romper los moldes ya caducos de la enseñanza de ahora, y darle eficacia para que las escuelas sean el complemento de la labor acertada de la madre en el hogar, cuyo esfuerzo en dar á sus hijos educación moral y religiosa, se ve anulado por la labor del maestro, que viene después descatolizando al niño y echando en aquel corazón infantil, la

terrible semilla de la incredulidad, que fructifica exuberantemente en terreno tan virgen y en una edad tan apropósito para que los halagos de las pasiones sean tan bien recibidos; fruto que engendra la despreocupación, y de aquí la inmoralidad, porque como ya hemos dicho, quitar á un hombre la idea de Dios y la idea de la inmortalidad del alma, es armar el puñal del asesino de una impunidad horrorosa, y cerrar en la fetidez de la tumba, el paso á toda esperanza, labor que asusta é intimida. Precisa esa revolución, que reduzca las pretensiones de los hombres, que las encierre en los círculos de la razón y de la caridad; que ahogue todo grito de soberbia y reduzca el amor propio, donde muchos tienen fundados sus castillitos de marfil, de los cuales, verdaderos pigmeos de la inteligencia, miran á los demás hombres como seres inferiores, sin comprender que son, con relación á la humanidad, unos pobres insectos, y con relación á Dios, á quien ofenden, unos miserables átomos. Hace falta pronto, eficaz, que reforme al individuo, educándolo y convenciéndolo, en ardua y penosa labor, pero realizable y factible con buena voluntad, puesto que la educación es la que puede mejorar las generaciones que nos subseguirán, si ponemos todos, cada uno en la medida de sus facultades, cuanto está de nuestra parte, y es nuestra obligación verdadera, ejecutar en bien de la especie de que somos miembros, y en cuya continuación y mejora estamos todos empeñados. Hace falta que lo reforme todo en todos los órdenes, para que el mundo pueda marchar regularmente, sin esos tropiezos, sin esas dificultades, y evitar que el decantado progreso de este siglo, ante cuya eficacia se quedan muchos ilusos extasiados, no sea un mal que va mejorando las condiciones de la industria, las con didades de la vida y eche á perder la moral públ

por completo, cuando es ciertamente mucho más necesaria que los progresos del vapor, de la electricidad y de la hidráulica. Por ello debemos suspirar, y á conseguir esta positiva mejora debemos ponernos todos, abandonando de una vez para siempre esos respetos humanos que tanto detienen los empeños y los anhelos de muchos buenos; abandonando el marasmo en que hemos caído, levantándonos gallardamente de una atonía que puede matarnos, olvidando el tiempo perdido, y laborar denodadamente por la moralización de las costumbres, de las familias, de los individuos, porque las pasiones sean enfrenadas y los vicios se proscriban; no nos ocupemos de los demás, cuidemos solo de nosotros mismos, atendamos á las personas que de nosotros directamente dependen, y habremos dado un gran paso en el camino de la perfección, porque tendremos imitadores; y cuando castiguemos con el castigo del desprecio, á los que no quieran seguir nuestras costumbres y sigan encenagados en el cieno de sus pasiones y en los desvaríos de sus excesos, ya escucharán ellos los consejos prudentes que con nuestra conducta les demos y vendrán á reunirse con nosotros, para disfrutar todos reunidos, en ese hermoso abrazo de la caridad cristiana, del maravilloso progreso conseguido gracias al personal deseo de la mejora. Hágase así, y creedme que habremos vencido; obrar de otra manera es el suicidio; seguir otro camino, es la perdición; porque no atender á uno mismo; no ocuparse de lo que más directamente nos afecta, que es el propio ser, y perder el tiempo en elucubraciones, muy bonitas, pero ineficaces, es más propio de otras escuelas y de otros principios; no de nosotros, que llevamos en la frente el sello del bautismo y sobre nuestro pecho la cruz del Calvario.

CAPÍTULO VII

EL AMOR PROPIO

Es cosa fuera de toda discusión, que el amor propio es una miseria de la humanidad, y que á él se supeditan muchos hombres, guiados por torpe y lamentable pasión, que á los mayores excesos les conduce. Por ello yo le dedico este capítulo, bien convencido que cuadra perfectamente dentro de este libro, enderezado todo á estudiar los defectos que anidan en el corazón humano y cuyas sensibles manifestaciones tienen trastornado el orden ético de la sociedad, en cuyos vaivenes y en cuyas locuras se va perdiendo neciamente la orientación moral que los pueblos necesitan para llegar al ansiado puerto de la salvación, al oasis que garantice el descanso, rumbo perdido en las borrascas de un desenfreno escandaloso; guía olvidado en los tenebrosos abismos de una relajación pavorosa; caos abierto á nuestros pies por nuestras propias torpezas y en cuya cima nos dormimos pueril-mente, ignorando con ignorancia pecadora, el peligro que nos espera abajo y el castigo que se cierne sobre nuestra cabeza, como espada justiciera que aguarda el mandato del juez para cumplir una merecida sentencia.

Yo he conocido y conozco muchos hombres, entr gados del todo y por completo á su amor propio, y p cierto que me merecen una verdadera lástima, enge

drada por muy razonables consideraciones. Los estudio detenidamente, y analizo con mucho cuidado todas las imbecilidades á que su pasión dominante les incita, y creedme, porque lo digo bien convencido y con toda sinceridad, no conozco ningún ente más repulsivo que el dominado por este defecto, ni sé de criatura alguna que inspire más odio y más lástima á la vez. Se aman de un modo exagerado y se admiran de una manera inverosímil; escuchan sus palabras como las palabras de un oráculo, y contemplan sus obras con la admiración con que se contemplan las obras del genio. Se creen unos gigantes y son unos pobrecitos pigmeos, que en la carencia de facultades, no tienen siquiera el conocimiento propio, que tan preciso es para las necesidades de la vida, en la que andan como pobres insectos. Torpes, torpísimos, se ven en las cumbres reservadas para las águilas, sin considerar que viven y se desarrollan en los rincones donde crece el molusco, y en las cavernas donde medran los escarabajos. Habladores á la continua, porque el silencio les parece síntoma de ignorancia, debieran estar callados siempre, para evitar tanto disparate como sale de sus bocas, que expresa las concepciones equivocadas de una inteligencia que ha cegado ante los resplandores artificiales de un exagerado talento, al que consideran su esclavo. Acertados siempre en la ilusión de su infalible juicio, encuentran siempre el error en el juicio del prójimo, como si la razón existiera nada más que para adornar su mente, y la lógica se hubiese creado para vestir y aderezar sus opiniones y sus conceptos; visten su palabra de una sonoridad petulante, y dan á sus expresiones los contoneos de una sentencia infalible, de un fallo inapelable, porque salido de su cerebro, lleva el marchamo que contrasta el acierto, ignorando á virtud de su

pasión exagerada, que la mayoría de las ocasiones exteriorizan tonterías inaguantables, y en la mayoría de las veces, caen en vulgaridades inmensas, disculpables solamente en los excesos de su pasión, y capaces del perdón, por el buen juicio de los demás. Yo he estudiado algunos tipos de esta clase, y he quedado horrorizado después, al considerar que es posible que el aprecio que todos tenemos á nuestros actos, pueda hipertrofiarse hasta llegar á tan loco devaneo: y los considero perjudiciales, dañinos, altamente peligrosos, porque entiendo, en puridad, que todo hombre que se entrega á su amor propio, todo ser que lleva su petulancia hasta tales extremos, toda criatura que se baña en el agua de rosas de sus pasiones, y se duerme en los brazos de tanta ilusión y de tanta demencia, labra sin pensarlo, trabaja sin saberlo en la obra del desquiciamiento social, toda vez que pretendiendo acaparar la razón que es patrimonio de muchos, y monopolizar la lógica que es patrimonio de todos, resulta un ente que quiere absorber en la exageración de su egoísmo, y toda absorción es perjudicial.

No cabe duda que el amor propio estropea muchas y buenas voluntades, y anula mucho fruto del colectivo esfuerzo. Díganlo si no algunas obras de evidente beneficio social, muertas en sus principios, ahogadas en su nacimiento, porque el amor propio de algunos, no ha podido tolerar el mayor brillo que en aquella obra tomaba un compañero, y para echarlo todo á rodar y cegado por la envidia, ha trabajado en contra de la obra, restándole las energías que debió cederle. Yo de esto conozco muchísimos casos; yo sé de muchos desavíos causados por el amor propio, que pierde ciertamente á los hombres, y he visto á much de gran capacidad, de verdadero talento, sacrifica estérilmente en aras de la pasión de un enemigo m

rable, que en las asquerosidades de una envidia por el amor propio sugerida, ha trabajado como reptil para sembrar de obstáculos el camino del genio y erizar de dificultades la ruta del trabajo creador. Y esto es cierto, ciertísimo, y seguramente mis carísimos lectores conocerán de ello algunos ejemplos, todos sensibles y lamentables. Yo, como ya he dicho, sé de muchos, en los cuales el exagerado amor propio de algunos, no ha titubeado con tal de satisfacer sus personales caprichos y atender aquella pasión que sobre otras pasiones sobresale, en aniquilar el germen de una obra generosa y hundir en el desaliento que da el abandono y la oposición, al que de buena voluntad y con trabajo noble y hermoso, lucha por mejorar la especie, por mejorar su condición y por mejorar su propia existencia, en cuyos empeños nada vemos digno de censura, sino digno de loa. Pero el que padece esa obsesión; el que sufre los rigores de un exagerado amor propio y encuentra torpeza en la obra del prójimo, y sólo considera perfecto aquello que sale de sus manos y cuerdo lo que sale de sus labios, ese eterno mentecato, bufón eterno de la sociedad y ludibrio de la época, ese, se empeña en anular el esfuerzo ajeno y en cortar las energías del ajeno talento, porque cegado y neurótico por la pasión, enloquecido con una presunción estúpida, no cree en la eficacia de nadie, duda del acierto de todos, y, perpetuo copista, rutinario impenitente, sarcasmo de la razón y del criterio, no conoce más moldes que los hechos en el taller de sus tonterías, ni más modelos que los creados por una vergonzosa fantasía. Y se dedica á estorbar, como parásito verdadero, que desconoce su cualidad, é ignora su insignificancia, creyendo, en la apoteosis de su in-
idualidad, que sin él, la tierra no tendría movi-
nto, los astros se pararían y el éter universal en

que todos nos bañamos, ha de servir solamente para nutrir las necesidades de su ser, que guiado por torpes caminos y conducido por una pasión vergonzosa, tropieza con todos los hombres, que en el transcurso de la vida y en el marchar de la sociedad, oponen con la razón un dique á sus demasías y un correctivo á su necia petulancia.

Porque hay que considerar seriamente lo que es el amor propio, para después de considerado, juzgar del mal que produce y del daño que origina. Y hay que partir para tal consideración, de una base firme, de un punto sólido; y yo creo que este punto y esta base, no pueden ser otros que los que establece la debilidad humana, que tanto influye en las pasiones y de modo tan eficaz contribuye á la existencia de las miserias sociales, á cuyo estudio venimos dedicando este libro, modesto, pero sincero fruto de nuestra experiencia. Y la debilidad humana crea esas pasiones, en las que se encenaga nuestro siglo y nuestra época, sin abrir á la razón los ojos y á la caridad el corazón. Esa debilidad, nos hace forzar la fantasía de un yo superior á todos; se une con el egoísmo, que trabaja dentro del individuo con constante y simpático trabajo, y hecha la unión, la fantasía del ser, que esmalta de bellezas los defectos para que no sean vistos y engaña á los hombres que no han mirado de abajo á arriba la pequeñez de su persona, en maridaje con la pasión del egoísmo, crea el amor propio, como fruto natural de una conjunción defectuosa, que tiene que producir necesariamente una pasión capital. Y de aquí nace ese sentir del hombre, haciéndole opinar tan locamente y encerrando de ridículo modo, toda la creación en la brevedad microscópica de su individuo, en la más cruel de las equivocaciones y en el más necio de tod los errores. Y la debilidad, por ese secreto que ha

que en la sociedad cada ser engendre su opuesto, así como en la naturaleza cada ser engendra su semejante, crea el amor propio, que es la manifestación de la soberbia de un fantaseado talento, y que es la expresión más exacta del exuberante exceso de las pasiones que labran dentro del hombre su destrucción y su ruina; y crea el amor propio, por una natural resultancia de los defectos sociales, tan apegados á la humanidad; porque si el hombre se encierra en el círculo hermoso pero triste de la realidad de su valer, y cierra sus ojos á todos esos bonitos destellos de su fantasía, y cierra los oídos á los arpegios de los que cantan lisonjeros el canto de su gloria y le llaman con mil retumbantes epítetos, el hombre habría dado un gran paso en el camino de su perfección, salvando con facilidad todo ese cúmulo de inconvenientes que sus propias pasiones oponen al triunfo definitivo de su verdadero progreso y mejora. Y resulta lógica la consecuencia, y natural el fruto, si se atienden estos elementos componentes de la miseria en que se nutre la sociedad, creadora por su propia eficacia, de un exagerado y amanerado juicio sobre el propio mérito y el propio valer, que por sucesivas y escandalosas progresiones, llega al colmo de la insensatez y al último peldaño de la imbecilidad, poniendo en el hombre, entre otros defectos y otras pasiones, esa pasión y ese defecto que se llama muy exactamente el amor propio.

Yo conozco, y siento verdaderamente conocerlos, algunos hombres dominados por su amor propio hasta un límite inconcebible, y cegados por esta pasión, hasta una ceguera imponderable, que precisa de gran estudio para medirla y comprenderla. Yo los he tomado como tipos de profunda meditación, y ante las exageraciones á que su locura les lleva, se aterra mi espíritu y se contrista mi ánimo. Me da lástima de ellos,

como puede inspirar compasión un pobre loco encerrado en un calabozo, y puede causar conmiseración un idiota, que extravió su razón en el laberinto de su enfermedad. Yo siento hacia ellos ese respeto que merecen todos los que por su desgracia han caído en las garras de las crueles enfermedades mentales, y me maravillo ante los efectos destructores que causan en un alma los extravíos de las pasiones, de que un corazón humano resulta capaz. Porque en realidad, el amor propio es una enfermedad que padece la mente y una dolencia que aflige al corazón, más aguda, más intensa, más demoledora que todas las demás que puedan atacar tan delicados é importantes organismos; y si no fuera tal cosa, yo no sabría cómo llamarle, yo no sabría á qué atribuir tan inmensa pasión. Porque ocurre en la vida, acontece al ser humano, que existiendo en él dos grandes elementos integrantes de su composición, qne en las revueltas de la sociedad se combaten á veces con doloroso denuedo, la lucha existe, y tristemente, venciendo la materia sobre el espíritu, queda esclava la razón de las exageraciones y aprisionado el buen juicio, por las pasiones que la materia hace alentar con poderoso aliento. Y así es el amor propio; una enfermedad que viene carcomiendo los cimientos precisos, para en ellos establecer la igualdad cristiana, sin la cual, no será nunca posible el progreso humano, que exige para su existencia y desarrollo, una compenetración absoluta y perfecta, de los seres á quienes ese progreso ha de alcanzar y esas ventajas beneficien; y es un obstáculo, un inconveniente poderoso, que se opone en el orden moral al progreso de las ventajas morales, como se oponen al progreso político las demagogias y los excesos del radicalismo, que turba la razón y pone en manos d multitudes indoctas, resortes de gobierno y elementc

políticos de que no saben hacer uso, bien demostrado á la continua, por frecuentes y tristes demostraciones, que hacen saltar á nuestra vista las inconveniencias de algunas excitaciones y lo impolítico de algunas doctrinas, que si halagan á las multitudes con ese halago perjudicial de las pasiones populares, dan en un plazo corto, los frutos dañinos de lo que no fué bien meditado, y se aplicó con mucha ligereza y en momentos de inoportunidad; y así se opone el amor propio al progreso de las doctrinas morales, á las que repudia por natural instinto de conservación; porque, desengañémonos; seamos claros y sinceros, y digamos toda la verdad, en este aspecto concreto de las pasiones humanas; el amor propio es la manifestación más esencial y funesta del individualismo, que llega hasta considerar al propio ser como una excepción en el contingente humano y cree á la persona superior á todas las personas de la tierra; y cuando se llega á estas demasías y se tocan estos excesos, y, como algunos que yo he conocido, pretenden en la mayor de todas las locuras y en la más estúpida de todas las imbecilidades, que ningún ser de la tierra puede llegar allí donde llega su genio, ni nadie puede tocar aquello que ha salido de sus manos, y poseídos de una funestísima manía, todo lo encuentran mal, como sistema, como lema invariable, como demostración palmaria de aquel vicio en cuyas garras cayeron, entonces, no es posible el progreso, ni es posible la mejoría, ni es posible nada, hasta que ese eterno bufón de la humanidad, haya desaparecido y deje tranquila á la sociedad, después de haber cansado nuestros oídos con tanta tontería y empachado nuestro juicio con el empacho de tanta y tan petulante locura.

Cuantas veces he tratado y trato del amor propio, me acuerdo de aquel tipo singular, que aparece en

una leyenda escandinava, de la que guardo perpetuo recuerdo. Me acuerdo de aquella criatura, vaciada en el molde de la debilidad del hombre, por la mano maestra de un incomparable novelista, y recordándola, traigo á mi corazón todas las emociones que la lectura de aquella tragedia dejó en mi espíritu. Creo ver en la realidad de la vida, en estos tiempos que corremos, todo aquel caudal inmenso de fantasía, volcado por un escritor genial en una obra imponderable, y acercando lo que soñó una imaginación poderosa, á la presente evidencia de los tiempos, encuentro una analogía que asombra y una similitud que crispa mis nervios. Yo creí, cuando en mis mocedades leía aquellas páginas tan impregnadas por esa especialísima poesía que brota de aquellos montes, en cuyos recodos parece que aun vaga la sombra de Guillermo Tell, yo creí que aquello era la eficacia del genio, que sacaba de los moldes de lo ordinario y corriente una figura vulgar, para luego darle las formas que la fiebre de una poderosa y artística inventiva decretaba á su antojo; mas lo que yo leía en mi lejana infancia, era el producto del estudio de la realidad, y en la experiencia luego, en el mundo después, he aprendido que lo que se me antojaba una fase brillante del humano ingenio, que en el constante luchar por presentar cosas nuevas y en el perpetuo empeño de resolver por medio del arte, esos intensos problemas psicológicos que tanto preocupan á la inteligencia humana, era en la verdad escueta de la vida, en la desnuda verdad de lo evidente, una cosa corriente y normal, que ni aun los honores de la singularidad merece. Y me acuerdo del espanto que tantas infamias producían en mi espíritu; me acuerdo del dolor que tanto crimen causaba en el corazón, sin alcanzar siquiera, que lo que yo veía en las páginas de un libro admirable, como ridiculiza

ción de la especie, poniendo en boca de un mentecato las mayores necedades, para que fuera mayor el ridículo y más severa la recriminación, era y es, una realidad perenne de la vida, y una cosa frecuente en los hombres de la época. Y por eso, cuando en las relaciones y tratos frecuentes de la sociedad, y en las derivaciones propias de mis escritos, me veo obligado á tratar del amor propio, aquella idiosincrasia del personaje novelesco, arrancado á la vida misma de aquella época, por un escritor de mérito, como arrancó Goya á las manolas sus colorines y á las calesas su donaire, aparece invariablemente en mi memoria, con ese recuerdo imperecedero de lo que en la primera edad se aprende, con toda la ambición de aprender que en esa edad domina. Y por ello al tratar de este asunto en este libro, he refrescado el recuerdo y ha venido á mi memoria el tipo que está dibujado de mano maestra, y que puede servir de admirable medicina para curar á muchos que idéntica enfermedad padecen; porque el tipo es real, porque el cuadro es exacto; y cuando le vemos en el colmo de su pedantería, discutiendo de asuntos que no conoce, emprendiendo indistintamente el camino de las ciencias exactas en sus más agudos aspectos del análisis, como las ciencias más difíciles, cual la filosofía, llegando á la síntesis de toda la vida, y estudiando con un torpe criterio los más complicados problemas de la metafísica, sin previos conocimientos y sin ningún talento natural que pudiera suplirlos. Cuando le contemplamos en los deliquios por el amor sugeridos, ante una beldad que se ríe de aquella figurilla ridícula, cuando él cree haber herido con el más punzante dardo de Cupido, un corazón donde sólo ha sabido inspirar la burla; cuando le estudiamos en la apoteosis de su locura, sintiéndose admirado por todos los que le tratan,

y como un Don Quijote español, anda por las montañas escandinavas, como nuestro hidalgo recorría las llanuras manchegas en busca de aventuras y de triunfos, para su privilegiado talento el tipo escandinavo y para su fuerte brazo el pretencioso español, la risa aparece por inevitable requerimiento y la burla se sacia ante figura tan singular, que no tiene nada de caricatura, que no tiene nada de exageración, sino que copia exactamente una pasión frecuente en la sociedad, por desgracia para la especie y como retroceso para su avance. Y el ente que sirve para la novela, tiene infinitos imitadores; las torpezas tienen siempre sus discípulos, porque no hay cosa en el mundo y más en el orden de las ideas que tenga más adeptos, que lo que sea la mayor liviandad, ó lo que sea la más grande tontería, para justificar, sin duda, un dicho muy exacto, que corre de boca en boca, entre nosotros los andaluces; mas la copia se ha viciado; el modelo ha sido sobrepujado, y ante algunos hombres de nuestros días, el joven de la novela resulta un ser modestísimo, porque tanto se ha hipertrofiado el amor propio, que muchos que lo cultivan, que viven presos en las redes de tan lamentable pasión, han llegado en la embriaguez de su locura, hasta á negar á Dios, porque el concepto de la omnipotencia no cabe en los cerebros que han caído en tamaña insensatez.

Mucha parte de ese gravísimo problema religioso, que se ha planteado en las naciones modernas y de un modo principal en las naciones latinas, procede del amor propio, á que tanto se supeditan los hombres. En realidad, el que es víctima de su amor propio, ha de ser irreligioso, si es que su manera de ser permite la consecuencia: y el hombre que llega á tener de su personalidad tan elevado concepto, que se cree superior en grado superlativo, ese hombre, llega en el des-

varío de su razón, á suponer que la idea de Dios es una quimera, principalmente porque se opone á las demasías de la que se tiene formada de sí mismo; siendo ello una cosa natural y lógica. Y á esto obedece, de modo importante, el grave problema religioso que de hace algún tiempo tanto preocupa á los pensadores católicos, que buscan las causas y motivos de este malestar, que en cuestiones religiosas se viene sintiendo. Porque ocurre ahora, todo lo contrario que ocurría antes, en lo que á programas políticos se refiere; ahora, para presentar un plan de gobierno, un credo político, lo primero que quieren que figure en su código, es la irreligión, mal encubierta con palabras vacías de sentido y sin ningún valor jurídico, como si la irreligión fuera algo útil ó algo provechoso en el camino necesario del progreso; pero cierto es, y triste también, que las cosas van ahora por esos derroteros, dado que á los hombres les ha entrado como enfermedad endémica de los países latinos, la irreligión como fiebre. No hay más que estudiar algo de lo que es la legislación moderna en Francia y en Italia, y sobre todo, lo que en materias sociales se lleva hecho, y se convencerán todos, de la verdad de lo que vengo consignando. Se trata de descatolizar á los pueblos; se trata de arrancar la fe del pecho de los hombres, y quitándoles la fe, hundirlos en la impiedad; esta es la misión política de la gente moderna, contraria en absoluto á la antigua, que basaban lógicamente todo el desarrollo político de un plan en los inmutables principios de la religión, en la cual encontraban resueltos los más arduos problemas del gobierno de un pueblo, pues ella les daba el indispensable concepto de la autoridad, contenida en Dios y reflejada en aquellos hombres que la voluntad suprema investía de su representación. Mas ahora todo esto

molesta; se pretende reducir el poder de la autoridad única, para repartir torpemente toda su cantidad entre mayorías que no saben representarla, y aunque ello es muy ventajoso en ciertos asuntos y muy equitativo cuando se trata de ciertas resoluciones que deben llevar el sello del mayor acierto y la garantía de una previa asamblea deliberante, no por eso en cuestiones religiosas, en cuestiones sociales, en esas cuestiones que afectan á la vida íntima del individuo, que tanto caldean los ánimos y tanto encienden las pasiones, es acertado recurrir á los pueblos; buscar una opinión de muchos con alguna uniformidad, que es pretender el absurdo, desear el imposible, porque el resultado de ese empeño no puede ser otro que una moderna Babel. Y todo ello es consecuencia del amor propio: porque dudar esta verdad, es negar la evidencia; y los hombres que se creen superiores á los demás, que consideran que aquello que piensan es el mejor producto de la humana inteligencia, como cosa salida de su cerebro, declarado por ellos como el mejor productor de ideas y el más perfecto adoctrinador de las muchedumbres, esos hombres suspiran por ver á la humanidad luchando en defensa de aquellos ideales que han brotado del cerebro del hombre, aunque tales cosas se opongan al pensamiento de Dios, guiados del espíritu del mal, porque para quien soñó tamañas locuras, no existe en el mundo inteligencia que le sobrepuje, ni voluntad que pueda sobrepujarle. Y á ésta, y á mayores locuras, lleva en el más cruel de todos los apasionamientos, ese estúpido fantasma que se asoma al corazón humano, perjudicando la nobleza de sus intenciones, y que no sé quién lo llamó tan gráficamente, que le llamó amor propio.

Ningún hombre sabio ha padecido esta enfermedad, reservada para los ignorantes, así como la tisis

está reservada para los hombres de débil constitución y propensos al raquitismo. Nadie que tenga en su mente esas grandes ideas de la salud intelectual, que brille en su frente el sol del genio, que lleve en su alma esos grandes atributos del mérito, ha de caer ni ha caído entre las torpes redes del amor propio, reservadas para los ignorantes, para los necios, para los soberbios, que careciendo de más campo para su desarrollo, han tenido que buscar en la fantasía de su demencia, donde nutrir el anhelo de personalidad á que les lleva su orgullo. Esto es incontrovertible; esto no admite discusión. Yo he pensado muy seriamente sobre esto, y me he convencido hasta la saciedad, que el amor propio es una enfermedad moral que padecen los ignorantes, porque la constitución intelectual de los sabios no permite que los combata tal dolencia; y para ello existen poderosas razones que militan á favor de mi aserto. Ningún hombre que tiene un verdadero concepto de su valer, equivoca la cantidad de su mérito, ni desconoce que todo lo debe, y nada le pertenece por su propia voluntad, sino que cuanto existe en él de mérito, de talento, de virtud, lo debe al cielo, y es una simple ráfaga que brilla en su frente, emanada de la eterna sabiduría; pero el necio, el pretencioso, el idiota, cree que el talento es congénito á su persona, patrimonio de su existencia, llegando á considerar que aquel rayo de luz, que se llama inteligencia y brilla en su alma, es el foco poderoso de la absoluta sabiduría que ilumina el mundo, sin meditar que no es más que una pobre pavesa que va apagándose, como se apagarán los astros, cuando la función sideral toque á su fin, por permisión divina. Pero el amor propio, es así; el que lo padece no puede ser de otra manera. Eterno fantoche, no considera el ridículo en que cae á la continua; dado por atavismo incurable á

creer en su suficiencia, no ve su pequeñez, comparándose con otros que han recibido de Dios mayores dotes y más eminentes facultades. Yo de mí puedo decir, que nunca he padecido de tal enfermedad, y si por mi desgracia, si por mis pecados, yo llegase algún día á sentir el amor propio, tened por seguro que me consideraría el más desgraciado de todos los hombres. Porque no hay que dudarlo; no puede dudarse, ni yo lo dudo por un momento siquiera; caer en la desgracia del amor propio y perder toda la dignidad humana, es cosa que viene aparejada y se realiza en un mismo momento, como funciones que marchan tras de sí mismas, como esos canjilones de las norias que con tanto metodismo mecánico se suceden; yo creo que equivocarse en el concepto de uno mismo, es el mayor error que puede sufrir un hombre, porque creo también, que la mayor ciencia que puede un hombre poseer, es la de conocerse á sí mismo; y el amor propio es este error; el amor propio es la equivocación de tan importante asunto, y el amor propio es el más grave de todos los desacatos á Dios, que quiere que los hombres tengan formada de su personalidad, una verdadera y perfecta idea, y el amor propio además, es la contraposición de la humildad, y la humildad es una de las más gratas virtudes á los ojos de Dios. Yo me admiro, con admiración que llega al entusiasmo, cuando leo la dedicación que al fin de su obra magistral hace Keplero á Dios, dando á Dios todo el mérito de la obra, y reservándose la parte material de su confección; yo me entusiasmo, cuando leo las palabras que al fin de sus *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo* pone Augusto Nicolás, y admiro más, al ilustre Juez de Paz, que tiene tan hermosa modestia, cuando hace tan francas declaraciones, que cuando entre los intrincados problemas de la

más profunda teología, obtiene triunfos tan ruidosos, sirviendo sabiamente su razón á sus puras doctrinas católicas; yo me entusiasmo, cuando en la historia del descubrimiento de América, contemplo el tipo admirable de Colón, que reza sin cesar en el cuarto de derrota de su carabela, que apela á Dios constantemente el mayor genio de la humanidad, y parece más bien que un altivo almirante descubridor de un mundo nuevo, un pobre fraile que busca en la soledad del claustro y en las delicias de la oración, aquellas delicias espirituales que no puede sentir en la severidad del estudio matemático ni en el trabajo náutico, que le prepara la ruta de un desconocido continente. Yo me admiro, cuando considero á Napoleón en la intimidad de su vida agitadísima, elevar sus preces al cielo para pedir la protección de las alturas, el hombre genial que venciera en las Pirámides, en Jena y Austerlitz. Yo me admiro, siempre que veo al genio, al talento, al coloso, entregado á la oración, rindiendo á Dios el culto debido, modesto, sincero, sabio, grande; dando ejemplo de virtud, quien podría hacer alarde de su valer, y llevando hasta el pináculo del ridículo á ese tipo vulgar, asqueroso, del hombre entregado á su amor propio, que es para mí el más repugnante, y cuyo virus venenoso pido á Dios tenga lejos de mí, porque para castigarlo deben estar preparados el mayor castigo y la mayor pena.

CAPÍTULO VIII

EL RESPETO HUMANO

No cabe dudar que la vida en la sociedad moderna, crea para la propensión del hombre á las pasiones y á los delitos, un sinnúmero de peligros, y le presenta infinidad de ocasiones en que, abandonando el camino de la perfección, cae en las redes de sus propias miserias. Ya hemos estudiado algunas de éstas; hemos analizado algunas de las pasiones dominantes en la humanidad, y no queremos terminar este libro, sin dedicar un capítulo á ese defecto gravísimo que domina en muchísimos hombres, y que se llama respeto humano. Porque en efecto, tal debilidad, tal prueba de lo raquítico que es á veces el corazón del hombre, causa muchos y graves perjuicios en la sociedad, empequeñeciendo á muchos seres, que sin esta pasión, serían dignos de todos los respetos y tendrían derecho á todas las consideraciones. Y ejemplos de ello los tenemos constantemente á nuestra vista, en hombres de talento, de mérito, de positivo valer, que hacen temblar sus piernas y torcerse su voluntad, cuando se dirigen á algún fin noble, á algún objeto levantado, solamente porque la risa de algún idiota, la burla de algún mentecato, la mirada de algún necio, intimida aquella energía, detiene aquella voluntad por ese respeto increíble, que en muchos llega á ser

una fuerza superior, que por debilidad nuestra y testimonio de nuestra miseria, tenemos para el sentir del vulgo, para esa torpe opinión que suena en nuestros oídos, poderosa y enérgica, cuando debiera ser totalmente desatendida, siempre que lleváramos en nuestra conciencia la certidumbre de obrar bien.

Conozco muchos hombres que marcharían por óptimos caminos, si no temieran el reproche imprudente de algún amigo perverso. Conozco muchas criaturas que navegarían por mares apacibles, por rumbos salvadores, si no temieran el epíteto de los necios que navegan por los procelosos mares de la perdición y del delito. Yo sé de hombres, á quienes su corazón les está dictando constantemente acciones buenas y una conducta perfecta, detenidos para realizar aquéllas, y privados de seguir ésta, por una simple mofa de un amigo ó de algún mentecato; y esto es doloroso, dolorosísimo en grado superlativo; porque ver que tantas y tan hermosas iniciativas, para mejorar al propio individuo en unos casos, para trabajar en bien de la humanidad en otros muchos, se encuentran dormidas dentro del alma del pusilánime, que no se atreve á llevarlas á la práctica, por el respeto que el fallo humano le merece, es de malísimo efecto, es causa de una gran pena. Y triste es confesarlo, pero esta pasión tiene presas muchas voluntades, domina en muchos espíritus, anula muchos deseos nobles y generosos, y hace que muchos que tienen sentimientos religiosos, aprendidos en el regazo materno, confirmados en una adolescencia piadosa y edificante, abandonen el camino señalado por la enseñanza desinteresada de una madre, para dar así gusto y satisfacción á ese necio respeto humano que tantos seres tiene en el error y tantas criaturas adormecidas en el delito, para no ir contra la corriente moderna que lo establece. Pero es

cierto, cruelmente cierto, que se ha apoderado de muchos hombres, que impera en muchas mujeres, torpemente guiados por esa ampliación del amor propio, que induce á obrar de aquella manera que más agrade, que más agrade á las indoctas multitudes, veleidosas siempre, equivocadas muchas veces, que con ese fallo secreto, anónimo casi, que degenera en el aplauso frenético ó en la burla sarcástica, tiene perdidos á muchos y conduce por caminos torpes y peligrosos, á todos los que no han tenido ni tienen el arresto necesario y la fuerza de voluntad precisa para dejar á un lado el humano sentir de quien por uno mismo no tiene interés ni se toma empeño, y seguir aquello que le está dictando su conciencia, que le está señalando su afición, que le marca su convencimiento, aunque muchas veces están persuadidos de que el camino contrario es de segura perdición y de muerte.

El respeto humano, no hay que dudarlo, el respeto humano es una perniciosa y divulgada miseria de la humanidad, que padece en su organización especiales y mortíferas dolencias. Conocer á Dios, y no reverenciarlo porque á los demás no le parece bien esta reverencia, es el mayor de todos los delitos que pueden cometerse, porque es estar viendo la verdad y no amarla; es estar viendo la luz y negar su existencia; es palpar la realidad y negar que existe, en el más torpe y más pecaminoso de todos los desvaríos. Conocer el camino de la justicia, y no seguirlo, es un inmenso delito, peor mil veces que el de aquel que no ve más que el camino de la infamia, y torpe é ignorante no se aparta de aquella ruta que es la que conoce, aunque comete el delito de no buscarla con ahinco. Conocer el verdadero sentido moral; amar [illegible] proceder correcto; aspirar á la mejora de la especi humana, enseñándola, educándola, dirigiéndola, tod

por no exponerse al escarnio del perverso, es la mayor cobardía, y la mayor y más patente prueba de idiotez y de tontera. Porque es cosa que está fuera de toda discusión; separada de toda posibilidad de controversia; que no necesita estudio, ni precisa de análisis; el hombre que se convence de una verdad, que ama una verdad, que aquella verdad llega á su alma, inundándola en los placeres que la posesión de la verdad produce en el ser racional, no puede pararse en obstáculo alguno, sino decidido, entusiasta, con ese entusiasmo y esa decisión que da un pleno convencimiento, y el poder que da la razón que impulsa nuestras acciones y dirige nuestros actos, ese hombre no debe pararse ante ninguna dificultad, y recorrer el camino que le traza su voluntad, aquilatándolo antes en el crisol de la propia conciencia y en el laboratorio del propio raciocinio, hasta el fin, sin que la opinión de nadie tuerza aquella ruta enderezada á un objeto noble y generoso, sin que la gritería de un vulgo equivocado, ni la risa burlona de un iluso, ni la mirada maliciosa de nadie, pueda influir en su espíritu y detener el impulso de su voluntad, á menos que renuncie á su dignidad y rompa en los comienzos de una existencia provechosa, ese timbre glorioso que brilla en nuestra alma y se llama albedrío. Porque obrar de otro modo es bellaquería; proceder de otra manera es insensatez; yo no comprenderé jamás que haya persona que sienta el impulso del bien y se detenga por ajeno requerimiento; ni comprenderé jamás que quien reconozca que marcha por mal camino, persista en él, convencido de que es malo, sólo y únicamente porque los que le acompañan en el peregrinar por el precipicio, á cuyos pies existe el abismo, aturdan su espíritu y le convenzan de que va bien, rompiendo en aquella alma redimida, el benéfico efecto que un rayo de luz

divina, alumbrando su frente, ha podido hacer en su salvación.

Mas el respeto humano existe y causa muchos efectos. Cuántos hombres se quedan á la puerta de la iglesia, sin entrar, solamente para no escuchar luego ese dictado que lanza á la frente del hombre religioso, la impiedad moderna. Cuántos hombres mueren sin reconocer unos hijos, producto de unas relaciones ilícitas, amándolos con profundo amor, con ese amor que no puede comprender quien no sea padre, solamente por el temor del reproche de algún amigo inmoral. Cuánto bien queda sin hacerse, por el temor de que la opinión de los amigos de casino, ó de los amigos de café, sea contraria á la obra realizada. De esto hay infinidad de casos; multitud de ejemplos, todos muy tristes y dolorosos, que entristecen y conmueven el ánimo de los que los conocemos, y observamos sus lamentables efectos y sus dolorosas consecuencias. Respeto pueril, respeto inverosímil, este respeto humano anula muchas orientaciones saludables y lleva por tortuosos caminos á muchos que tienen voluntad de marchar por las sendas del bien, que aman con amor platónico, con voluntad pusilánime, que no permite ese arresto necesario para sacudir la preocupación peligrosa, el prejuicio nefasto, y arrancar resueltamente del corazón esa miseria de que nos venimos ocupando. Su existencia nos parece un atentado á la libertad humana; un contrasentido, un delito contra la lógica, una cruel aberración; porque vemos á muchos, dominados por su voluntad, esclavos de sus caprichos, dados á la continua á enaltecer todo aquello que piensan, todo aquello que hacen, titubear como esclavos ante cualquier gesto que hace la gente, esa gente que trae asustado al que ha caído en las redes de este vicio. Son capaces de todo, con tal de sali

adelante en aquello que constituye su deseo; capaces de cualquier desatino, con tal de avanzar en el plan trazado; pero ¡ay!, si en el camino se tropiezan con la gran dificultad de lo que ha de decir el pueblo, de lo que parecerá su obra, aquella voluntad de hierro se detiene, y el fogoso arbitrario se para, porque un niño en la plaza pública, se reía de su actitud, se burló de su continente, se mofó de su conducta. Y menos mal cuando si este efecto lo surtiera deteniendo al perverso en el camino del mal, que la mayoría de las veces, el respeto humano no sirve más que para esterilizar planes de bondad, por que no conocemos ningún caso, en que este respeto haya detenido á ningún libertino, ni haya mejorado á ningún precisado de mejora, sino que siempre aparece, como aparición siniestra, cuando uno que abandonó el seno de la religión quiere volver á él, cuando un desdichado quiere mejorar su suerte, ó cuando uno que vivía en el error quiere abrazarse á la verdad. Sabemos que siempre causa mal; siempre sirve como veneno; nunca le hemos visto surtir efecto como medicina, á la manera de esos preparados químicos que actúan de ambos modos; si así fuese, tendría siquiera la razón de su existencia.

Pero si graves son los pecados que por omisión se cometen, seducidos los hombres por el respeto humano, mayores y de más grave importancia son los que se cometen por acción, por el mismo pecaminoso respeto inducidos. Yo recuerdo un cuento maravilloso del insigne P. Coloma, en el que se pinta magistralmente á un joven acabado de salir del colegio, con una educación moral admirable y preparado su espíritu para entrar en las luchas de la vida, con disposiciones para vencer. Comenzó su vida universitaria, triunfaba siempre, siempre vencía, hasta que un amigo, uno de esos amigos que se encuentran en el

camino los hombres de pensar recto y de sentir moral, le llevó á un café; de allí á Tablada, á ver las condiciones de unas reses preparadas para la lidia, divertimiento muy popular y honesto en Sevilla, y de allí, en brazos de la embriaguez á todos los lupanares, donde entró, por respeto humano, el joven del cuento, quedándose á la puerta el Angel de la Guarda, cubriéndose el rostro con las alas. Y el cuento del ilustre hijo de San Ignacio, encierra una verdad desconsoladora, porque cuantos son llevados al lupanar, á la casa de juego, al baile inmoral, á la tertulia deshonesta, por ese respeto humano que parece concluir con todas las energías propias y que arrastra á tantos seres por sendas que no son de su gusto, nada más que por no desagradar á algún amigo que se goza en verlo titubear, en actuar de payaso, en servir de mofa de los libertinos, de esos graciosos trasnochadores que han entendido que la misión humana es la diversión constante y deshonesta, el chiste subido de color, la frase pornográfica, la lectura lujuriosa, sin atender ninguna obligación, ni cumplir ningún deber, de esos deberes y esas obligaciones que tenemos siempre delante de nuestros ojos, requiriéndonos á llenarlos y á cumplirlos. Pero no se atienden las llamadas del consejero prudente, ni se recuerdan las prevenciones que una madre hizo zumbar en nuestros oídos; que nada hay que más pronto se olvide que aquello que puede producir nuestro bien, que lo que puede trabajar en nuestro favor, dándonos los elementos para llevar una vida de ventura y de tranquilidad; cual la vida del que cumple todos sus deberes, tiene tranquila su conciencia y marcha con pasos firmes por el camino d su perfección y mejora. Mas la humanidad, opta p el consejo del mal, atiende á su enemigo, y como dij un pensador insigne, el hombre es amigo de sus ver

dugos y verdugo de sus amigos; qûe esta es la realidad. Porque ver si no, qué es lo que resulta más popular y más simpático; aquello que cause perjùicio, qùe labore por nuestro mal, que labre nuestra desgracia, que origine nuestro daño, y en cambio, todo lo que sea doctrina salvadora, que represente nuestra mejora, qûe trabaje por nuestro bien, será escùchado con gusto, pero también será olvidado con placer.

Y en realidad, cuántas miserias afligen á la especie humana; yo en este libro no hago más que tratar de algunas, enumerar unas cuantas, mas se quedan sin figurar en estos modestos estudios muchas, y muchas muy graves. He querido terminar esta obra, trayendo á su último capítulo, el respeto humano, porque verdaderamente, el respeto humano engendra en muchos, algunas de las miserias que hemos estudiado en los capítulos precedentes; por el respeto humano aparecen muchos ambiciosos, soberbios, incrédulos, poseídos del amor propio, inmorales; van al duelo, ese oprobio de los tiempos modernos, y caen en las locuras de las teorías modernas de anarquismo y de destrucción, que no hay peor consejero que el sistema de seguir lo que hacen otros, que pensar como piensan otros, como si necesitara el hombre andadores y preceptos de nadie, sino los andadores de su conciencia y los preceptos de nuestra religión, tan sabios y tan precisos para la marcha regular y salvadora. Pero dolorosa y torpemente se siguen otras rutas, se atienden otros consejos, se escuchan otras doctrinas, y aunque el patriarca de la incredulidad, Voltaire, dijo en un momento de sinceridad que *la verdad permanece eternamente: los fantasmas de las opiniones pasan como los sueños de un enfermo*, nosotros sentimos el dolor de ver y observar, que como decía Augusto Nicolás, se va abdicando tanto la facultad de pensar, que nos

vamos rebajando hasta la vida animal, sin cuidarnos de nuestro origen ni preocuparnos de nuestro porvenir. Y es cierto, con una certeza aterradora: la humanidad se ha ido materializando, prostituyéndose á ratos, como una de esas veleidosas meretrices que alternan la carcajada estruendosa, el beso estrepitoso con la maldición infamante. Parece un náufrago perdido en los horrores de una tempestad, asido al palo más débil de su nave, sin sacudir el marasmo de un enervamiento suicida y arrancar á los espacios una ruta de salvación con los estudios náuticos, y calma á los elementos con la oración cristiana. Parece un peregrino perdido en los arenales inmensos del desierto palestino, recostado en las caldeadas arenas, con el cansancio en el pecho, la desesperación en el alma y la atrofia de la voluntad, sin impetrar de los cielos la ruta olvidada. Parece un pobre loco, adormecido en la celda en que le recluyeron, dormido siempre, para despertar con mayor locura y con mayores bríos de desatentado. Parece un pobre, que duda de la caridad y rehusa una moneda que la caridad de un prójimo pone en su mano, arrojándola al suelo con desdén. Parece un rico, que se ha olvidado de sus deberes y se harta en la molicie, se ahoga en la saciedad, como pobre bestia, como simple pollino, sin satisfacción ninguna para su alma, ni goce alguno para su espíritu. Parece un niño llorando siempre y nunca satisfecho; una fiera nunca reducida; un océano nunca cubicado; un pozo jamás reconocido; ¡ah! pobre humanidad; si yo con mi libro consiguiera que uno solo de mis lectores, dejase el camino del mal y tomase el camino del bien; si yo lograse que al hojear estas páginas alguno de los que se embrutecen en los horro
de un materialismo que espeluzna, abriera los oj
cegados por tantos errores y recibiera la luz de la v

dad sobre la frente; si yo hubiera obtenido la salvación de alguno que marche por el borde del abismo, al leer estas modestas pero sinceras y leales consideraciones, yo me consideraría el más feliz de los mortales y daría gracias á Dios que se había dignado tomarme por instrumento de su infinita misericordia; pero si así no fuera, perdóname, humanidad queridísima, que te haya hablado tan claro, que te haya tratado tan duramente; que cuando te he dicho esas cosas, á mí me las digo, y no creas que las he escrito para ofenderte, sino para aconsejarte, hablándote con la sinceridad y el cariño con que se habla á un hermano; y yo lo soy tuyo, y para aconsejarte me he sentido con derecho; á ti, en cambio, te hallo en el deber de escucharme.

ÍNDICE

Páginas

Al Excmo. Sr. D. Claudio López y Brú, Marqués de Comillas. 5

Carta-prólogo de D. Antonio Maura. 7

Introducción. 9

Capítulo I.—La cuestión social. 19

— II.—El duelo. 77

— III.—La ambición. 97

— IV.—La soberbia. 119

— V.—La incredulidad. 135

— VI.—La inmoralidad. 149

— VII.—El amor propio. 172

— VIII.—El respeto humano. 188

72 88PB C 55
412